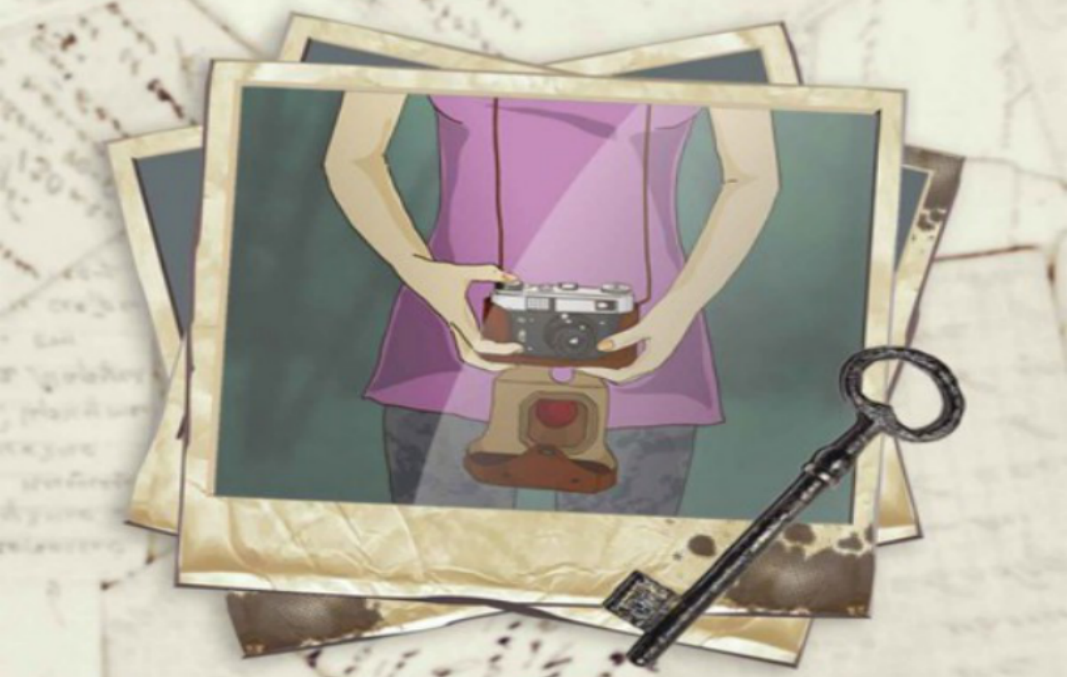
Niña de Cristal

Iria López Teijeiro



Literautas
www.literautaseditorial.com

Niña de Cristal

IRIA LÓPEZ TEIJEIRO

Literautas
www.literautaseditorial.com

Literautas Editorial
A Coruña - España
editorial@literautas.com
www.literautaseditorial.com

© Diseño y maquetación SCVisuais
© Diseño de portada SCVisuais
Ilustración y fotografía: soosh/badahos

© 2005, Iria López Teijeiro
© 2012, Iria López Teijeiro

Nº Registro Safe Creative 1212062797395
Esta publicación no puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna sin el previo permiso escrito del autor.
Todos los derechos reservados

CONTENIDOS

INTRODUCCIÓN

La historia de esta historia

:::

PRIMERA PARTE

Raíces

SEGUNDA PARTE

En el camino

TERCERA PARTE

Postdata

INTRODUCCIÓN

La historia de esta historia

Querido lector/a,

Antes de dar paso a la novela, me gustaría compartir contigo unos pensamientos sobre ella en esta especie de "cómo se hizo" literario. Intentaré no desvelar nada importante de la trama, pero como yo soy la primera a quien le gusta entregarse a la lectura sabiendo sobre la historia lo menos posible, entenderé que te saltes esta introducción y acudas directamente al primer capítulo.

De todas formas, permíteme decirte antes que si a lo largo de la lectura de la novela sientes la necesidad de compartir conmigo alguna idea, duda o pensamiento, te invito a que lo hagas **escribiéndome al correo iria@literautas.com.**

Y ahora sí, tú decides lo que prefieres hacer: ir a leer la novela o echarle antes un vistazo a LA **HISTORIA DE ESTA HISTORIA** que tienes entre las manos:

De dónde sale este libro

La primera edición de "Niña de Cristal" tuvo lugar hace ya tiempo, en el año 2005, tras resultar ganadora del I Premio de Novela Biblos-Pazos de Galicia para menores de 25 años.

Te comento esto porque el premio en cuestión es bastante peculiar, ya que para participar no es necesario entregar una novela, sino un proyecto de novela que se irá trabajando a lo largo de todo un año al final del cual se publicará la obra.

Así que imagínate. Cuando me dijeron que había ganado, no podía creérmelo. Por aquel entonces yo tenía 24 años y una idea que llevaba tiempo gestándose en mi cabeza sin terminar de cuajar. Sabía que quería escribir una novela, pero no tenía ni la experiencia

ni la más remota idea de por dónde empezar. Así que el premio me vino como anillo al dedo para ir desarrollándola paso a paso.

Además, una vez seleccionada la novela ganadora, los organizadores del premio te presentan al que llaman el tutor, un escritor consagrado que hará las veces de sparring literario. Vamos, lo que se dice un lector de lujo que te va dando su opinión mientras tú vas revisando y escribiendo las distintas versiones del libro. En mi caso, el tutor fue Xosé Luis Méndez Ferrín, que se convirtió en el padrino de la novela al ponerle nombre cuando, a pocas semanas de la publicación, no se me ocurría ningún título para ella.

De oca a oca

Ahora que ya te he contado cómo llegué a escribir el libro, quiero hablarte un poco de la estructura porque es una de las cosas que más me divierte al recordar esa etapa de planificación de la historia.

Como ya te he comentado, "Niña de Cristal" era mi primera novela y me encontraba aprendiendo el oficio desde cero. La estructura de una obra de esta envergadura nada tenía que ver con los relatos o cortometrajes que estaba habituada a escribir así que, cuando estaba preparando el proyecto de novela para el certamen, me topé con un atolladero: sabía lo que quería contar, pero no cómo hacerlo.

Después de muchas vueltas y muchos folios tirados, me encontré un día en una revista con un reportaje sobre el juego de la oca y su simbolismo. Y entonces lo vi claro: era mi estructura. Un juego, un recorrido de 62 casillas que parece un laberinto y en realidad se trata de un camino recto donde hay mucho de azar y bastante de fuerza de voluntad para seguir hacia adelante.

Así que, si te sorprende la distribución de la novela, ésta es la explicación: cada capítulo es una de las casillas del tablero de la oca. Perdona el divertimento, pero realmente me pareció que su extensión y su simbolismo me proporcionaban la mejor forma de contarlo. Además, disfruté muchísimo escribiéndola así.

Qué hay de cierto en "Niña de Cristal"

Desde que la primera versión salió a la luz han sido muchos los lectores que me han hecho esta pregunta y han intentado establecer una identificación entre Xiana, la protagonista de la historia, y yo. Tal vez existan algunas semejanzas, aunque yo no acierto a encontrarlas de forma tan directa, pero sí es verdad que hay algo de mí en ella, como hay algo de mí en todos los personajes del libro.

Me parece inconcebible escribir una historia sin plasmar en ella, en mayor o menor medida, muchos de mis miedos, experiencias y obsesiones. Sin embargo, todos los personajes y situaciones de "Niña de Cristal" son ficticios. Todos excepto uno: sí existió un Nicolás en mi familia que tuvo una historia similar.

Como legado, el Nicolás real no dejó en esta vida más que unos extraños dibujos en unas contraventanas de madera que yo descubrí siendo adolescente y que me intrigaron durante años, llevándome a investigar y a conocer mejor la historia de mi familia.

A ese Nicolás real es a quién están dedicadas estas páginas que hoy, siete años después de haberlas escrito por primera vez, termino de revisar para una reedición que, pese a la distancia y la autocrítica con la que hoy puedo leer la novela, me ilusiona tanto como entonces.

Y hasta aquí la historia de esta historia, querido lector. Espero que disfrutes de ella si todavía no la has leído, o que la hayas disfrutado si ya estás de regreso. En cualquier caso, te invito de nuevo a que me escribas y me cuentes qué te ha parecido. Será un placer leerte.

Atentamente,

Iria López Teijeiro

A Coruña, 27 de noviembre de 2012

A Nicolás Fabal Anca

Primera Parte

Raíces

«¿Qué somos, sino el murmullo del río escondido en el bosque?

El ondear valiente del mar, el cantar hechicero del viento en las rocas,

el alegre cantar del árbol amigo, la tierra que pisas.

Hijos de la diosa madre. Sangre heredada del primer latido».

GAIA

CAPÍTULO 1

La salida

Miraba hacia los cristales. Esperaba sin saberlo por las gotas de lluvia; pero no llovía. Ella siempre había preferido el Santiago mojado, el oscuro, el invernal. Sobre todo cuando estaba triste. El Santiago de luz y sol era sólo para los turistas.

«Esta ciudad es un cementerio», pensó mientras permanecía junto a una ventana observando la marea de rostros ajenos y distantes que caminaba, como siempre, hacia la gran tumba que era la catedral.

—¿Todo bien? —preguntó la secretaria desde la puerta con una sonrisa fingida—. ¿Has terminado?

—Sí.

La joven se levantó y caminó hacia el cuarto de revelado para apagar la luz. Hacía tiempo que se había dado cuenta de que el de la secretaria era uno de esos rostros que nunca sonreía con sinceridad. Era normal, incluso ella misma empezaba a olvidarse ya de cómo se hacía tal cosa.

—¿Han salido bien?

—¿Las fotos? Sí.

—¿Me las enseñas?

—Mejor el lunes. Que ya son las ocho y no nos pagan las horas extra.

Xiana intentó sonreír y, efectivamente, ella tampoco consiguió más que una mueca artificial.

—¿Seguro que estás bien? No tienes buena cara.

—Estoy un poco cansada. No he pasado buena noche. ¿Nos vamos?

Era cierto. De hecho, hacía bastantes noches que Xiana no pegaba ojo. Las pasaba tumbada en la cama en silencio, escuchando

de fondo la respiración de Brais mientras ella empezaba a creer que se había vuelto completamente loca. Algo no funcionaba en su interior, pero no era capaz de explicarse qué.

En cuanto salió a la calle se vio de nuevo invadida por aquel bochorno pegajoso y, tras despedirse de la secretaria, apuró el paso aunque no tenía ni pizca de ganas de ir a su casa. *«La verdad* —pensó—, *no me queda otra alternativa. Si no voy a casa, ¿a dónde puedo ir?»*. Pronunció las últimas palabras en voz alta ignorando a todos los peatones que caminaban en dirección opuesta a la suya cargados hasta los dientes de cámaras digitales. Las repitió de nuevo sin tener muy claro el motivo. Tal vez infundirse valor, tal vez compadecerse de sí misma. Sobre todo porque sabía que, al final, no sería capaz de evitar esos cinco minutos delante de la puerta con la llave en la mano dudando si entrar o no, cayendo presa de la angustia, con la certeza de que acabaría por entrar y rendirse a la evidencia de que no existía un lugar peor en el mundo para esconderse, aunque tampoco un lugar mejor. Pero, sobre todo, porque sabía cuál iba a ser la reacción de Brais y no tenía ganas de aguantar el sermón.

Ella ya tenía claro que la vida era dura, que nadie era feliz con su trabajo y que tenía la suerte de que le pagasen por hacer aquello que le gustaba. O que se suponía que tenía que gustarle, al menos. ¿Tan difícil resultaba comprender que ella deseaba otra cosa? Aunque no estaba segura de qué cosa era. No tenía por costumbre quejarse, sólo pretendía quedarse sentada en el sofá, en silencio, procurando encontrar sentido a todo lo que la rodeaba, intentando desvanecerse en el aire. ¿Era tanto pedir? Tal vez sí, porque no tardaba en escucharse la voz de Brais: *«No te pongas ahora en plan mártir, que muchos tienen que deslomarse para ganar el pan. ¿O es que pretendes vivir sin trabajar? Pues las cosas no son tan fáciles, chica»*.

Pero no se trataba de eso. Ella sabía perfectamente cómo eran las cosas, mejor incluso que él, que con menos de treinta años tenía ya una empresa propia gracias al dinero de su padre y podía dedicar la mayor parte del tiempo a dibujar lo que le apetecía. No, no se trataba de eso. Sencillamente, Xiana no podía entender el mundo que la rodeaba y no existía nadie con quién compartir aquel sentimiento absurdo. Tampoco Brais. Brais nunca comprendía nada. Nadie lo hacía.

Se había pasado toda la vida dejándose llevar por los acontecimientos, adoptando las cosas como venían sin detenerse a tomar ninguna decisión por sí misma. Por eso había terminado en

aquel pequeño apartamento con un dibujante vanidoso y egocéntrico al que solía llamar *«mi novio»* porque era lo que se esperaba de ella. Por eso no se había marchado nunca de aquella ciudad que ya había perdido toda la magia que le veía cuando era niña. Por eso continuaba día tras día en aquel empleo asfixiante sacando estúpidas fotografías a botellas de vino o chorizos gallegos que le quitaba las ganas de hacer cualquier otra cosa. A eso se limitaba su vida. A eso y a visitar semanalmente a una familia de prestado; y a ir al cine los sábados después de pasarse por la exposición de moda; y quedar en el bar de siempre con un montón de frívolos compañeros para discutir sobre lo maravillosa que era la última película de *Clint Eastwood*, de lo geniales que serían los musicales de *Broadway* o de cuál había sido el peor anuncio del festival de publicidad que habían emitido el otro día por el *Plus*. ¡Estaba harta! Cansada de dar vueltas siempre en la misma rueda. Tenía ganas de largarse antes de que fuese demasiado tarde. Marcharse, como había soñado de niña, como hacían todos los aventureros de aquellos libros que la habían hecho soñar.

Seguramente Brais tenía razón, pensaba ella de vez en cuando, al decir que su actitud era infantil. Pero Xiana sentía realmente que necesitaba huir, respirar, salir corriendo en busca de una vida propia porque la que estaba viviendo no le pertenecía, no era la suya. No podía serlo.

«¡¿Un año sabático?!», exclamaría él a voz en grito. *«¡No me hagas reír! No estás mayorcita ya para esas tonterías. ¿Pero tú qué te crees que es la vida? Lo que te pasa es que no soportas la disciplina del trabajo. Déjate de tonterías y madura de una vez»*. Después Xiana se sentaría en el sofá e intentaría evadirse mientras su novio daba vueltas a su alrededor protestando con un cigarro casi consumido entre los dedos: *«Y como continúes con esta actitud acabarás por perder tu trabajo. ¿O crees que por acostarte con tu jefe tienes el chollo resuelto? ¡Tremendo empresario sería yo!»*.

Esas palabras despertarían a Xiana de su aletargo y lo miraría con desprecio. Brais no tardaría ni dos segundos en darse cuenta de su error: *«Me he pasado. No quería decir eso, pero es que...»*. El joven se acercaría a ella, inmóvil todavía, para darle un beso en la frente. *«Mira, ¿sabes lo que deberíamos hacer? En agosto tendremos vacaciones y podríamos salir de viaje. A donde tú quieras. A Roma, a París, a Londres... ¡Tú eliges! En un mes nos vamos. ¿Podrás aguantar un mes, cielo?¿Qué me dices?»*.

La historia era la misma todas las semanas, todos los días. Xiana

abrió la puerta y entró en el apartamento. No soportaba aquel tipo de conversaciones con su novio pero, ¿a quién pretendía engañar? Sabía que, de todas formas, nunca encontraría una buena excusa para marcharse.

—¡¡Holaaaa!! —gritó desde la entrada sin obtener ninguna respuesta—. ¿Hola?

Entró en el cuarto de estar que Brais empleaba también como estudio y donde sus cosas, esparcidas por todas partes, conferían a la casa un curioso aire de hogar. En el rincón del fondo, junto a la galería, Brais había dejado abierto de par en par su cuaderno de dibujo. Xiana se acercó para observar los cambios en el boceto del último cómic en el que su novio trabajaba. No se había quedado abierto por descuido. Él siempre lo dejaba así para que ella lo viese al llegar. Xiana cerró el cuaderno y, casi como un acto reflejo, encendió el móvil para escuchar el buzón de voz por el altavoz mientras se disponía a ir al cuarto en busca de algo más cómodo.

—*Tiene… cinco… mensajes nuevos* —dijo la voz metálica y pausada del aparato—. *Primer… mensaje:* ¡Hola, guapa! Soy Celia. Ya me ha llegado el libro que tenía encargado. Pásate por aquí cuando puedas y le echas un ojo. Y nos tomamos un café, que me tienes abandonada. Dale un beso a Brais de mi parte. *Segundo… mensaje:* ¿Xiana? Soy mamá. ¿Qué haces con el móvil que lo tienes siempre apagado? El domingo no vengáis a comer. Arturo nos va a llevar por ahí. Ya te llamaré, ¿de acuerdo?

Xiana dejó escapar una sonrisa amarga en honor a su madre, siempre tan cálida y cariñosa. El teléfono anunció el tercer mensaje:

—Soy yo. He salido a tomar algo con Andrés. Quedamos con los otros a las diez en el bar de Ana. Nos vemos allí. *Biiiip*.

—¡Vete a la mierda, Brais! —exclamó ella todavía a medio vestir —. ¿Y si no quiero ir? Deja de darme órdenes.

Iba con paso decidido a apagar el teléfono cuando el siguiente mensaje la detuvo en seco. Una voz grave sonó a través del altavoz:

—¡Mierda, malditos aparatos! Uy, perdón... Quiero decir... Soy Luis... Luis López Castro... Disculpe mi comportamiento, no me gustan los contestadores. Estoy intentando localizar a Xiana Láncara. Se trata de... Es un asunto algo complicado para hablar de él a través del buzón de voz... Disculpe, he encontrado este número de teléfono y el caso es... *Biiiip. Quinto… mensaje:* Soy Luis López Castro de nuevo. Siento el mensaje anterior. Por favor, en cuanto le

sea posible, llámeme. *No tiene más mensajes.*

Xiana se sentó en el sofá a fumarse un cigarro despacio, como solía hacer siempre que necesitaba pensar. Se esforzó por recordar, pero fue en vano. Estaba casi segura de que no conocía a nadie con ese nombre.

—¿Diga? —respondió Luis.

Xiana reconoció su voz, pero preguntó en tono cortés:

—¿Podría hablar con Luis López Castro, por favor?

—Sí, soy yo.

—Hola, soy Xiana Láncara.

—…

—Usted ha dejado un mensaje…

—¡Sí, sí! Disculpe. Es que… La verdad, no creía que fuese a responder. El mensaje... Yo...Tiene que disculparme, no estoy acostumbrado a los contestadores. Verá... Yo soy el... Disculpe, no quiero importunarla... Tal vez no tenga derecho a entrometerme así, pero... Quiero que entienda que yo no pretendo...

—¿Me va a terminar de explicar hoy quién es usted? —preguntó ella divertida.

—Sí, claro. Perdone. Soy el médico de su abuela.

—¿De mi abuela? —dijo. Su tono de voz se había endurecido.

—Sí. Amalia Álvarez. Es su abuela, ¿no?

—Sí que lo es. Pero no sé si sabe que...

—Lo sé —interrumpió él—. Estoy al tanto de su historia familiar. El caso es que su abuela... Perdón, Amalia, está mal. Está muy enferma y yo, como médico suyo...

—Oiga, está hablándome de una mujer a la que no veo desde los cinco años.

—Lo comprendo, pero... Verá... Amalia está senil, y tiene una terrible obsesión con algo que debió de suceder hace mucho tiempo.

—¿Qué tiene eso que ver conmigo?

Xiana estaba a punto de colgar el teléfono. No podía dejar de pensar en todo lo que su madre le había contado de aquella mujer, de aquella familia. De cómo las echaron a las dos de la casa tras la muerte de su padre. No quería saber nada de ellos.

—Me hago cargo de lo raro que resulta todo esto. Pero entienda que sólo soy un médico intentando ayudar a una paciente. Lo cual... es bastante complicado porque yo tampoco sé exactamente lo que le ocurre. Pero estamos hablando de una mujer de noventa y cinco años que está postrada en una cama presa de una angustia atroz. Intento ayudarla a morir en paz y lo único que le pido es que me escuche.

—Y eso es lo que hago. Pero no entiendo lo que quiere de mí.

—Pues... Verá... El caso es que Amalia atraviesa, de vez en cuando, instantes de lucidez. Y entonces repite constantemente su nombre.

—Quizás sean remordimientos.

—Tal vez. Pero creo que hay algo más.

—¿Y qué quiere que haga yo?

—Si pudiese acercarse hasta aquí.

—No creo que sea una buena idea —dijo Xiana sin dejar pie para la negociación.

—Sí... Seguro que tiene usted razones de sobra para pensar así. Lo siento. No he debido molestarla.

El hombre colgó el teléfono y Xiana se sentó sobre la silla del escritorio de Brais. ¿Se sentía molesta? No, sólo confusa. Sus dedos jugaban con las hojas del cuaderno de dibujo mientras las cosas se iban mostrando cada vez más claras en su mente.

Se levantó y fue hasta el dormitorio para meter algunas piezas de ropa en una pequeña bolsa de viaje. Cogió de nuevo el móvil, pulsó la tecla de rellamada y esperó a que alguien descolgase del otro lado mientras pensaba que lo justo era contárselo a Brais, o al menos dejarle algún tipo de aviso.

—Diga —respondió Luis.

—Hola, soy Xiana otra vez… —dijo.

Y escribió en un folio que encontró sobre la mesa de su novio: *«ME LARGO»*.

CAPÍTULO 2

«Cuenta la leyenda que el compostelano legítimo tiene la piel curtida por vientos que no son marinos, lleva la sangre teñida de memorias y habita siempre a medio camino entre los vivos y los muertos... Cuenta la leyenda, que las gentes de aquellas tierras del norte, en el fin del mundo, tienen la piel curtida por los más bravos vientos marinos, llevan la sangre teñida de secretos y, por haber nacido junto al santo al que llaman "el lejano", viven desde las primeras luces a medio camino entre los muertos y los vivos».

No estaba segura de dónde había sacado aquellas historias sobre el pueblo de su padre. A veces creía que se las había contado él antes del accidente y otras que las habría leído en algún libro cuando era pequeña. Pero lo importante era que las sabía desde siempre y, tal vez a causa del repentino viaje al que se había lanzado, todos esos cuentos fantásticos resurgían de sus profundidades. Xiana apenas tenía recuerdos de sus primeros años, de la época en la que su padre aún vivía y pasaban los veranos en el pueblo. Tiempo atrás los había sustituido por esas leyendas sin origen que ahora aparecían de nuevo mientras su coche se iba adentrando en la niebla.

Tras pasar de largo el cruce que conducía a San Andrés de Teixido, no tardó mucho en dar con el pueblo. Eran casi las once y, pese a que el cielo parecía negarse a oscurecer por completo aquella noche, ya hacía bastante que el sol se había escondido. Aparcó en una pequeña plaza junto a la iglesia. No se veía a nadie. Cerró la puerta del coche con cuidado porque el silencio era tan denso que le daba reparo romperlo y rebuscó en su bolso hasta dar con el papel donde había anotado la dirección.

«Calle de Arriba, nº42». Una mirada fue suficiente para comprender que no le resultaría muy complicado dar con la casa ya que allí había, como mucho, seis calles. Encendió un cigarro, apartó el pelo que le cubría media cara y observó los alrededores. No recordaba mucho de aquel lugar. Tampoco se veía ninguna placa con las indicaciones de las calles, pero la lógica no dejaba lugar a dudas: el pequeño pueblo se extendía en la ladera de la montaña y la Calle de Arriba debía de estar, como su nombre indicaba, en la

parte superior.

Se echó a andar y el eco de la plaza le devolvió el sonido de sus pasos sobre el asfalto. El paisaje le resultaba al mismo tiempo siniestro y hermoso, con la inmensidad oscura del mar allá a lo lejos, a los pies de la montaña; las antiguas casas que se mezclaban entre ellas sin orden aparente, todas construidas en piedra y muy semejantes entre sí, con sus balcones llenos de geranios, con sus estrechas calles que parecían acomodarse hasta crear un extraño orden laberíntico e iluminado por la tenue luz de las farolas de hierro... Aunque también encontraba algo inquietante en la atmósfera, tal vez su exagerado silencio. No estaba segura pero, tras un escalofrío que le recorrió la espalda, decidió que aquel lugar resultaba fantasmagórico.

Entonces, una sombra negra pasó a toda velocidad junto a sus pies y ella pegó un salto hacia atrás. Cuando descubrió los brillantes ojos del animal, que se había detenido a pocos metros con aire burlón, Xiana estuvo a punto de echarse a reír, aunque no tuvo tiempo porque en algún lugar de la noche, acompañada por una rotunda carcajada, una voz se le adelantó:

—Los gatos no muerden. Ni siquiera en este pueblo.

Xiana se dio cuenta de que la voz provenía de un balcón en una de las casas frente a ella. No distinguía a la persona que había hablado, pero sí se veía la punta de un cigarro brillando con intensidad. Dio un paso adelante y se dirigió a la voz:

—Disculpe, estoy buscando una casa. ¿Podría ayudarme?

La luz naranja creció un poco y luego se movió hasta resultar insignificante en comparación a la silueta que la portaba y que se hizo visible al asomarse al balcón. Se trataba de un hombre joven, de treinta y pocos, moreno y bastante guapo, pensó Xiana, que podía distinguir el brillo pícaro de sus ojos incluso desde aquella distancia.

—No somos muchos por aquí. ¿A quién buscas?

—A Luis... —empezó a decir Xiana, pero se detuvo para echar un vistazo al papel donde había anotado los datos del médico—. A Luis López Castro.

El hombre del balcón no respondió, pero Xiana creyó advertir que su mirada divertida había desaparecido un momento, justo antes de asomarse de nuevo para observarla con una curiosidad mayor.

—¿Sabes cuál es su casa? —insistió ella.

—Sí... ¿De qué conoces a Luis?

Xiana abrió los ojos sorprendida por la pregunta. El hombre pareció comprender su desconcierto

—Claro, claro. No es asunto mío. Aquella casa al fondo de esta calle, la grande con el muro alrededor. Allí es.

—Gracias.

Emprendió el camino, pero él la detuvo:

—¿Cómo te llamas?

—Xiana.

—Mucho gusto —dijo. Y se perdió de nuevo en la oscuridad de su balcón.

La escena le había parecido extraña, pero dejó de darle vueltas en cuanto estuvo delante del gran portal metálico coronado con una placa dorada en la que se leía: *«Luis López-Castro Antas. Medicina General»*. Xiana consultó el reloj y se dio cuenta de que no era la hora más adecuada para presentarse en la casa de un desconocido. Tal vez había sido un error salir de forma tan precipitada, sin detenerse a analizar la situación. No era un sentimiento nuevo para ella aquella mezcla de remordimientos y culpa; la tenía siempre que tomaba una decisión sin pensar, lo que ocurría como mínimo un par de veces al día. Pero entonces era más fuerte de lo habitual, pues ya no había vuelta atrás. Sería de locos desandar el camino a tales horas, por una carretera estrecha, llena de curvas bajo las cuales sólo había altísimos acantilados. Además, para cuando llegase a casa, Brais ya habría leído la nota. Pensó en Brais. Los remordimientos aumentaron. Tomó aire para tranquilizarse y pulsó el timbre al mismo tiempo que intentaba apartar de la mente todos sus pensamientos.

Luis resultó ser un hombre mucho más joven de lo que ella había imaginado: unos treinta y cinco años, moreno, con los rasgos suaves y los ojos grandes, esquivos, oscuros. Pero lo que realmente le llamó la atención a Xiana fue que, pese a tratarse de un hombre risueño en apariencia, todo en él emanaba un profundo sentimiento de tristeza. Incluso sus manos. Xiana siempre se paraba a contemplar las manos, ya que creía que podían decirle mucho sobre la persona que tenía delante. Las de Luis eran tristes y contradictorias: pálidas, frágiles, delgadas y, sin embargo, grandes y

muy masculinas.

—Lamento presentarme a estas horas. Sé que debería haber esperado hasta mañana, pero...

—No te preocupes —dijo él con su voz tranquila mientras la miraba de reojo—. Siéntate, por favor. ¿Quieres tomar algo?

Xiana rechazó la invitación. Esperaba que él empezase a hablar pero todavía tardó un rato en iniciar la conversación. El cuarto en el que se encontraban en la consulta privada del médico, o eso dedujo ella. Era un pequeño despacho decorado de manera sobria y práctica, sin grandes ostentaciones pero con bastante gusto. «Aunque», pensó Xiana, «es demasiado oscuro».

—Ante todo —rompió a hablar él sin previo aviso— gracias por venir. Sé que todo esto es un poco... raro —Luis se sirvió café en una taza. Le temblaban las manos—. ¿Seguro que no quieres nada?

—Seguro, gracias.

—El caso es que tu abuela... Perdón, Amalia. Amalia está enferma. Es una mujer mayor y no es mucho lo que se puede hacer por ella a estas alturas, pero yo deseo ayudarla a descansar y que pueda pasar en paz sus últimos días —Luis la miró directamente por primera vez, pero ella permanecía callada, sin inmutarse—. Amalia se encuentra inmersa en otro mundo. Está... Está obsesionada con algo, no sé qué exactamente. Parece algo que ocurrió hace bastante tiempo. Es posible que se trate de tu familia, lo que pasó cuando eras niña. No sé... Pero espero que te cuente a ti lo que la atormenta.

—¿A mí?

—Sí.

—¿Y qué se solucionará si me lo cuenta?

El médico pestañeó varias veces, como si no acabase de comprender la pregunta o si estuviese esperando a que la cucharilla de café con la que jugaban sus dedos, sus largos dedos en los que se podían adivinar todos los huesos de la mano, le diese alguna respuesta.

—No lo sé —murmuró finalmente—. Sólo pretendo ayudarla. Es el único recurso que me queda.

—¿Y por qué estás tan seguro de que yo quiero ayudarla?

—Bueno, porque estás aquí, ¿no? —preguntó el médico mientras

una sonrisa se dibujaba en su cara.

Fue breve, muy breve, pero Xiana sintió por primera vez en mucho tiempo que observaba una sonrisa sincera.

CAPÍTULO 3

La despertó la luz del sol, que se colaba por las rendijas de las persianas, y se incorporó en la cama sin darse cuenta, durante unos segundos, de dónde se encontraba. Luego recordó que se trataba de la habitación de invitados de Luis. Se frotó los ojos para acabar de despertarse, agarró la cajetilla de tabaco que había dejado en el suelo la noche anterior y se dijo a sí misma que había cometido un gran error. ¿Qué demonios pensaba ese tipo que podría hacer ella? Pero ya no había vuelta atrás.

—Buenos días —dijo al entrar en la cocina.

—Buenos días. ¿Café, té, leche? —le preguntó Luis con una gran sonrisa, aunque sin mirarla directamente.

—Café, gracias.

—¿Quieres algo más? Tengo galletas, o puedo preparar unas tostadas.

—El café está bien, gracias.

—Como quieras. ¿Te parece bien que vayamos a ver a Amalia en cuanto hayamos desayunado?

—Claro —respondió ella sin demasiado entusiasmo.

—Ya he avisado a María, tu prima. No sé si lo sabes, pero vive con Amalia. Es quien la está cuidando. Al principio no parecía muy conforme, pero...

—Luis —interrumpió Xiana—, escucha: creo que todo esto no es una buena idea. Lo mejor será que me vaya por donde he venido.

—¿Por qué? ¿Qué ha ocurrido?

—Nada. Sólo creo que lo mejor es dejar las cosas como están. No quiero incomodar a nadie.

—¿Lo dices por María? Porque puede que te interese saber que, hace un año más o menos, antes de que Amalia... Cuando todavía estaba bien, ella me habló de su testamento.

—Para, para. Yo no quiero saber nada de ese tema.

—Pero tienes derecho a saberlo. Tú eres heredera de buena parte de sus bienes, igual que María y... Bueno, y yo, que al parecer también me dejará algo porque ella siempre me ha considerado como un nieto.

Las palabras del médico hirieron el orgullo de Xiana, que empezó a plantearse qué clase de mujer rechazaba a su propia nieta y después adoptaba como tal a un extraño. Eso no lo iba a arreglar incluyéndola en el testamento.

—Así que María no puede decir mucho —continuó Luis—. La casa también te pertenece a ti.

—Eso no es cierto, porque Amalia sigue viva. Además, yo no quiero absolutamente nada suyo.

—Pero... Está bien, lo entiendo. Sólo quería que supieses que tienes el mismo derecho que María a vivir en esa casa.

—¿Qué quieres decir con *«vivir en esa casa»*?

Luis parecía no comprender el terreno por el que se movía. Llenó su taza con un poco más de café, puede que para ganar algo de tiempo mientras analizaba los hechos, pero Xiana rompió antes aquel incómodo silencio:

—Es decir, en el caso de que acepte ayudarte, yo iré hasta esa casa, hablaré con Amalia y luego me marcho. Punto.

—Claro... Bueno, supongo. El caso es que yo pensaba que...

—¿Quieres? —dijo ella ofreciéndole un cigarro.

—No, no fumo, gracias.

—¿Te importa si yo...?

—No, no hay problema —dijo Luis al tiempo que se levantaba para coger un cenicero en la alacena a su espalda—. Yo pensaba que te quedarías una temporada, o unos días al menos.

—¿Por qué iba a quedarme?

—No lo sé. Para conocer el lugar, a Amalia... Es posible que no sea tan sencillo conseguir que ella...

—Luis, escucha, no quiero ser desagradable pero todavía no tengo muy claro qué estoy haciendo aquí. No te conozco de nada y a esa mujer tampoco. Me has pedido ayuda e intentaré hacer algo, pero no voy a quedarme en este pueblo. La verdad es que no me importa mucho lo que le ocurre a mi... a Amalia.

—Está bien, lo entiendo.

Tal y como había sugerido Luis, salieron de casa tras terminar el desayuno. Era bastante temprano, pero el sol ya brillaba con fuerza y a Xiana le sorprendió el silencio, ya que había imaginado que desaparecería con el amanecer, pero el lugar se encontraba tan callado y desierto como la noche anterior.

La casa de su familia estaba cerca, como todo en aquel pueblo, y, por el camino, cuando pasaron por delante del balcón frente al que Xiana había aparcado el coche, no fue capaz de reprimirse:

—¿Quién vive en esa casa?

—¿Por qué lo preguntas? —dijo él muy serio.

—Curiosidad. Ayer por la noche me indicó el camino un tipo bastante peculiar que estaba fumando en ese balcón. ¿Quién era?

—Un tipo bastante peculiar, ya lo has dicho tú.

—Pero, ¿quién es?

—No quieras saber más, no merece la pena.

—¿Por qué?

—Ya llegamos. Ésta es la casa de tu abuela.

Era, como el resto de las casas del lugar, una vivienda de piedra con las ventanas de madera y un balcón antiguo lleno de geranios en el piso superior. Luis llamó a la puerta y no tardó en salir a recibirlos una mujerona de unos cuarenta años entrada en carnes, bajita y de movimientos torpes pero rápidos. Se trataba de María, su prima. Xiana la observó con curiosidad porque en nada se parecía al recuerdo infantil que guardaba de ella. Ahora, su pelo moreno era corto y con un peinado que la hacía más vieja de lo que seguramente era. Su cara, redonda y arrugada, sus labios cansados, tristes y con la expresión crispada, delataban una existencia amarga. Con ese rostro desanimado, María disimuló la sonrisa menos forzada que logró conseguir y los invitó a pasar.

—No os ofrezco nada porque tengo algo de prisa. No podemos entretenernos mucho que tengo que irme a trabajar.

—No te preocupes —le dijo Luis—. Nosotros ya hemos desayunado. ¿Cómo está?

María examinaba a su prima descaradamente de pies a cabeza, provocando una situación bastante incómoda que llevó a Xiana a lanzar una dura mirada de desaprobación. Pero aquella mujer no

parecía de las que se intimidan con facilidad.

—Así que tú eres mi prima —exclamó María, y a Xiana le pareció detectar cierta ironía en su voz—. Has crecido bastante desde la última vez que nos vimos. ¿Te acuerdas de mí? No, ¿cómo te vas a acordar? ¿Cuántos años tendría yo? Quince o algo así. Parece mentira, no nos parecemos en nada. Dame dos besos, anda.

María se le acercó y la apretó con fuerza, propinándole un sonoro beso en cada mejilla. Luis subía ya en dirección al cuarto de la enferma y Xiana aprovechó la ocasión para escabullirse tras él.

—Buenos días, Amalia —exclamó él—. ¿Qué tal vamos hoy? Tengo una sorpresa para usted.

Xiana se asombró ante la seguridad que había surgido de pronto en los ojos del hombre. No parecía tratarse de la misma persona que, apenas media hora antes, esquivaba su mirada tras una taza de café. Pero no tardó en olvidarse de este detalle para fijarse en la mujer que reposaba en la cama, con la cabeza sobre una enorme almohada blanca. Aquel rostro... Xiana no la recordaba y, sin embargo, le resultaba muy familiar, cercano. La anciana no se movía ni pareció darse cuenta de que habían entrado, estaba demasiado concentrada observando la intensa luz que penetraba a través de la ventana.

—Sé que se va a llevar una alegría —continuó Luis ignorando el hecho de que sus palabras no provocaban reacción alguna en ella.

—Pasa así todo el día, en el mejor de los casos —María hablaba directamente a Xiana—. No sé qué pretende Luis con todo esto, pero no creo que sirva para nada.

El médico le reprochó el comentario con un gesto pero, como ya había descubierto antes Xiana, la mujer no comprendía, o no quería comprender, ese tipo de indirectas, así que continuó hablando:

—No es que me moleste que hayas venido, no me malinterpretes, pero la verdad es que resulta un poco absurdo que estés aquí.

Xiana no respondió. Se limitaba a observar a aquel cuerpo inerte acostado en la cama y en el cual sólo los ojos parecían contener todavía una ligera chispa de vida. Aquella mujer era su abuela, su misma sangre, y no era capaz de recordarla. Buscaba en todas partes, recorría los rincones más profundos de su memoria, y se daba cuenta de que no le quedaba nada. No había guardado demasiados recuerdos de aquella época, antes del accidente de su

padre, y tampoco estaba segura de querer recuperarlos. Pero allí estaba, la prueba de que existía un pasado, un lugar del que provenir y al que pertenecer. Allí, acostada, inmóvil, sin sentir posiblemente ya nada: un hogar, su abuela.

—Porque el caso es que —continuaba María— yo nunca supe bien lo que ocurrió. Era una chiquilla y nunca me quisieron hablar del asunto. Ya sé que nada de eso tiene que ver con nosotras a estas alturas, pero no le veo sentido a tu visita de todos modos. Tampoco es que me incomode, pero no tiene lógica. ¿Entiendes lo que quiero decir?

Xiana asintió levemente, más con la intención de que aquella mujer se callase que de darle la razón. Se acercó a la cama sin poder apartar la vista de la anciana y se sentó en una silla junto a Luis.

—Mire quien ha venido —dijo él con dulzura—. Es Xiana, su nieta.

María, apoyada todavía en el marco de la puerta, se movió molesta, temerosa. Era un miedo infundado porque Amalia continuaba inerte, o eso parecía. Xiana sí se dio cuenta de que algo había cambiado en sus ojos, un brillo sutil pero diferente surgió con las palabras del médico.

—Amalia, ¿me escucha? —insistió Luis.

Por fin, aquel ser aparentemente estático dio una señal de vida y su boca se abrió poco a poco hasta que una voz gastada soltó al aire, tras un esfuerzo, unas breves palabras:

—A los débiles no se les permite la gloria.

—No, Amalia, escuche: es Xiana, su nieta más joven. ¡Mírela!

—Y yo nunca he sido fuerte.

—¿Lo ves? —dijo María, que sonreía desde la puerta, triunfante —. Todo esto es una tontería, Luis.

—¡Amalia! —insistía él cada vez más desanimado—. ¿No quería ver a Xiana? Aquí está.

—Déjala, Luis. Es inútil. Yo ya me rendí hace tiempo. No entiende nada de lo que le decimos.

Pero Xiana no estaba tan segura. La tenía delante, la veía, y veía también sus ojos húmedos, la lucha interna que mantenía para contener las lágrimas ante las palabras del médico. Aunque podría no ser más que el producto de su imaginación, el deseo inconsciente

de ser aceptada al fin en una familia que la había repudiado sin que ella conociese los motivos.

—¡Es su nieta! Ha venido a visitarla.

—¡Para! —lo detuvo Xiana.

—Pero...

—Pero nada, Luis —gritó María saboreando la vitoria—. No hay nada que hacer. Si ya todos nos hemos dado cuenta.

—Está bien. Puede que tengáis razón.

—Claro que la tenemos. Anda, vamos. Dejadla descansar.

El médico estaba desanimado y el aire triste y melancólico que parecía acompañarlo siempre como una sombra, se había apoderado de nuevo de todo su ser. Se alejó de la cama y siguió a María por el pasillo, sin voluntad, sin fijarse siquiera en que Xiana, que se había levantado para seguirlos, acarició antes de marcharse la mano de la anciana, aunque todavía no tuviese claros los sentimientos que la habían llevado a hacerlo. En ese mismo instante, cuando abuela y nieta quedaron solas en el cuarto, Amalia apartó la mirada de la ventana y le dijo en voz muy baja:

—Mi niña bonita, no te vayas.

Entonces sí resbalaban ya las lágrimas por sus mejillas. Xiana no era capaz de reaccionar y no lo habría hecho si no la hubiese despertado del trance la sensación de que una sombra fugaz había pasado por delante de la puerta. Luego, se escucharon los pasos de María acercándose por el pasillo. La vieja devolvió sus ojos húmedos a la ventana.

—Ahora tengo que marcharme, pero volveré, te lo prometo —le respondió Xiana en voz baja también, soltándole la mano en cuanto María se asomaba por la puerta.

—¿Vamos? No es que quiera echaros, pero he de ir a trabajar. Otro día que vengas con más tiempo charlamos un rato. Porque tú también tienes que irte, ¿verdad?

—Sí —respondió Luis—. No te preocupes, María. Ya se marcha hoy.

—No, no; no me entendáis mal. Yo no quería decir...

—No sé todavía qué voy a hacer —dijo Xiana—. Puede que me quede unos días.

Luis y María estaban sorprendidos por la noticia, pero sólo él parecía alegrarse.

CAPÍTULO 4

El sol brillaba en lo más alto del cielo, sin embargo el día se había vuelto gris, demasiado gris para la época del año en la que se encontraban. Xiana siempre se detenía a analizar la luz ya que, después de todo, en ello consistía su trabajo: atrapar pequeñas cantidades de luz. Y aquel día lo veía todo demasiado gris, demasiado apagado.

Vagaba sin rumbo fijo por entre las calles del pueblo, que seguía desierto. De no ser porque de vez en cuando se escuchaba algún ruido surgiendo del interior de las viviendas, como el sonido de un transistor, voces apagadas tras los muros, o el choque de cacharros en alguna cocina, habría jurado que la mayor parte de las casas estaban abandonadas.

Consultó el reloj: las doce del mediodía. *«¿Es que en este maldito pueblo no vive nadie?»*. Se sentó en un banco de piedra que se caía a pedazos y observó el paisaje. Lo que la noche anterior había sido tan solo una masa oscura en la distancia, se había convertido entonces en un mar fiero y azul que medía su fuerza con el viento en los acantilados de roca que, juntos, habían ido esculpiendo durante siglos. *«Hermoso paisaje. Gris, un poco bajo de contraste, pero hermoso»*. Echó mano de la cámara que había sido su compañera inseparable desde los quince años y volvió a mirar el mundo a través de su visor. ¡Qué distinto era todo así! Enfocó el océano inabarcable y puso el dedo sobre el disparador, pero no fue capaz de pulsarlo. Tras un suspiro, terminó por retirar la mano y dejar la cámara en el banco. Se estremeció. Hacía demasiado frío para ser el mes de julio y estaba confusa, inundada de emociones y pensamientos.

Recordó lo que había ocurrido hacía un rato, en presencia de su abuela, y se preguntó qué opinaría su madre si se enterase. O Brais, qué diría él. Tenía que llamarlos, aunque se enfadasen. Era lo justo.

Xiana metió la mano en el bolso para coger su teléfono móvil, que continuaba apagado, pero una voz la detuvo dándole un buen susto:

—Xiana, ¿verdad? —le preguntó el tipo que había visto en el balcón la noche anterior.

—¿Siempre apareces así, como un fantasma?

—Me gusta que la vida tenga algo de misterio. ¿Puedo sentarme?

Xiana metió la cámara en el bolso y luego lo dejó en el suelo para que el hombre pudiese sentarse a su lado. Durante un buen rato, ambos permanecieron callados. Él miraba la inmensidad azul que se extendía lejos, a los pies de la montaña, como si aquel mar perteneciese a otro mundo en el que no les estaba permitida la entrada más que a través del silencio. Xiana lo observaba a él, de reojo y sin decir nada, aunque solamente porque no se le ocurría nada que decir. Fue el hombre quien se decidió a hablar:

—¿Al final pensaste que no era tan hermoso?

—¿Cómo? —preguntó ella confusa.

—El paisaje.

—No. Sí que es hermoso.

—Entonces, ¿por qué no sacaste la foto?

—¿Para qué? —respondió sorprendida de su propia sinceridad.

—¿Para qué? —repitió él mientras sacaba un paquete de tabaco del bolsillo. Le ofreció un cigarro a Xiana, que lo aceptó con una sonrisa—. Bueno, a mí tampoco me gustan las fotografías, pero no suelo ir por ahí con una cámara encima. ¿Has escuchado alguna vez ese cuento chino de que las fotos te roban el alma?

—Sí, alguna vez.

—Una tontería. Ojalá las fotos hiciesen tal cosa, pero no es así. Por eso no me gustan —añadió. Luego el hombre dio una larga calada al cigarro, apoyó la cabeza en el muro que tenían detrás y expulsó el humo de los pulmones sin apurarlo. Xiana tuvo la sensación de que para aquel tipo, el tiempo avanzaba más lentamente—. Si un paisaje, un lugar, una persona... Lo que sea. Si es realmente hermoso y tiene esa magia o ese encanto especial de la vida, no existe fotografía capaz de hacerle justicia. Las cosas hay que verlas, amarlas con los sentidos y guardarlas en un rincón de los recuerdos, no en un pedazo de papel.

—Curiosa teoría. Pero yo creo que una buena fotografía puede expresar cosas que están ocultas en la... en la vida.

—¿Tú crees? ¿Se puede fotografiar el tiempo, o el miedo, o el viento? —preguntó antes de dar otra calada al cigarro—. ¿Se puede fotografiar el silencio?

—Se puede —respondió ella sin estar completamente segura.

Entonces, él la miró por primera vez en toda la conversación y Xiana se fijó en sus ojos. Eran verdes, o puede que marrones. Eran ojos de tierra y hierba, brillantes, vivos, y le provocaban el mismo vértigo que sentiría al asomarse a un precipicio. Sólo duró un instante, porque él devolvió en seguida la vista al mar.

—Entonces, ¿por qué no sacaste la foto?

—No estoy segura —respondió. Las palabras de Xiana estaban llenas de tristeza.

—¿Qué haces aquí? En este pueblo remoto.

—Tampoco estoy segura.

—Demasiadas preguntas sin respuesta.

Él tiró el cigarro al suelo para apagarlo de una pisada. Xiana intentó despejar alguna incógnita a través de sus manos, pero incluso en eso resultaba un enigma porque a ratos le parecían pequeñas y vagas, a ratos fuertes y grandes. Antes de que Xiana pudiese llegar a alguna conclusión, el hombre las escondió en los bolsillos del vaquero, se levantó y comenzó a alejarse de ella.

—Si al final eres capaz de robar algún alma con ese aparatejo, me gustaría verla —dijo sin volverse.

—¿Cómo te llamas? —gritó ella.

—Joaquín.

Y desapareció por una de las estrechas calles del pueblo.

CAPÍTULO V

Libertad. Se me deshace en los labios una palabra tan maravillosa. La libertad es correr por los verdes campos, es llevar por la vida una sonrisa, es escuchar el sonido de las campanas una fresca mañana de primavera. Pero ahora...

El eco ahogado del festejo atraviesan el aire hasta mi morada y cada sonido me hiere profundamente porque me recuerda lo más difícil de soportar: yo no tengo libertad.

No estoy seguro de la hora que es, pero me he acostumbrado a distinguir la intensidad de la luz en cada momento del día, como hacían los viejos marinos que conocí en el barco. Ellos también empleaban la posición del sol o las estrellas. Yo no tengo aquí ni el derecho a contemplar esos bellos astros pero, al menos, me queda todavía el recuerdo de tus ojos.

Desconozco la hora en la que me encuentro, pero seguro que esos débiles sonidos que se acercan a mi ruin alcoba son los de la verbena. Y tú estarás allí, con un bonito traje, acompañada del brazo de tu esposo, y estarás sonriendo... Esa sonrisa tan hermosa. ¿Sonríes aún? Claro, claro que lo haces. No te culpo. Es más, deseo que lo hagas. No he querido jamás que la más pequeña sombra de dolor toque tu espíritu alegre. Y necesito creer que eres feliz porque tu felicidad me da fuerza, me da la valentía que necesito para soportar este tormento y encontrar el modo de salir de aquí. Porque saldré, cuenta con eso.

Saldré e iré a por ti si lo deseas, o me marcharé lejos si me lo pides, si es lo que quieres. ¿Es lo que quieres? Quizá por ese motivo no respondes a mis cartas. ¿O es por miedo? Tal vez no tengas forma de hacerlo. Sí, seguro que se trata de eso, tiene que ser eso. Permíteme creerlo y seguir escribiéndote para aliviar este dolor que me invade, porque el recuerdo de tus ojos es mi único aliento. Sin tener que esforzarme mucho soy capaz de verte todavía, te adivino en la oscuridad prohibida, en aquellas noches tan nuestras. ¿Las recuerdas? Yo no puedo olvidarlas, no quiero. Porque cuando te imagino el mundo vuelve a ser un lugar luminoso y ahora te necesito más que nunca.

No sé qué te han contado, qué te han dicho de mí. No les creas. Tienes que saber que no es cierto. Y sé que lo sabes. Si tú no crees en mí,

¿quién lo hará?

Espérame, vida mía, que iré a buscarte. Y sonríe. No dejes de hacerlo. Recuerda que yo siempre estoy a tu lado. Incluso aquí dentro, hora tras hora, puedo escuchar en el aire el latido de tu corazón. Siente tú el mío que late por ti y no borres tu sonrisa. No deseo ni que tan siquiera una lágrima turbe tu mirada, ni una. Sé feliz, vive. Y si yo no acudo nunca a buscarte, no sufras porque estoy siempre contigo, de cualquier modo. Estaré en el viento, en el aire, en ti, siempre. Y sonríe. Que tu joven entusiasmo no pierda su luz porque es el faro que me ilumina en estos días oscuros que me han tocado en desgracia. No tengas miedo, iré a buscarte.

CAPÍTULO 6

De puente

Se levantó muy temprano sin apenas haber dormido. Dos casas extrañas durante dos noches seguidas y la situación emocional en la que se encontraban era más de lo que su sueño podía soportar. Además, durante toda la noche la habían estado sobresaltando unos ruidos que parecían provenir de la habitación contigua pero, cuando acudió a inspeccionarla, se encontró con una salita vacía. Xiana intentó tranquilizarse recordando que se trataba de una casa muy antigua y ese tipo de ruidos eran lo normal.

Caminó por el pasillo observando cada detalle de aquel viejo universo que para ella resultaba tan novedoso. El suelo de madera se quejaba con cada uno de sus pasos y las paredes estaban llenas de cuadros baratos con paisajes insignificantes. Le resultaba curioso que María se preocupase tanto por una casa que se caía a pedazos, pero comprendió que tendría que explicarle que ella no quería nada, por mucho que Luis dijese o por mucho testamento que hubiera de por medio. Simplemente, no tenía un lugar mejor al que ir y había empezado a sentir cierta curiosidad por el estado de Amalia. Pero, sobre todo, no quería regresar a la ciudad. Todavía no.

Se detuvo en la mitad del pasillo y observó un pequeño cuadro allí colgado: se trataba de un paisaje verde con árboles frondosos cargados de follaje, enormes montañas blancas al fondo y un riachuelo que atravesaba un puente de piedra. Era una estampa sencilla, sin pretensiones y ni siquiera especialmente bonita, pero tenía algo que a Xiana le resultaba inquietante. Quizás se tratase del realismo estático del río, o del viento atrapado en el movimiento de las ramas, o del canto de los pájaros que no existía pero que sin duda debía haber estado allí... Quizás... *«¿Se puede fotografiar el silencio?»*.

Caminó de vuelta a su cuarto con una sonrisa en los labios a causa de la idea que acababa de tener, pero se detuvo en la mitad del camino tras escuchar un lamento procedente de la habitación de

Amalia.

Entornó la puerta y observó desde el pasillo sin atreverse a entrar: la vieja estaba acostada en la cama en la misma posición que el día anterior, mirando también hacia las ventanas, pero entonces estaban cerradas. La luz que se filtraba a través de las contraventanas era tan débil que daba a todo el cuarto una atmósfera solemne y trágica. Amalia no se movía, pero de su garganta salía un profundo lamento mientras lloraba de dolor.

Por fin, Xiana se decidió y entró despacio para no asustar a su abuela, además del hecho de que todavía se sentía como una intrusa en aquel lugar. Se acercó hasta ella de puntillas y le preguntó qué le ocurría, pero la mujer no se movió y continuó emitiendo aquella queja suave, aquel llanto casi inexistente, con los ojos cubiertos de lágrimas.

—¿Qué ocurre, abuela? —preguntó otra vez sin darse cuenta de cómo acababa de llamarla. La anciana la miró entonces con el rostro lleno de emoción.

—Niña bonita... —dijo casi sin fuerzas.

—Soy Xiana. Te dije que volvería. Pero, ¿qué te ocurre? ¿Por qué lloras?

—Tus ojos... Siempre fueron como los suyos.

—¿Como los de quién?

—Fieros y dulces a un tiempo. El sonido de las campanas —dijo Amalia mirando de nuevo a las ventanas—. La libertad es correr por los verdes campos y llevar por la vida una sonrisa...

La mujer suspiró y otra gota de dolor resbaló por su mejilla. Xiana no comprendía nada. Tal vez María tuviese razón y aquella vieja había perdido completamente la cabeza.

—¿Por qué lloras? —insistió.

—Tus ojos son ojos de valor, de coraje. Son como los suyos. Siempre lo han sido.

—¿Como los de quién?

—Nicolás —al pronunciar el nombre a Amalia pareció que se le rompía la voz en la garganta.

—¿Nicolás? ¿Quién es Nicolás?

—Yo no tengo coraje. Pero tú sí.

—¿De qué estás hablando?

—Las cartas de Nicolás. Prométemelo.

—¿Qué cartas?

—¿Qué ocurre? —interrumpió de pronto la voz aguda de María.

Xiana había estado tan distraída intentando entrar en la confusa mente de Amalia que no se había dado cuenta de la llegada de su prima.

—No lo sé —dijo—. Creo que no se encuentra muy bien.

—¿Por qué? —preguntó María acercándose a su abuela, que miraba otra vez las ventanas con un gesto inerte y sin rastro de lágrimas en los ojos.

—Me la encontré llorando —se excusó Xiana.

—A veces lo hace. No te preocupes. Ya te dije que no está bien —María abrió las contraventanas y el cuarto se inundó de la luz clara de la mañana—. Como sigas haciéndole caso a Luis acabarás por creerte todas sus tonterías.

—¿Qué tonterías? ¿Qué es lo que cree Luis?

—¡Ay, no me enredes! ¡Yo que sé! Es un decir —añadió María—. Descansa un poco, abuela, que ahora te traigo el desayuno.

Arropó a Amalia y le besó la frente. Luego se dirigió a Xiana bajando la voz:

—Lo que digo es que no está bien de aquí —dijo señalando con un dedo el lateral de su cabeza—, y no hay nada que podamos hacer. Anda, vamos a desayunar.

Mientras salían, Xiana escuchó cómo Amalia murmuraba de manera casi imperceptible:

—Promételo.

CAPÍTULO 7

Era la única tienda en aquel lugar, además del único bar, estanco, fonda, teléfono público... Hacía las funciones de centro social y de abastecimiento del pueblo. *«El Mesón del Puerto»*, se llamaba, y Xiana se preguntó por qué le pondrían tal nombre a un antro como ése en medio de una montaña. Pequeña y cercana al mar, sí, pero montaña al fin y al cabo.

Junto a la puerta, sentado en una destartalada silla de madera, un viejo muy viejo, de esos que cuando uno los mira tiene la sensación de observar a alguien que nunca ha sido joven, acariciaba a un gatito negro que dormía plácidamente en su regazo.

El anciano concentrado en sus pensamientos, el exterior de un bar de toda la vida, la luz gris de aquel día... *«¿Se puede fotografiar el tiempo?»*. Pero antes de que Xiana pudiese responder a su propia pregunta, el viejo irguió la cabeza para mirarla con una expresión desafiante. Ella apuró el paso y entró en el mesón tras un tímido *«Buenos días»* al que el viejo respondió con un gruñido.

Dentro olía a fritanga. Era uno de esos antiguos locales de madera y losa con poca luz y el suelo cubierto de serrín. Olía a fritanga y a vino. En la barra había dos hombres tan parecidos entre sí como dos gotas de agua, excepto por el hecho de que uno de ellos iba ataviado con una sotana y el otro, elegantemente vestido, se apoyaba en un bastón. Ambos conversaban animados con el que debía de ser el tabernero que les servía la bebida en unas tazas de barro.

Los tres hombres se callaron ante la presencia de Xiana y se dedicaron a observarla con descaro, examinándola de pies a cabeza con un gesto interrogante que incomodó mucho a la chica, pero intentó disimularlo con una sonrisa y un breve saludo antes de dirigirse al mostrador que parecía ser la parte dedicada a la tienda. El tabernero dio un grito y apareció en seguida una mujer gorda y mal encarada que se secaba las manos en un trapo de cocina.

—¿Qué pasa? —dijo con una voz ronca y nada femenina.

—Tienes clientes —respondió el tabernero con una voz todavía

más áspera que la de ella.

—Vaya —exclamó la mujer— así que es ésta la chica.

—Debe de ser —añadió el hombre de la sotana— Xiana, ¿verdad? La prima de María.

El comentario del párroco parecía inocente, aunque ella no dejó de advertir cierto cinismo en sus palabras. Sin embargo, supo guardar la compostura y reprimió las ganas de llamar entrometidos a aquella panda de cotillas.

—Soy Xiana, sí señor. Mucho gusto. Y ahora, ¿puede atenderme alguien?

—Ya va, ya va, mujer —dijo la tabernera—. Vaya humos con los que vienen estos chavales de la ciudad. ¿Qué querías?

Mientras Xiana compraba, los hombre regresaron a su conversación, aunque sin dejar de observarla y sin molestarse en bajar el tono para que ella no notase que habían cambiado completamente el tema a discutir:

—Pues es guapetona, la chica —decía el tabernero.

—Será —respondió el párroco—. Yo de eso no entiendo. Y tú tampoco deberías.

—No me venga con historias, padre, que de eso entendemos todos —dijo el hombre entre risas y luego miró al tipo del bastón, que se había mantenido en silencio todo el tiempo—. Ahora empiezo a comprender qué pretende tu hijo. Y yo pensando que te había salido medio tonto.

—Cóbrame —gruñó el tipo del bastón dejando de un golpe unas cuantas monedas sobre la barra.

—Venga, hombre, no te lo tomes así. Sólo era una broma.

Pero el hombre les dio la espalda y salió cojeando sin añadir ni una palabra. Cuando pasó junto a Xiana, le echó una mirada entre la curiosidad y el odio que a ella le produjo escalofríos.

—Hay que ver... —dijo el mesonero—. Yo sólo estaba de broma.

—Tranquilo, Eladio; ya sabes cómo es. Mañana se le habrá olvidado —inquirió el párroco con una sonrisa enigmática en el rostro—. Ya ves que en este pueblo los foráneos no gustan mucho.

—Pueden quedarse tranquilos. No había pensado quedarme mucho tiempo por aquí.

—Ya, ya sé.

—¿Me puede dar también un paquete de Chester? —se dirigió Xiana a la mesonera pensando que el cura daría por terminada la conversación, pero no fue así.

—Yo soy Benigno, el cura. No sé si María te ha hablado de mí. Trabaja en mi casa.

—Algo me ha comentado, sí.

—Cuando quieras, pásate por allí. Te invito a un café y charlamos un rato. Me gustaría saber algo más de ti.

—No sé si tendré mucho tiempo.

—Anda, anda, mujer —dijo el cura—. ¿Qué cosas vas a tener que hacer en un pueblo como éste? Pásate cuando quieras. No tiene pérdida. Es la casa que está junto a la iglesia.

El párroco se marchó y Xiana pagó su compra para luego salir también del local. Fuera, seguían el viejo y el gato. Cuando pasó por delante de ellos, el hombre murmuró sin mirarla:

—Parece que ha cambiado el viento, minino. Puede que no tarde en venir la tormenta.

En ese pueblo estaban todos locos. Lo mejor sería no quedarse demasiado; una noche más para pensar a dónde ir y luego se largaría.

CAPÍTULO 8

Cuando María entró en la cocina y vio a Xiana preparando la comida, no entendió que lo único que su prima pretendía era sellar una tregua en aquella relación que con tan mal pie había empezado.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó enfadada.

—La comida. Es mi forma de agradecerte que...

—No tienes nada que agradecer. De hecho, lo mejor que puedes hacer es no tocar nada.

—¿Te ha molestado?

—No me gusta que revuelvan mi cocina.

—¿Tu cocina?

La mirada de María fue suficiente para que Xiana comprendiese que acababa de cometer un error. Dejó de revolver en la cazuela, puso la cocción a fuego lento y se sentó en una silla esperando a que su prima hiciese lo mismo.

—Vamos a hablar claro de una vez. ¿Qué crees que estoy haciendo aquí?

—No lo sé —respondió María, que se sentó frente a ella—. Tú dirás.

—Mira, yo no pretendo quedarme con nada de esto si es lo que piensas. Entiendo que ésta es tu vida, tu casa, pero yo también tengo derecho a estar aquí.

—¿Que tienes derecho? ¿Y quién te lo ha otorgado?

—Amalia es tan abuela mía como tuya.

—¡No me hagas reír! ¿Y dónde has estado todos estos años? Amalia no es sólo mi abuela, ha sido también como mi madre. Llevo toda la vida viviendo con ella, cargando con su vejez y tú... Tú no pintas nada aquí.

—Puede —dijo. La voz de Xiana se volvió dura porque era el modo más sencillo de esconder las ganas de llorar que sentía—.

Pero legalmente puedo quedarme aquí.

—¡Eso está por ver! Yo no lo tengo tan claro. Y no te olvides que esa mujer me crió desde que nací y de ti nunca quiso saber nada. Yo le he dedicado estos últimos años por completo. ¡Yo! He sacrificado mi vida por ella, para asearla, alimentarla, cuidarla... ¿Dónde estabas tú entonces?¿Cómo te atreves a hablar de derechos o de legalidades?

—No estás siendo justa —exclamó. Xiana comenzaba a perder la partida, las lágrimas empezaban a asomarse a sus ojos.

—No, la que no está siendo justa eres tú. No te puedes presentar en esta casa de repente y comportarte como si todo te perteneciese. ¡No te lo has ganado!

—¡No me comporto como si me perteneciese! —gritó Xiana—. ¡Yo no quiero nada de esto!

—Entonces, ¿a qué demonios has venido?

—Busco respuestas, nada más —se explicó rompiendo a llorar—. ¿Tienes la menor idea de lo que es crecer sabiendo que te han rechazado? Necesito entender por qué, qué fue lo que hice. Necesito creer que todavía puedo pertenecer a una familia.

María la observaba entre la sorpresa y el arrepentimiento, cosa que Xiana detestaba. Nunca había soportado que la gente sintiese lástima de ella. Encendió un cigarro y se dio cuenta de que le temblaban las manos.

—Sólo quería saber —continuó más tranquila— lo que se siente al tener un hogar.

—Dame uno, anda —le dijo María señalando el paquete de tabaco

—¿Fumas?

—Hoy sí.

Xiana le acercó el paquete y cuando su prima encendió el cigarro, se dio cuenta de que también su pulso temblaba.

—Me marcharé. Pronto. Pero todavía no sé a dónde ir. Mi vida está algo... desordenada. No sé. Tal vez sólo estoy escondiéndome del mundo. Pero no te preocupes, mañana me largo.

—Dudo mucho que encuentres aquí esas respuestas que dices buscar, pero puedes quedarte el tiempo que quieras. Eso sí, no toques mis cosas sin pedirme permiso antes.

—Lo siento. Sólo quería hacer algo por ti. Ganarme tu confianza.

—Para eso hace falta tiempo.

—Sí.

—Voy a ver cómo está la abuela. Avísame cuando termines con la comida.

CAPÍTULO IX

Estimado Pedro:

Ojalá supiese por qué no tengo respuestas, ojalá comprendiese los motivos de tu silencio. Sé que ya no debo esperar por tu ayuda, pero no tengo fuerzas para abandonar la última esperanza que me queda.

¿Por qué no has venido todavía? Si te conozco como creo hacerlo, sé que no dejarías a un camarada de este modo. Pero, ¿por qué no has venido entonces? Has de saber que no me importa, no habrá reproches. Ésta es la carta de un hombre desesperado que ya no conoce el orgullo ni el odio. Tan sólo me queda esperar, aunque no sé cuánto más podré con esto. La situación se ha vuelto insoportable. Ya no se conforman, se sienten fuertes y el trato que recibo es demasiado vergonzoso como para pensar en ello siquiera. Sé que puedo compartir contigo mi dolor porque eres un amigo, ante todo. No sería capaz de hablar de esto si no fuese a ti a quien van dirigidas mis palabras. No son seres humanos, son monstruos. ¿Quién sino podría tratar así a un hombre indefenso? Y, ¿por que? ¿Cuál fue mi delito? Lo sabes bien. Sólo grité en nombre de la libertad, y me salió caro. Si siempre he estimado ese derecho, ahora si cabe conozco mejor su valía, pues ya no recuerdo cómo era poseerlo.

La libertad... En su nombre te pido, te imploro, no como amigo ya sino como deudor tuyo que quedaré por el resto de mis días, que vengas. Tú eres el único que puede ayudarme ahora.

Te lo suplico, amigo mío, por lo que compartimos allá en la isla, por las noches de estrellas infinitas en alta mar. ¿Recuerdas? Por nuestra amistad, por nuestra fe en un futuro más justo, no me dejes morirme aquí, sin volver a ver mi querido océano, sin volver a sentir los rayos del sol. Por nuestros días, porque nunca te he deseado ningún mal y sé tú tampoco a mí, no me olvides.

Tu amigo y servidor hasta el fin de los tiempos.

CAPÍTULO 10

B uenos días —dijo Xiana al entrar en la cocina. María ya estaba desayunando.

—Buenos días. Acabo de hacer café.

Xiana se servía un poco en una taza cuando escuchó cómo llamaban a la puerta.

—¿Abro?

—No, no —respondió María nerviosa—. Ya voy yo.

Xiana escuchó las voces en la entrada, aunque no entendía de qué hablaban. Se sentó a desayunar y le sorprendió ver que María regresaba a la cocina con una carta en la mano y acompañada de un hombre de unos cuarenta y tantos años, alto, sin mucho pelo y la cara redonda y familiar. Uno de esos hombres habituales, comunes, que despiertan la confianza de los desconocidos. La clase de persona que cae simpática a la primera impresión. El hombre, que Xiana descubrió se llamaba Pablo tras la breve presentación de María, llevaba una bolsa gris con el logotipo de correos.

Pablo sonrió mientras se sentaba en una silla y María le servía un café. Xiana los observó a ambos intrigada, los notaba nerviosos. La carta estaba sobre la mesa y no pudo evitar mirarla con curiosidad porque en ella se leía el nombre y la dirección de su prima escritos a mano con una letra redonda y cuidada. Cuando María se dio cuenta, cogió la carta y la guardó dentro de un cajón.

—Bueno, ¿y qué te parece el pueblo? —preguntó Pablo—. Poca cosa, ¿verdad?

—No. Es un sitio muy bonito.

Permanecieron en silencio un rato, uno de esos silencios incómodos durante los cuales nadie sabe qué decir, durante los cuales cualquier cosa que se diga parecería inapropiada. Cuando llamaron de nuevo a la puerta, Xiana aprovechó para excusarse y fue a abrir.

Él esperaba con la mirada clavada en el suelo, las manos

escondidas en los bolsillos del pantalón y el pie derecho jugando con una piedrecita. Aquel hombre hecho y derecho, aquel médico de aspecto serio, tenía a veces un aire frágil e infantil, inseguro, triste y alegre al mismo tiempo. En él Xiana veía una contradicción constante pero, sin embargo, se sentía bien a su lado, tranquila, como si se tratase de un amigo al que conocía desde hacía años.

—Buenos días.

—Hola —dijo Luis con una sonrisa—. ¿Vengo en mal momento?

—No, ten por seguro que no.

Xiana cogió el bolso en el perchero de la entrada, salió a la calle cerrando la puerta tras de sí y le dijo al médico:

—Te invito a un café en el mesón.

—Yo... En realidad... —tartamudeó Luis. Estaba claro que se ponían nervioso con las sorpresas—. Yo... No. Bueno... Tengo que ir a la consulta. No sé si me dará tiempo. En realidad sólo venía para... Yo...

—¡Ah! No pasa nada. Te acompaño y hablamos un rato. De todas formas, seguro que el café del mesón está malísimo.

—Bueno... Vamos. ¿Estás... estás bien?

—Sí, sí. Sólo necesito tomar un poco el aire. Esta casa se me hace algo pequeña.

—Tiene que ser un cambio grande, claro.

—¿Cómo?

—Tú estás acostumbrada a otra vida, en la ciudad. Y este pueblo es...

—En este pueblo todo tiene un ritmo propio, ¿no?

—Sí —respondió Luis bajando de nuevo la mirada al suelo.

Avanzaban despacio camino a la consulta y a la puerta de una de las casas de la calle se asomó una vieja que estaba barriendo. Al verlos pasar, saludó a Luis con un escueto *«buenos días»*, aunque su mirada era para Xiana, a la que observó con una curiosidad que rayaba el descaro. Era la primera vez que la chica se encontraba a aquella vecina, pero tuvo la sensación de que, sin embargo, la mujer ya sabía mucho sobre ella.

—Y... ¿cómo va todo? —dijo Luis sin previo aviso.

—¿Todo?

—El pueblo... Amalia... ¿Cómo lo llevas?

—No lo sé. Es confuso.

—Lógico. Me sorprende que te hayas quedado. Parecías tan decidida a marcharte.

—Estuve con Amalia.

—¿Y?

—Me habló de... En realidad no estoy segura ni de que hablase conmigo. Mencionó a un tal Nicolás.

—Otra vez... —murmuró él—. ¿Qué dijo exactamente?

—Nada concreto. Sólo mencionaba su nombre y algo de unas cartas. Pero sigo sin entender qué tiene que ver todo eso conmigo.

—Ella dice que... —empezó a decir Luis.

Xiana esperó un rato a que terminase la frase, pero no parecía que fuese a hacerlo, así que fue ella la que habló:

—Sus palabras no tienen sentido. Puede que de verdad esté...

—¿Senil? ¿Loca? ¿Tú también lo crees?

—Tú eres el médico. ¿Qué opinas?

—Yo creo que no es tan sencillo. Tal vez sólo esté dejándose llevar por... No estoy seguro.

—Ese tal Nicolás del que habla, ¿crees que existe?

—¡Claro! Tiene que existir. Aunque Amalia esté senil, aunque... Tenga el problema que tenga, ese tormento, esa angustia es real. Generalmente se corresponde a recuerdos del pasado.

—¿Y quién fue ese tipo?

—Que yo recuerde... Nadie, no había nadie en el pueblo con ese nombre. Pero si fue hace tiempo... Tal vez haya un modo de saberlo.

—¿Cuál?

—Mi tío... El párroco, Benigno. No sé cómo no se me ocurrió preguntarle antes.

—¿El párroco es tu tío?

—Sí, y puede que él lo sepa. Tiene sólo unos veinte años menos que Amalia y, además, en el registro de la iglesia hay actas de nacimiento y de defunción que se podrían consultar.

—Pero sólo tenemos un nombre. Puede ser cualquiera. ¿Cómo saber...

—Es una opción. Habrá que preguntarle al menos.

—Tienes razón.

—Esta tarde pasaré por su casa.

—No, no te preocupes, Luis. Ya me acerco yo ahora por la mañana.

—¿Estás segura? A mí no me importa. Es mi tío.

Xiana asintió con la cabeza. Habían llegado a la puerta de la casa de Luis y él se iba a despedir ya, pero ella lo detuvo con una pregunta:

—¿Por qué haces esto? ¿Por qué te interesa tanto ayudar a Amalia?

—Ella siempre... Yo... Le tengo mucho aprecio. Amalia... No me gusta verla en ese estado.

Xiana sonrió mientras él abría la puerta con la llave para luego entrar rápidamente, sin despedirse siquiera.

CAPÍTULO 11

L a casa parroquial estaba unida a la pared norte de la iglesia y parecía ser el resto de una construcción mayor, puede que de un antiguo monasterio del siglo XII, por lo poco que Xiana recordaba de sus clases de Historia del Arte. Se trataba de un edificio románico, aunque a ella todas las construcciones medievales le parecían idénticas, excepto por el tipo arco en las ventanas o las puertas. *«¿El afilado era el gótico?»*. Nunca le había gustado demasiado esa materia y tampoco le importaba demasiado. Ella se fijaba en que el edificio le parecía bonito, con un encanto especial. Al mirarlo era consciente de que sus piedras llevaban allí siglos, un sentimiento más que curioso para alguien que había crecido en Santiago de Compostela. Pero la iglesia que tenía delante le parecía distinta porque todas las generaciones que llevaba allí eran generaciones que le pertenecían a ella, las de sus antepasados. Se trataba de la iglesia que había visto pasar por delante a todos los miembros de una familia de la que ella necesitaba formar parte.

Observó también el viejo árbol que se erguía en el centro del atrio: enorme, fuerte, con la elegancia de quien ya lo ha visto todo en esta vida. Pensó que debería sacar una foto de aquel lugar, pero de nuevo la invadió la angustia, el bloqueo que surgía siempre ante la posibilidad de una buena foto, el vértigo, el vacío, la nada. Cerró los ojos un instante y luego caminó hacia la puerta de la casa. Fue María la que abrió, vestida con un mandil de cocina.

—¿Qué ha pasado? —preguntó preocupada.

—No, nada, tranquila. Sólo he venido a hablar con el cura.

—¿Con Don Benigno? ¿Y eso?

—Me invitó ayer a que me pasase por aquí a tomar un café.

—Está bien, pasa. Está en su despacho. Espera aquí.

La casa no parecía tan antigua como se suponía viéndola desde fuera. Estaba decorada con un estilo bastante moderno aunque sin perder el aire rústico, y apenas se veían objetos religiosos, como cabía esperar. Sonrió al darse cuenta de que era la primera ocasión

en la que visitaba la casa de un cura, aunque había vivido siempre en una ciudad que emanaba religión por todos los rincones. Siempre había supuesto que una casa parroquial estaría repleta de crucifijos e imágenes de santos, pero aquella parecía más una de esas casitas rurales de las revistas de decoración francesas que compraba su amiga Celia. Recordó que tendría que telefonear a Celia, y a su madre. Y a Brais... Regresaron los remordimientos por lo que estaba haciendo, por un momento, e intentó apartarlos de su mente. *«De todas formas, esta casa huele a iglesia»*.

—¡Hola! —exclamó el cura acercándose por el pasillo—. Cómo me alegra que hayas venido. Pasa, pasa. ¿Quieres un café? Claro, claro que lo quieres. ¡María! ¿Puedes llevarnos dos cafés a la sala de estar? Bueno, pasa. Pasa y siéntate, mujer. No te quedes ahí parada. Estás en tu casa.

—Gracias —respondió tímidamente.

—Ya tenía ganas de charlar un poco contigo. María me ha hablado de ti. Al principio ella no estaba muy conforme con tu visita, pero parece que ya os lleváis mejor, ¿verdad?

—Eso espero, al menos. No pretendo que María se sienta mal con mi presencia en su casa —dijo Xiana ganando seguridad.

—Y no se siente mal, mujer. María es muy buena persona, pero tienes que entenderla. Lleva toda la vida en esa casa, la mitad sacrificándose por tus abuelos, y...

—Y yo no quiero nada suyo. No he venido por eso.

—Lo sé, lo sé, mujer. Además, tienes cara de buena persona tú también. Aunque ya sé que a veces las apariencias engañan, pero no es tu caso, ¿verdad? Pero bueno, hablemos de otra cosa, que tengo ganas de saber de ti.

—¿De mí? ¿Qué es lo que le interesa saber?

—No lo sé. De tu vida, ¿cómo te ha ido? ¿Cómo está tu madre?

—Bien, supongo.

—¡Ay, la pobre! ¡Cuánto sufrí por Rosita! Yo la quería mucho. No sé si te ha hablado de mí alguna vez. No, claro, no creo. Hace tanto tiempo. Con todo lo que habrá pasado la pobre, sin familia y... Pero ahora ya no importa. Al menos fue capaz de recomponer su vida y casarse de nuevo. ¿Y tú? Dime, ¿en qué trabajas? ¿Estás casada? Con los tiempos que corren y siendo tan joven, seguro que no. ¡Ay, qué juventud!

—El caso es que yo he venido para hablarle de otra cosa.

—¿De otra cosa? A ver, dime.

—¿Sabe usted por casualidad...? ¿Recuerda si ha habido en esta zona alguien llamado Nicolás?

La expresión del párroco se puso seria y hasta el color desapareció de su rostro un instante, o al menos a ella se lo pareció.

—¿Cómo dices?

—Nicolás. Es el nombre que mi... Que Amalia repite constantemente.

—¡Ah, claro! ¡Acabáramos! —exclamó. Las pequeñas y rechonchas manos del cura se movían rápido en el aire, anteponiéndose a lo que luego él pronunciaba—. Mi sobrino ya te ha llenado la cabeza de pájaros.

María entró con la bandeja, la posó sobre la mesa y, captando el sutil gesto de Benigno, se marchó sin decir palabra.

—Ay, hija, no me malinterpretes. Yo quiero mucho a mi sobrino Luis. Si es un santo, Dios me perdone, pero a veces se parece demasiado a su madre, siempre con la cabeza en las nubes. Demasiada fantasía para una profesión como la suya. Aunque ojalá Joaquín se le pareciese un poco más en ciertas cosas.

—¿Joaquín?

—Su hermano. Ése, en cambio, es igualito a su padre. Terco como una mula. En fin, eso son cuentos de familia que seguro que no te interesan. Pero a Luis tampoco le hagas mucho caso con el asunto de Amalia. Tiene muy buen corazón, eso sí, pero es un poco fantasioso.

—Pero, ¿no le parece que tal vez en este caso tenga razón? Amalia parece...

—¿Cómo decías que se llamaba? —la interrumpió Benigno.

—¿Quién?

—El hombre del que habla tu abuela, el que me preguntaste antes.

—¿Nicolás?

—Eso. Nicolás. ¿Qué es lo que dice de él?

—Nada. Sólo repite su nombre, y algo sobre unas cartas.

—¿Unas cartas?

—Sí... No sé, es bastante confuso.

—Claro —asintió Benigno. Luego hizo una pausa para probar su café y Xiana lo imitó—. No recuerdo a nadie con ese nombre en el pueblo en los últimos años. Y relacionada con Amalia... No me suena, no.

—¿Está seguro? ¿Y en el registro? ¿No podría buscar algo en las actas de nacimiento, o en las de defunción?

—Mira, hija: yo, personalmente, creo que... No me lo tomes a mal, ¿eh? Pero creo que tu abuela no está muy bien de la cabeza. Y no es nada nuevo, hace años que me lo parece. Es lo normal teniendo en cuenta lo que ha pasado la pobre. Perder a los dos hijos, y tan jóvenes ambos. Primero tu tía Dolores, luego tu padre...

—Ya.

—Y después los problemas con su marido, tu abuelo. Cuando llegó la democracia, con los nuevos tiempos y todo eso, Jesús se volvió, ¿cómo te lo explico? Se volvió una persona arisca, y los problemas económicos no ayudaban. La vida de Amalia fue bastante dura. Yo creo que ahora ya ha perdido del todo la cabeza. ¡Pobrecilla!

—Puede ser.

—Pues claro, mujer, pues claro. Y Luis lo hace con buena intención, pero...

Cuando Xiana salió de la casa del párroco estaba mucho más confusa que antes de entrar. Aquel hombre parecía tener toda la razón. Al fin y al cabo, estaba dejándose llevar por la intuición de un extraño convencido de que las palabras de una vieja senil conducían a... ¿a dónde? ¿Qué sentido tenía todo aquello? Xiana había sufrido una necesidad tan fuerte de huir de su propia vida que se había dejado liar para meterse en una historia absurda.

Se sentó en un banco del atrio, a la sombra del árbol centenario, se llevó un cigarro a los labios y sacó el móvil del bolso para observarlo un instante con aquella duda que la carcomía por dentro, pero al final lo guardó de nuevo sin llegar a encenderlo. *«Hoy mismo me largo»*, dijo para sí.

CAPÍTULO 12

A puente

La maleta estaba cerrada, pero antes de marcharse Xiana sentía la obligación de hacer una última cosa allí: sacó la cámara de su bolsa y caminó por el pasillo hasta llegar delante del cuadro con el paisaje alrededor del puente que había descubierto el día anterior. Sonrió al recordar cuánto solía disfrutar de aquella sensación, pero eso había sido antes de la angustia y las dudas, antes de que el cansancio se hubiese apoderado de ella. Observar el mundo a través de aquel agujero que lo mostraba borroso al comienzo para luego ir tomando forma gracias al movimiento de sus manos. En otro tiempo creía que aquel gesto le proporcionaba un gran poder, el control de su vida, pero luego se había dado cuenta de que las cosas nunca eran tan sencillas.

Xiana ajustó el diafragma, había muy poca luz, y disparó. Le temblaban las manos, empezaron las dudas, el miedo al vacío. Pero, por lo menos, había sido capaz de sacar la foto y se quedó un rato observando el cuadro a través del visor. Entonces, una sombra pasó corriendo tras ella por el pasillo. Se giró sobresaltada y no encontró a nadie. Supuso que se había tratado de un efecto óptico porque llevaba demasiados días sin dormir bien. Fue el estruendo de un montón de cristales cayendo al suelo lo que la devolvió al presente. Le pareció que el ruido había venido del dormitorio de Amalia y en seguida se lo confirmaron los gritos de la anciana desde su cuarto:

—¿Qué has hecho? ¡Vuelve! ¡Te van a matar!

Xiana salió corriendo hacia el cuarto de su abuela y entró abriendo la puerta de golpe. Dentro, no parecía haber nada roto o fuera de su sitio. Amalia estaba sola, aunque muy agitada.

—¿Qué ocurre? —preguntó Xiana.

—¡No lo sé! —se lamentaba Amalia—. ¡Yo no he sido!

—¿Qué era ese ruido? ¿Se ha roto algo?

—Las ventanas. Yo no he sido, lo juro.

Xiana se acercó a las ventanas, los cristales parecían enteros. Le dio la mano a su abuela para intentar tranquilizarla, pero la mujer la rechazó. Estaba muy alterada.

—Tranquila, Amalia. Todo está bien. Cuéntame lo que ha pasado.

—No lo sé. Cuando entré él ya no estaba.

—¿Quién no estaba?

—Yo no he sido, yo no he sido.

Pensó en María. Debería llamarla, o a Luis. Deseaba haberse marchado aquella misma mañana sin despedirse porque de esa forma no se habría encontrado en tal situación. Ya no podía dejar a la anciana sola en semejante estado. De hecho, no comprendía cómo su prima podía pasar tanto tiempo fuera de casa sin pensar en la angustia constante que sufría Amalia. Estaba demasiado enferma para estar desatendida buena parte del día. Xiana fue a buscar el teléfono, pero Amalia la detuvo con un grito:

—¡No! ¡Dejadlo marcharse! ¡No le hagáis daño!

—Sólo voy a llamar a Luis, para que venga a verte.

—Dejad que se vaya, por favor.

—¿Quién?

—Dejadlo.

—¿Nicolás? ¿Hablas de Nicolás?

Amalia se puso a llorar de nuevo, con un desasosiego todavía mayor, y su nieta se sentó junto a ella esperando a que se tranquilizase un poco para continuar el interrogatorio. Empezaba a sospechar que la única forma de lograr que aquella mujer hablase, era introducirse en su propio mundo.

—Cuéntame lo que ha pasado, Amalia. ¿Dónde está Nicolás?

—No lo sé, no sé cómo lo ha hecho, pero no le hagáis daño.

—No le haremos daño, pero cuéntame qué ha pasado. ¿Qué ha hecho Nicolás?

—Estaba asustado, él no quería. No es sangre.

—¿Sangre? ¿Estás herida?

—No es sangre. Dejad que se marche.

—Amalia, dejaremos que se marche, te lo prometo, pero sólo si

me cuentas lo que ha hecho.

—Los dibujos.

—¿Qué dibujos?

—En las contraventanas. ¿Los ves? No sé cómo los ha hecho, pero no es sangre. No puede ser.

Xiana se giró y los vio por primera vez: alguien los había cubierto con pintura, pero todavía eran visibles, ligeramente, gracias a la luz que atravesaban los cristales. En las viejas contraventanas de madera, roídas por la carcoma y los años, había unas extrañas inscripciones con un ligero relieve, apenas imperceptible, pero todavía presente. Se acercó para observarlas mejor y pudo distinguir algunas letras, un garabato parecido a una especie de cara, una mano... ¿Qué narices era todo aquello? El descubrimiento la había dejado sin habla y aquellos dibujos le transmitían una fuerza, una energía tales, que se olvidó de Amalia, se olvidó de sus recientes planes para largarse del pueblo, se olvidó de todo.

Colocó su propia mano sobre la que había dibujada en la madera y encajaba, perfectamente, como si hubiese estado esperando por ella. Comprendió de inmediato que aquellos dibujos eran una llave, la puerta de entrada a una historia que necesitaba descubrir, porque de pronto sintió un fuerte dolor, un escalofrío y una voz lejana. Cuando por fin volvió en sí, cogió la cámara que le colgaba del cuello y empezó a sacar fotos a todos aquellos dibujos tratando de enfocarlos siempre desde el ángulo donde se percibiesen mejor. No se paró a apreciarlo en aquel momento, pero ya no le temblaban las manos al pulsar el disparador.

—¿Quién hizo estos dibujos, Amalia? ¿Nicolás?

—Sí, pero yo no le he ayudado. Yo no sé nada.

—Lo sé, tranquila —le dijo al darse cuenta de que su actitud no ayudaba a apaciguar el sufrimiento de aquella mujer—. Nadie piensa que le hayas ayudado.

—No sé cómo los ha hecho.

—Ya, ya. No pasa nada. Tranquila —susurró acariciándole la mejilla.

—Pero no le hagáis daño. Él sólo quería salir. Está asustado.

—Ya ha pasado, abuela. No tengas miedo, ahora estás aquí, conmigo, con Xiana.

Amalia se encontró los ojos de su nieta y la miró como si acabase de regresar de una larga pesadilla.

—Mi niña bonita, has vuelto.

—Sí, abuela. ¿Estás bien?

—Dame la mano. Tengo frío.

Xiana le agarró la mano y, tras una pequeña duda, se atrevió a preguntarle:

—Abuela, ¿quién era Nicolás?

—Un hombre triste —dijo como melancólica respuesta antes de quedarse dormida.

Xiana le colocó las mantas arropándola bien y luego fue a su cuarto a deshacer su maleta. No podía irse todavía.

Segunda Parte

En el camino

«La vida es como un río en el que existen dos tipos de personas:
las que se dejan llevar por la corriente
y las que luchan contra ella».
JUAN DE CHESIRE, y su sabiduría popular

CAPÍTULO 13

Sé que ya es un poco tarde. No quiero molestar —dijo Xiana.

—No, no, claro que no molestas, pasa... Yo... Acabo de cenar, pero si quieres algo...

—No, gracias.

—Pues tú dirás.

Luis se veía más alegre de lo habitual, aunque su comportamiento inseguro era el mismo de siempre. En la mesita del salón descansaban todavía los restos de la cena y en el televisor sin volumen pasaban una tras otra las secuencias de una película de vaqueros. *«Una de John Wayne»*, pensó, porque para ella todas las películas del oeste lo eran.

—No sé por dónde comenzar. Creo que, diga como lo diga, va a parecerte una tontería.

—¿Por qué? ¿Qué ocurre?

—Hoy he estado con Amalia. Se encontraba muy intranquila. Lloraba, estaba muy...

—¿Asustada? —interrumpió Luis.

—Sí.

—La he visto alguna vez en ese estado. ¿Comprendes ahora mi preocupación?

—Sí, supongo. Pero no se trata de eso. ¿Tú has visto los dibujos?

—¿Qué dibujos?

—En las ventanas.

—¿Cómo?

—En la madera de las contraventanas del cuarto de Amalia hay unos símbolos grabados, muy raros. Al parecer los hizo Nicolás, quien quiera que fuese.

Xiana esperaba que Luis dijese algo pero, aunque parecía interesado en el tema, permaneció callado.

—Ahora ya sabemos que Nicolás existió —añadió ella— y que estuvo en esa casa, ¿no?

—¿Has hablado con mi tío?

—Sí, pero él no recuerda a nadie con ese nombre.

—Es curioso... A no ser que... Puede que se tratase de un niño. Nicolás, me refiero.

—No, Amalia habla de un hombre. Y no creo que esos dibujos los haya hecho un niño. A lo mejor el niño era tu tío, o no había nacido todavía, por eso no lo recuerda.

Luis se frotó los ojos con la mano derecha, como si el gesto le ayudase a ordenar los pensamientos. Luego miró a Xiana fijamente, muy serio:

—¿De verdad crees en lo que dice Amalia?

—¿Por qué? ¿Tú ya no?

—Sí, sí. Pero es que... Parecías tan escéptica antes...

—Y puede que en realidad todo esto no sean más que tonterías, pero ya me ha picado la curiosidad.

—Pues ten cuidado —dijo Luis sonriendo— porque dicen que la curiosidad mató al gato.

—No te olvides de que el gato tiene siete vidas.

—Buena respuesta —exclamó. Luis estaba tranquilo, relajado por primera vez desde que Xiana lo conocía, como si hubiese bajado la barrera que lo separaba del resto de la humanidad.

—Ahora en serio, si ese hombre, Nicolás, existió, alguien tiene que recordarlo, ha de haber algún rastro en algún lugar...

—Pero sólo tenemos su nombre, nada más. Tú misma lo dijiste esta mañana.

—O sea, que seguimos en el mismo punto muerto —dijo Xiana desanimada.

—No, ahora tú también estás buscando respuestas, y sé que las encontrarás.

—Creo que has depositado demasiada confianza en mí.

—No suelo errar cuando juzgo a la gente —explicó Luis mientras bebía un trago del vaso de agua que había sobre la mesa—. ¿Seguro que no quieres nada?

—No, tranquilo. Además, es tarde. Será mejor que me marche.

—Como veas.

Antes de despedirse, ya en la puerta, Xiana no fue capaz de reprimir una pregunta que cogió a Luis por sorpresa e hizo que se le desvaneciese la sonrisa y su barrera se levantase de nuevo:

—¿Por qué no me dijiste que Joaquín era tu hermano?

—Hay cosas de las que no me gusta hablar —dijo. Luego Luis entró en su casa dando por terminada la conversación.

Caminando de regreso a la casa de su abuela, no se escuchaba más sonido en todo el pueblo que el eco de sus propios pasos, y estos se detuvieron ante la puerta de Joaquín. Xiana vio luz en el piso superior y, tras un instante de dudas, pulsó el timbre. *«El gato tiene siete vidas»*, se dijo a sí misma con el fin de infundirse valor.

—¡Qué sorpresa! —exclamó él al abrir.

—Yo... Es un poco tarde, ya lo sé. Pero pasaba por aquí, vi que había luz y...

—Pues mira qué bien me vienes porque no tenía ganas de cenar solo hoy. Comida china. ¿Te gusta?

—Claro.

Una cena agradable durante la cual Xiana fue capaz de abstraerse un rato de todos los pensamientos que le habían quitado el sueño en los últimos días. Un poco de comida china, una conversación sencilla y una película clásica.

Joaquín eran un amante del cine. Toda su casa estaba llena de carteles de películas antiguas y hablaba de cada una de ellas como si las hubiese visto un millón de veces. Tal vez lo hubiese hecho. Lo que más sorprendió a Xiana fue la enorme fotografía que presidía la sala, aunque no tanto por la imagen en sí como por las miradas de complicidad que, de vez en cuando, Joaquín le lanzaba al *Humphrey Bogart* del póster.

Pero no era la conversación sobre cine lo que tranquilizaba a Xiana, sino la compañía, la presencia de aquel tipo tan especial que, de vez en cuando, le permitía perderse en el brillo de sus ojos.

CAPÍTULO XIV

Mi vida,

Desearía no tener que escribirte esta carta hoy, aunque las palabras que te dedico son ya lo único que nos une. Desconozco si por algún motivo no recibes estas cartas. Tal vez la respuesta sea más sencilla y no quieras responderme o leerlas siquiera. Pero no puedo perder la fe y no voy a dejar de esperar por tu respuesta. En este día me siento, además, obligado a explicarte tantas cosas...

Lamento profundamente que presenciases un espectáculo tan lamentable, pero quiero que sepas que todo lo que he hecho ha sido por ti, pensando en nosotros. Así encontré las fuerzas, así alcancé el valor para creer que podría. No se trató de algo premeditado y es posible que al final la situación me superase. Supongo que podría parecer el acto de un loco pero no es así, tienes que creerme, Isabel. Si tú no crees en mí, yo también perderé la fe.

Lo que ocurrió hoy, no importa lo que te cuenten, sólo tiene una verdad: la mía. Y quiero que la sepas para que las palabras de mis enemigos no se conviertan en su arma más poderosa.

Hice esos dibujos en las contraventanas, sí. Supongo que ya los habrás visto, todos los habrán visto, aunque sólo unos pocos los entenderán. No es la obra de un loco, todo tiene sentido. Fue un acto de desesperación, pues en el estado en que me encuentro no puedo hacer más que dejarme llevar por el instinto. Y esos dibujos son para ellos, para mis enemigos, que entenderán lo que allí se dice. Tuve que escribirlos con mi propia sangre pues no disponía de otro modo para llevarlos a cabo.

Lo sé. Fue una acción arriesgada y demente pero, ¿qué podía haber hecho? Y deseo que lo sepan, que sean conscientes cada vez que pasen bajo estas ventanas, de que es espantoso lo que me están haciendo. Deseo que los remordimientos se apoderen de ellos. En algún rincón de su mente la voz de mi sangre acabará por recordarles que son ellos los que llevan dentro al diablo, no yo.

Pero en cuanto terminé los dibujos comprendí que me había equivocado, comprendí que eran mi perdición, que no podría librarme de las consecuencias y tuve miedo. No me avergüenza reconocerlo. Por

eso busqué la única forma de huir que se me ocurrió. Ya te dije antes que actúo casi por instinto.

Y lo habría logrado si no me hubiese encontrado de golpe con tus ojos asustados. Sólo entonces, en el reflejo de tu mirada, tuve conciencia de mí mismo y de lo ridículo de aquella situación. Me vi desde fuera, saltando de tejado en tejado perseguido por todos aquellos hombres que gritaban improperios contra mí, como si no fuese más que un loco... Y perdí el equilibrio.

La caída fue dura, y más lo fueron los golpes que me propinaron mis perseguidores. Pero, allí tumbado, en el suelo, a punto de perder la razón, el único dolor que sentía era por saber que tú lo estabas viendo todo.

Lo siento. Te escribo estas palabras cuando apenas puedo moverme, privado incluso de la luz natural que era la última posesión que me quedaba. Justo cuando ya creía que nada podría empeorar... Y te escribo a ti, para que sepas cuanto lo siento y comprendas que si antes deseaba ver de nuevo tus ojos, tu hermosa cara, más que nada en este mundo, ahora pienso que ojalá no la hubiese visto, pues aquel terror en tu expresión se me hace más difícil de soportar que todo el tiempo que dura mi martirio.

Por favor, intenta por todos los medios hacerme llegar una respuesta, una carta tuya para que yo sepa que todavía crees en mí. Tú eres la única luz que permanece encendida en esta oscuridad en la que me veo confinado. Te suplico que no dejes apagarse mi esperanza.

Siempre tuyo,

Nicolás

CAPÍTULO 15

El gatito negro jugaba en el jardín y sus ojos verdes brillaban en medio de la hierba. La voz del viejo se escuchaba lejos, casi imperceptible. Parecía sólo un murmullo distante. Ella intentó acercarse al gato, pero éste pegó un salto hacia atrás y el viento empezó a soplar con fuerza. El aire se llenó de flores amarillas. Xiana tuvo que cerrar los ojos hasta que todo cesó. Los abrió despacio, confusa, ya no estaba en el jardín sino dentro de la casa, en una pequeña estancia casi desnuda de muebles. No tardó en darse cuenta de que era un dormitorio. ¿El cuarto de los niños? Quizás. Podría escucharlos, se acercaban por el pasillo entre risas inocentes. Pasaron por delante de ella sin verla, los dos niños, los gemelos. Jugaban con una gran sábana blanca que volaba tras ellos. Se detuvieron ante el espejo, riendo todavía. Xiana los miraba con ternura, esperando a que se diesen cuenta de su presencia, pero la voz del hombre la sacó de su error:

—No pueden verte. Olvídalos.

Xiana deseaba salir corriendo tras ellos y reír y jugar como una niña más, pero no podían verla. Se dio la vuelta y recorrió el largo y oscuro pasillo de la casa más antigua del mundo, donde todas las puertas conducían a un lugar distinto. ¿Todas? Aquella no. La última, la que estaba cerrada con llave.

Era la puerta del cuarto de Amalia y Xiana la golpeó con rabia, luchando por abrirla, pero no lo logró. Se agachó y miró a través de la cerradura. Dentro, estaba él, el hombre que le había hablado antes, sentado en el suelo con la cabeza escondida entre las piernas.

—Hola —le dijo ella.

El hombre levantó la mirada despacio. Xiana ya casi podía ver su rostro, pero cuando estaba a punto de descubrirlo, tuvo que levantarse. El aire no le llegaba a los pulmones, se ahogaba.

Xiana se despertó jadeando y empapada en sudor.

Mientras preparaba el primer café del día, aún afectada por la pesadilla, miró el reloj. Era temprano, María estaba a punto de levantarse. Recordó el desayuno del día anterior y la carta que

había recibido su prima. Si ésta no se hubiese dado tanta prisa en esconderla, Xiana no le habría dado mayor importancia, pero su misteriosa reacción le había provocado una gran curiosidad. Sin embargo, la carta ya no estaba en el cajón y lo cerró de golpe porque escuchó a María bajando las escaleras.

—Buenos días —la saludó todavía medio dormida—. ¿Dónde te metiste ayer para llegar tan tarde?

—Estuve paseando.

—¿Paseando? ¿De noche?

—Sí —respondió Xiana con la intención de cambiar de tema—. Escucha, quería comentarte una cosa.

—Sírveme un poco de café, anda. Dime, ¿qué ocurre?

—Ayer me encontré a Amalia bastante mal. Estaba llorando, muy nerviosa.

—Otra crisis. Le ocurre a veces, últimamente con demasiada frecuencia. Deberías haberme llamado.

—Iba a hacerlo, pero luego se tranquilizó.

—¿Se tranquilizó? ¿Ella sola?

—Sí.

—Eso sí que es raro. Normalmente tengo que darle las pastillas. Si le vuelve a pasar están en esta alacena —dijo María levantándose para mostrarle una caja azul—. Son éstas. Le das la mitad de una y en seguida se calma.

—¿Pastillas? ¿Y eso no es peor?

—¿Cómo va a ser peor? Es el medicamento que le recetó Luis. Además, peor es verla sufrir sin poder hacer nada. Pero acuérdate de que sólo hace falta darle media. Si vas a quedarte por aquí tendrás que acostumbrarte.

—¿A quedarme?

—¿No vas a quedarte?

—No sé. Yo creía que...

—Tranquila. He estado pensando en ello y, bueno... La verdad es que puede que me siente bien tener a alguien que me eche una mano.

—¿Una mano en qué?

—Con Amalia. Cuidar a una mujer como ella me ata demasiado. De hecho, creo que la dejo sola más de lo que debería, y hace tanto que no tengo tiempo para mí. ¿Comprendes?

—Creo que sí.

—Por ejemplo, me encantaría ir a ver una obra de teatro la próxima semana, pero es en Santiago.

—¿Quieres ir al teatro?

—Sí, ¿por qué? ¿No tengo pinta de que me pueda gustar el teatro?

—No, no, no es eso. Si me parece genial —dijo Xiana sonriendo.

—Ya. Bueno, el caso es que si tú te quedases a su cargo, yo podría...

—No le des más vueltas, tranquila. Por supuesto que me quedaré con Amalia. Tú ve al teatro y pásalo bien.

—Gracias.

—¿Con quién irás?

—Con nadie —respondió María con demasiada rapidez mientras sus mejillas se sonrojaban.

—¿Sola?

—Sí.

—Claro. Por cierto, cambiando de tema. Ayer descubrí en las contraventanas del cuarto de Amalia...

—¿Los dibujos? ¿Los has visto?

—Sí. ¿Qué narices son?

—No tengo ni la menor idea.

—¿Cómo? ¿No sabes de dónde han salido?

—Pues... Cuando yo era pequeña el abuelo siempre estaba cubriéndolos de pintura, pero al poco tiempo volvían a verse —dijo María, y se detuvo un instante para beber un trago de su café—. Por la humedad, me imagino. Parece que los hubiesen grabado con un cuchillo. No sé por qué, pero la pintura siempre queda más oscura en la zona de los dibujos.

—¿Y por qué el abuelo no quitó las contraventanas si tanto le molestaban?

—Superstición, supongo. Por el mismo motivo por el que yo no me atrevo a cambiarlas por unas nuevas.

—¡No me digas eso! —rió Xiana—. ¿Qué se supone, que están malditas o algo así?

—Bueno, bueno, tú ríete. Yo prefiero dejarlas ahí —dijo María muy seria.

Xiana se encogió de hombros y decidió no hacer más bromas con el tema, sobre todo si quería averiguar la procedencia de los dibujos.

—Entonces, ¿no sabes quién los hizo?

María se encogió de hombros y respondió en voz baja, como si temiese que alguien pudiese escuchar la conversación:

—El abuelo me decía siempre que eran cosa del diablo. Y si le preguntaba a la abuela, ella se echaba a llorar y no había forma de que me contase nada. A mí ya me daban bastante miedo, pero cuando Lucas me contó su versión, no quise saber nada más.

—¿Lucas?

—Era el mesonero. Ahora ya está retirado y son la hija y el yerno los que llevan el negocio.

—Sería el viejecito que me encontré el otro día cuando fui al mesón, sentado fuera con un gato.

—Seguramente. Siempre está allí, con su gatito, hablando del tiempo.

—Pues sí que era porque comentó no sé qué de una tormenta.

—Sí, ése es Lucas —dijo María divertida—. Siempre está con sus cuentos. Dicen que fue de un golpe en la cabeza, pero yo creo que de tanto fantasear, acabó por volverse loco. Antes le encantaba contar historias de miedo, sobre todo a los niños. Ahora parece el parte meteorológico.

—¿Y qué fue lo que te contó de los dibujos?

—Una invención de las suyas, seguro. Pero qué miedo me hizo pasar. Tuve pesadillas durante un mes. ¿Cuántos años tendría yo? No creo que más de nueve. La abuela me había mandado al mesón para comprar algo y estaba Lucas despachando en lugar de su mujer, cosa rara porque siempre solía estar ella, Trina se llamaba, que en paz descanse.

—Pero ¿qué fue lo que te dijo Lucas?

—Pues cuando yo iba a salir del mesón, Lucas me detuvo, con esa voz que tiene, qué miedo. Y esa forma de mirarte que parecía que te atravesaba...

Xiana empezaba a desesperarse con una conversación que le parecía eterna pero, al fin, María dijo:

—El caso es que, según él, antes vivía en esta casa un hombre que estaba loco y tenía pactos con el diablo. Esos dibujos eran la forma de invocarlo.

—¿No creerás semejante tontería? —preguntó Xiana. Estaba decepcionada.

—No, claro... No sé. De todas maneras, hay cosas que es mejor dejarlas como están —sentenció María, que miraba de reojo el reloj colgado en la pared. Parecía inquieta.

—¿Y eso fue todo lo que te contó Lucas? ¿No te dijo nada más del supuesto loco?

—¿Del loco? ¿Y qué más me iba a decir?

—No lo sé. Quién fue, cómo se llamaba...

—No lo recuerdo, por lo menos. Supongo que salí corriendo antes de que terminase la historia, porque llegué a casa llorando. El abuelo se enfadó mucho y fue al mesón a hablar con él. Nunca más volví a oír palabra sobre el tema, y tampoco pregunté, claro.

—Creo que me acercaré a charlar con él.

—¿Con quién?

—Con Lucas.

—¡Ésa sí que es buena! Pues que tengas mucha suerte.

—¿Por qué?

Llamaron a la puerta y María se levantó de la silla a toda prisa. Se repitió la escena de la mañana anterior: era Pablo, el cartero, que pasó a tomar café y le dio las cartas a María. En esta ocasión eran tres, pero Xiana no pudo verlas porque su prima las dobló con cuidado y las guardó en el bolsillo de la camisa. Xiana, resignada a tragarse su curiosidad por el momento, se disculpó y salió de la casa dejándolos solos.

CAPÍTULO 16

Lo encontró sentado en el mismo lugar observando el horizonte con desgana, como si sus ojos estuvieran ya cansados de mirar, mientras su mano derecha se mantenía ocupada acariciando al gatito negro. De no saber que era imposible, Xiana habría jurado que el viejo no se habría movido desde la primera vez que lo vio.

—Buenos días —saludó ella.

Lucas no se movió, pero el gato sí lo hizo: abrió sus enormes ojos, verdes y brillantes, para mirar a la chica con curiosidad. A Xiana, aquellos ojos le recordaron el sueño que había tenido esa misma noche.

—Buenos días —insistió.

—Buenos días —dijo por fin el viejo, aunque no la miró.

—¿Es usted Lucas?

—¿Has oído, minino? Las cosas que tiene la vida.

—Disculpe. Quisiera hablar con usted. Soy Xiana, la nieta más joven de Amalia.

—No malgastes aliento. Ya lo sé.

—¿Ya lo sabe?

—El viento sopla en todas direcciones. A veces sopla del sur, otras del oeste.

—Oiga, usted, por casualidad, ¿conoció a un hombre llamado Nicolás en este pueblo?

—Y otras llegan del noreste vientos huracanados.

—¿Me ha oído?

—Sí, te he oído. ¿Qué interés tienes en un muerto?

—Entonces, ¿sabe de quién hablo?

—Hace frío hoy, ¿verdad?

—¿Conoció a Nicolás?

—Pero hubo tiempos más fríos, sin duda.

—¿Puede escucharme un momento?

—Recuerdo, sin ir más lejos, el verano de 1929. Entonces sí que hizo frío.

—Oiga, ¿va a ayudarme o no? —preguntó Xiana a punto de rendirse. Era difícil mantener una conversación con un hombre así.

—Casi no vimos el sol en todo el verano... 1929, sí. Un mal año para todos.

—De acuerdo, me rindo —dijo Xiana dándose la vuelta para marcharse.

—¿Por qué te interesa tanto? —preguntó él y ella se giró, recuperando la esperanza.

—Es por Amalia, mi abuela. Habla de él constantemente.

—Las vueltas que da la vida...

—¿Puede decirme quién fue?

—A los muertos es mejor dejarlos tranquilos. ¿Verdad, minino?

—¿Fue él el que hizo los dibujos de las contraventanas?

—Demasiado revuelto está el aire. Parece que este verano será igual de frío.

—Por favor, necesito su ayuda. Quiero ayudar a Amalia.

—¿Y por qué crees que puedes ayudarla con esa información?

—Porque al menos conoceré la causa de su angustia.

—Remordimientos.

—¿Remordimientos? ¿Por qué?

—Recuerdo que aquel año de 1929 cayó una tormenta infernal, allá por noviembre.

—Por favor, ¡deje de hablar del tiempo! —exclamó Xiana perdiendo la paciencia.

El gato se removió en el regazo del anciano. No parecía acostumbrado al ruido, y menos a que alguien levantase la voz en un lugar tan pacífico que por momentos parecía abandonado.

—Tranquilo, minino —dijo Lucas—. No hay nada que hacerle.

—Pero, escuche...

—No te molestes —la interrumpió una voz a su espalda—. Es imposible hablar con él.

Xiana se giró bruscamente y se topó la sonrisa irónica del cura. ¿Cuánto tiempo llevaba allí?

—Buenos días —lo saludó algo mosqueada.

—Buenos días. ¿Quieres un café? Te invito.

—Claro. Pero invito yo, que ya me toca.

—Está bien, como quieras.

El mesón estaba vacío. De la cocina llegaba el ruido de los cacharros y el aceite hirviendo que, además, impregnaba el aire de un olor ácido. No era la atmósfera más agradable en la que Xiana había estado y tampoco le apetecía especialmente probar el café porque no parecía tratarse de la especialidad de la casa, pero se resignó y caminó con su acompañante hasta la barra, donde el tabernero leía el periódico y, muy concentrado, masticaba la punta de un palillo.

—Buenos días, Eladio.

—¿Qué tal, *pater*? Le veo bien acompañado hoy.

—Buenos días —murmuró ella. No le gustaba la voz socarrona de aquel hombre, ni la manera cómo la miraba.

—Haznos un par de cafés con leche, anda —dijo el cura—. Y a ver si te esmeras un poco

Mientras el tabernero se disponía a la tarea, Benigno y Xiana se acomodaron en una mesita al fondo del local.

—Bueno, ¿qué querías del viejo Lucas?

—Estuve preguntándole por Nicolás.

—Pero, mujer, ¿todavía estás con esa historia?

—Ya ve —dijo ella tratando de disculparse con una sonrisa.

—¿Y qué te ha contado?

—Nada. Sólo me habló del tiempo.

—Es por el Hortensia.

—¿Cómo?

—El Hortensia. ¿No te acuerdas? Claro, no, no te acuerdas porque seguro que eras una niña. El Hortensia, el huracán.

—¿Qué pasa con el huracán?

El párroco se acercó un poco a la chica y bajó la voz en tono confidente, procurando que no lo escuchase el tabernero.

—A Lucas se le cayó una teja en la cabeza durante el huracán, y no quedó demasiado bien. Le afectó el golpe al pobre.

—¿Lo dice en serio?

—¡Claro! No me tomaría a broma algo así. El caso es que, desde entonces, sólo habla del tiempo.

—Sí, me he dado cuenta.

—¿Y no te ha aclarado nada?

—No.

—Era de suponer.

—Pero por un momento sí que habló como si hubiese conocido a ese hombre, a Nicolás.

—No deberías hacerle caso. Deja ya esas cosas, anda.

Eladio les sirvió el café y ellos detuvieron la conversación. Xiana aprovechó el silencio para cambiar de tema:

—Y usted, ¿ha visto los dibujos de las contraventanas?

Benigno, que estaba echando el azúcar en su taza, se quedó congelado un instante, unas décimas de segundo nada más, hasta que se recompuso, recuperó la sonrisa y le preguntó sorprendido:

—¿Los qué?

—Los dibujos, en las contraventanas de la habitación de Amalia.

—No sé de qué me hablas.

—Claro.

—¿Qué dibujos?

—Nada. Una tontería.

—No está muy bueno —protestó el cura dando el primer trago de su café.

—Los he probado mejores, eso seguro —dijo ella con una sonrisa conciliadora.

—Entonces, ¿sabes ya cuándo te marchas?

—Voy a quedarme una temporadita.

—¿Ah, sí? ¿Cómo es eso? ¿No tienes trabajo?

—Es que estoy de vacaciones —mintió.

Aquella conversación no iba bien. Xiana no sabía exactamente el por qué, pero su instinto le decía que tenía que salir de allí, así que pagó los cafés, se disculpó con una excusa falsa y se marchó. Al salir del mesón y pasar por delante de Lucas, oyó como el viejo le decía a su gatito:

—El viento del noroeste nunca ha traído buenas noticias.

Xiana suspiró. Definitivamente, todos locos. En ese pueblo estaban todos locos.

CAPÍTULO 17

Garabateaba en su cuaderno porque eso la hacía tranquilizarse, la ayudaba a observar los hechos con una nueva perspectiva. Desde su subconsciente a la punta del bolígrafo viajaban los dibujos más extraños y variopintos: espirales, aves, relojes de arena; aparentemente carentes de significado. En el centro de su mente, los remordimientos. Tenía que llamar a Brais. Tras una breve duda, se decidió a encender el móvil e, ignorando los mensajes del buzón de voz, marcó el número de su novio.

—El teléfono móvil al que llama está apagado o fuera de cobertura —dijo la voz metálica y artificial de la empresa de telefonía.

Xiana desconectó el aparato y se tiró en la cama de un salto. Estaba confusa y tenía ganas de llorar, pero no lo hizo. Continuó garabateando en el pequeño cuaderno azul, escribió su nombre y el de Nicolás; escribió la palabra *«ruido»* varias veces, y la palabra *«vacío»*. Escribió: *«estoy harta del vacío»*.

No quería continuar, no quería hacer nada. Se tumbó de espaldas mirando hacia el techo y se fumó un cigarro con calma, permitiendo que sus manos jugasen con el humo que se elevaba de forma misteriosa. Lo único que tenía claro era que no deseaba regresar a Santiago pero, ¿qué podía hacer entonces? En un mundo tan grande no se le ocurría ningún lugar donde esconderse. Recordó que de niña siempre había soñado con liarse la manta a la cabeza y viajar, pero para eso hace falta dinero. *«O no»*, se dijo. Por un momento intentó convencerse de que podría hacerlo, no necesitaba más que una mochila y un saco de valor. La mochila ya la tenía, el valor...

Pensó de nuevo, como antes, en el divagar absurdo de la existencia. Se sentía como un barco sin rumbo a punto de naufragar. Todos parecían tener claro lo que Xiana debía hacer con su vida, todos excepto ella. No deseaba comprarse un piso, ni formar una familia, ni tener un coche más grande... No deseaba tener que sumergirse en la corriente que la empujaba a una

supuesta vida adulta. ¿Qué quería? No estaba segura, pero sabía lo que no quería.

Un ruido la sacó de sus pensamientos. Fue un golpe seco, como si algo hubiese caído en algún lugar de la casa. Parecía haber sido en la sala de estar. Xiana se levantó, dejó el cigarro en el cenicero de la mesilla y fue hasta allí. Al entrar no vio nada fuera de su sitio, aunque se quedó desconcertada porque una vieja mecedora se balanceaba sola en un rincón de la sala. Entonces vio que una de las ventanas estaba abierta. Debía de haberse tratado de un golpe de aire. Más tranquila, cerró la ventana y regresó a su cuarto.

CAPÍTULO XVIII

Estimado Pedro,

No he hecho más que seguir el camino de los justos, aquel que tú me mostraste. Pero olvidé que hay muchos lugares donde las leyes humanas no se rigen bajo los mismos valores. Tan sólo pretendía ayudar, abrir las mentes a toda esa gente que cada domingo acudía a escuchar las palabras de aquel que se proclama soberano en la tierra. Yo sólo pretendía liberarlos del yugo que los aplasta. Y así fue como me lo pagaron.

Si me hubieses visto, si hubieses visto la expresión en sus ojos. A pesar de todo fue un instante glorioso y volvería a hacerlo. La primera vez fue un domingo. Fui a la taberna pero no había nadie, excepto el hijo de los taberneros, un buen muchacho llamado Lucas. Seguro que te gustaría. Es material del nuestro. Lástima que nunca vaya a salir de este maldito agujero. Entonces hablé un rato con él, intenté saber sus opiniones, pero todavía es demasiado joven y están por definir. Tras un rato de charla me fui encendiendo hasta que ya no lo aguanté más y decidí marcharme para llegar a tiempo a la salida de la misa. Allí mismo, en el atrio, junto al viejo tejo, improvisé con varias cajas de madera una tarima para subirme y desde allí prediqué las palabras del camino, de la auténtica salvación, porque no hablan de falsos dioses ni de milagros, sino de hombres libres y hechos posibles.

No repetiré en esta carta lo que allí dije porque de sobra lo sabes. No hablé por mí, sino por todos nosotros. Tú también estabas en mi discurso. Pero este público es más difícil incluso porque no es gente que comprenda los términos revolución o justicia. Miraban para mí espantados. Esta pobre gente jamás se ha planteado la lucha.

Como ves, ahora estoy pagando por defender una causa que no es mía, porque también es tuya, de todos nosotros. Te suplico que acudas en mi ayuda. No te demores más, amigo mío. No sé cuánto tiempo más podré soportarlo.

CAPÍTULO 19

La posada

El niño salió corriendo calle arriba antes de que Xiana terminase de abrir el sobre. En su interior, encontró una extraña nota sin firmar: *«Hostal La Oca. Carretera de A Coruña. A las doce y media en la habitación 63»*. En cualquier otra circunstancia habría rechazado una invitación como aquella porque no soportaba que le dijesen lo que debía hacer, pero la curiosidad era su punto débil así que acudió a la cita.

Se trataba de un hostal pequeño a las afueras del polígono industrial, aunque bastante bien equipado y provisto de todas las comodidades de un hotel. Parecía que lo empleaban, sobre todo, los viajantes que acudían a trabajar en la zona. De hecho, los dos hombres con corbata que esperaban junto a la recepción tenían, ya de lejos, pinta de vendedores. *«Detesto a los vendedores»*, pensó ella. *«Casi tanto coma a los publicistas»*.

Xiana llamó a la puerta del cuarto 63 sin tener ni idea de quién la abriría. Le temblaban las manos a causa de la intriga.

—Pasa. No estaba seguro de que fueses a venir.

En un primer momento creyó que se trataba del cura, pero en seguida se dio cuenta de su error. Se parecían como dos gotas de agua. Sin embargo, el hombre que tenía delante era más elegante y firme en sus movimientos y llevaba la vejez con la dignidad de un ser que nunca se ha postrado ante nada.

—Es usted el hermano de Benigno, ¿verdad?

—Así es, aunque creo que no nos han presentado oficialmente. Soy el Doctor Manuel López-Castro de Aguilar.

—Xiana Láncara, a secas.

Ella le extendió la mano y él le devolvió el gesto de mala gana, reprochándole el comentario sarcástico con una mirada que ella fingió no entender.

—Bueno, usted dirá. ¿A qué se debe todo este misterio?

—No hay ningún misterio —protestó Manuel sentándose en una butaca junto a la ventana.

La habitación era pequeña pero el espacio estaba aprovechado, con una decoración sencilla, demasiado moderna para un lugar como aquél al que no le pegaba ese aire entre zen y minimalista que Xiana no acababa de comprender por qué se había puesto tan de moda en los últimos tiempos.

—Entonces, ¿por qué me ha citado aquí de un modo tan... peculiar? —preguntó ella mientras tomaba asiento en una butaca frente a la de él.

—No deseo que me vean contigo. Es un pueblo pequeño y todo se sabe.

—¿Qué tiene de malo que lo vean conmigo?

—No tengo por qué darte explicaciones.

—Hombre, teniendo en cuenta las circunstancias, creo que sí tengo derecho a alguna explicación.

—Has venido aquí por propia voluntad. Y ahora...

—¿Tiene algo contra mí? —interrumpió Xiana.

—No lo tomes como algo personal, pero tengo bastante contra tu familia. No me gusta la gente como vosotros.

—¿Como nosotros? ¿Eso qué significa?

—Ya te he dicho que no tengo por qué darte explicaciones.

—Es usted el que me ha pedido que venga. ¿Qué se supone que quiere de mí?

—Saber qué estás haciendo en este pueblo.

—Yo tampoco tengo por qué darle explicaciones a usted.

—Ya.... Hablemos claro. Es mejor que desaparezcas.

—¿Cómo dice?

—Si lo que buscas es la herencia de Amalia, te diré ya que no tiene tantas posesiones como piensas. Yo te ofrezco el doble ahora mismo.

—¿Que me ofrece el doble? —exclamó Xiana ofendida.

—Ya me has oído.

—¿Si me voy del pueblo?

—Exactamente. Tú desapareces, yo te pago.

—Pues déjeme explicarle un par de cositas: yo no he venido en busca de ninguna herencia y no tengo pensado marcharme. Ahora mucho menos.

—¿Es tu última palabra? —le preguntó el hombre, que no parecía acostumbrado a obtener un no por respuesta.

—Lo es. Y ahora, si no le importa... —dijo Xiana y se levantó para marcharse.

—Si fueses inteligente, aceptarías mi propuesta.

—¿Qué significa eso? ¿Me está amenazando?

—Te estoy dando un consejo, nada más —respondió mientras encendía un puro—. Y ya que hablamos de consejos, te sugiero también que te apartes de mi hijo.

—¿De Luis?

—Sí, de él también.

Xiana cerró la puerta de un golpe, indignada. ¿Quién se creía aquel hombre que era para hablarle de ese modo? Salió a la calle, se metió en el coche y encendió un cigarro para intentar tranquilizarse un poco antes de arrancar. Era oficial: no pensaba ir a ningún sitio hasta que no comprendiese qué demonios sucedía en ese maldito pueblo.

Ante esta nueva determinación se dio cuenta de que no tenía ni idea de cuánto tiempo podría resultar eso. Llevaba ya demasiados días fuera de casa, Brais se estaría volviendo loco. Y su madre. *«Puede que mamá se lo haya tomado mejor».* Se los imaginó a ambos juntos: Brais caminando de un lado a otro, hablando de la inconsciencia de Xiana, de su comportamiento infantil. Rosa intentaría tranquilizarlo: *«Ya volverá. Seguro que no es más que otra de sus arrebatos»*.

—Ya —murmuró Xiana apagando el cigarro —Como si fuesen a entenderlo.

Pero un nuevo sentimiento de culpa se había apoderado de ella, así que encendió el teléfono y esperó un momento. No tardó en sonar el aviso: treinta y cinco mensajes nuevos en el buzón de voz.

Sábado, 01:30 A.M. *«¿Xiana? ¿Qué coño significa esta nota?* —Brais estaba de muy mal humor—. *Haz el favor de dejarte de tonterías*

y volver a casa».

Sábado, 02:36 A.M. *«Si esto es por la discusión del otro día... Te estás comportando como una niña. ¿Quieres volver a casa ya?».*

Sábado, 03:52 A.M. *«Xiana, soy Celia. ¿Qué ha ocurrido? Acaba de llamarme Brais muy alterado. ¿Estás bien? ¿Dónde estás? Llámame».*

Sábado, 08:03 A.M. *«Perdona los mensajes de antes. No quería ser tan brusco, pero estoy preocupado. Vuelve a casa, por favor».*

Sábado, 09:40 A.M. *«Xiana, como broma ya está bien. ¡Enciende el maldito teléfono, joder!»* —Brais se quedó en silencio un buen rato y luego se cortó la comunicación.

Sábado, 12:26 P.M. *«Xiana* —era su madre— *¿dónde estás? Brais está preocupado. ¿Se puede saber qué tienes en la cabeza? Haz el favor de volver a casa».*

Sábado, 16:48 P.M. *«Xiana, por favor, llámame»* —en este mensaje a Brais le había cambiado el tono de voz. Ya no parecía enfadado...

El resto de los mensajes eran como el último: todos de Brais. Algunos se limitaban a un largo silencio, como si esperase que aquello no se tratase de un contestador automático y su novia fuera a responder de pronto. A Xiana le entraron ganas de llorar. Pulsó la tecla siete del aparato. Era la de marcación rápida que le había asignado a Brais porque el siete era su número favorito. No tardó en sonar y en seguida contestaron al otro lado, pero no fue la voz de Brais la que oyó, sino la de su secretaria:

—Diga.

—Po... ¿Podría hablar con Brais, por favor?

—En estos momentos se encuentra reunido. Si quiere dejarle un mensaje...

—No, gracias. Llamaré más tarde.

—¡Xiana! ¿Eres tú? —preguntó la mujer.

Pero Xiana dio por terminada la conversación y apagó el teléfono.

CAPÍTULO 20

La casa estaba en silencio, María había salido y Amalia dormía profundamente. Xiana se dedicó durante un rato a la limpieza del objetivo de su cámara y luego decidió buscar un libro que le ayudase a pasar una tranquila tarde de lectura. Necesitaba poner orden en su cabeza.

En la sala de estar había una pequeña estantería con algunos libros: una enciclopedia, un tomo de la vida de Juan Pablo II y una colección de biografías de esas que regalan cuando compras una batería de cocina de acero inoxidable. *«Pues sí que estamos bien. En una casa tan grande y ni un solo libro decente para leer»*.

Pensó entonces en la habitación de María. Era posible que ella tuviese alguna novela y, al mismo tiempo le parecía interesante la posibilidad de que, al rebuscar entre sus cosas, podría dar con las cartas. En seguida desechó la idea. No estaría bien y, para evitar tentaciones innecesarias, prefirió no entrar en el cuarto. La biografía de *Marilyn* sería suficiente para distraerse.

Iba a cogerla ya de su lugar en la estantería cuando un ruido la detuvo. Algo se había caído y, al chocar contra el suelo, había causado un estruendo tan fuerte que había hecho temblar las paredes. Parecía haber sido en el piso superior donde, según María, sólo había un desván donde se guardaban los trastos viejos.

Xiana le hizo una visita a su abuela primero para comprobar que seguía durmiendo. Así era, profundamente. María debía de haberle dado una de esas pastillas tranquilizantes. Salió del cuarto despacio y caminó por el pasillo hasta la entrada al desván. Las bisagras de la vieja puerta de roble se quejaron con un chillido metálico porque hacía mucho tiempo desde la última vez que habían sido usadas. Subió despacio las estrechas escaleras de madera y se encontró en un lugar amplio, lleno de polvo, trastos y recuerdos olvidados: viejas lámparas, muebles carcomidos, espejos con reflejos distorsionados y amarillentos, ropa de cama desgastada... Si algo se había caído allí arriba, en medio de aquel desorden, era imposible saberlo. Pero, al menos, había encontrado un nuevo

entretenimiento para pasar la tarde.

Una vez se acostumbró al ambiente cargado de polvo y a la escasez de luz, empezó a parecerle que se movía en medio de fantásticos tesoros esperando ser descubiertos porque, aunque muchos de los objetos que allí había, resistiéndose a perder la batalla contra el tiempo, eran ya inservibles, había otros que sí podrían tener mucho valor. Como un antiguo lavabo en una esquina que estaba en perfecto estado. Con una pequeña restauración seguro que se vendía bien. Recordó que Antón, un amigo de Brais, conocía a un anticuario en la zona vieja de la ciudad con el que hacía tratos a veces. Tenía que comentárselo a María. Era posible que le interesase deshacerse de aquellos trastos y ganar algún dinero extra.

Al fondo, bajo varias alfombras enrolladas que tuvo que tirar hacia un lado, descubrió un baúl tallado a mano. Se ayudó de unas sábanas para quitarle la capa de polvo que lo cubría y en seguida se arrepintió porque no hizo sino repartirlo por el aire, que se volvió denso e irrespirable por unos segundos. Cuando se hubo recuperado del ataque de tos, logró abrir la pesada tapa que lo mantenía cerrado.

Lo que encontró en el interior fue una grata sorpresa: el baúl estaba lleno de papeles y fotografías sobre los cuales descansaba un reloj de bolsillo dorado que marcaba las nueve y que ella cogió para darle cuerda. Su tic-tac monótono se apoderó del silencio del desván. Xiana se preguntó cuánto tiempo habría estado parado. En qué momento, en qué día de qué año, a las nueve de la mañana o de la tarde, se habrían detenido sus engranajes. Echó de menos a Brais. Él, en su continuo absorber del tiempo, adoraba los relojes, en especial los caros y antiguos. Le encantaría un ejemplar como aquél. Entonces, le llamó la atención un grabado en el anverso, bastante desgastado pero todavía visible: *«A Don Jesús Láncara. Alcalde de esta villa, 1954»*. Era el nombre de su abuelo y, al parecer, había sido alcalde. Xiana no lo sabía. Dejó el reloj de nuevo en el baúl porque recordó el consejo de María de que a los muertos es mejor dejarlos tranquilos y porque, aunque lo intentó, no logró encontrar en su interior el sentimiento que buscaba. No conseguía sentir el menor aprecio por el que había sido el padre de su padre. Hacia él sólo sentía un vacío. Tal vez había ido depositando en su figura todo el rencor acumulado durante años y por eso podría perdonar a Amalia, pero no a él. No estaba segura, aunque tampoco le importaba demasiado.

Echó un vistazo a las fotos que había junto al reloj. No conocía a

nadie, eran demasiado antiguas. Observó una en concreto en la que se veían un niño de unos siete años y una niña más pequeña, que tendría dos o tres. Tal vez se tratasen de su padre y de la madre de María. Iba a buscar más fotos cuando algo llamó su atención en uno de los documentos amontonados al fondo del baúl: era su nombre, el nombre de Nicolás.

«Compraventa de la herencia de Nicolás Álvarez Braxe. Diciembre de 1929», decía el papel. Puede que no hubiese demasiados libros en aquella casa, pero ella había encontrado una lectura mucho más interesante. Cogió el montón de documentos, cerró el baúl y bajó con ellos a su cuarto, donde se disponía a leerlos cuando se escuchó la puerta de la entrada y María gritó un *«¿Hola?»* desde el piso inferior.

—¡Hola! —respondió Xiana mientras escondía los papeles en el fondo de su armario. Luego bajó las escaleras y se reunió con su prima en la cocina —¿Qué tal? ¿Adónde has ido?

—A casa de... A casa de Pablo, a echarle una mano con su mujer.

—¿Con su mujer?

—Sí. Es que ella... Rosalía está enferma.

—¿Qué le pasa?

—Lleva varios años encamada. A Pablo se le hace una carga muy pesada a veces.

—No me imaginaba que estuviese casado —dijo Xiana sentándose en una silla de la cocina—. Tiene que ser duro.

—Lo es. Para todos. Hace años que está así.

—Vaya.

—Sí, pero... En fin —dijo María, y borró de su rostro la expresión de tristeza—. ¿Quieres comer algo? Yo tengo hambre.

—No, gracias —respondió Xiana mientras observaba cómo su prima se ponía manos a la obra para preparar algo de comer—. Y tú, ¿por qué no te has casado?

María tardó un rato en contestar. Xiana se arrepintió por un momento de la pregunta, consciente de que había tocado un tema delicado.

—Hay cosas que no son tan sencillas.

—Perdona —se excusó Xiana—, no pretendía...

—No, no, tranquila. Tú no tienes la culpa. No podría haberme casado aunque hubiese querido.

—¿Por qué?

—El abuelo no me lo permitía. Decía que mi tarea era quedarme con ellos para cuidarlos de viejos.

—¡Vaya chorrada! Eso no es justo, tú tienes que vivir tu vida.

—Ya te he dicho que hay cosas que no son tan sencillas.

—Pero...

—Deja el tema, por favor.

María se sentó a comer mientras Xiana la observaba con lástima. Comprendía por fin la amargura en los ojos de su prima. Los que habían sido para ella abuelos y padres a un tiempo, aquellos con los que se sentía en deuda a causa de su orfandad, la habían sepultado en vida obligándola a encerrarse en una vejez ajena. Xiana se sintió, por un instante, afortunada de que la hubiesen repudiado. ¿Qué habría hecho ella en el lugar de María? Seguramente rebelarse. ¿Por qué no se había rebelado María? Fue la voz de Brais, a modo de conciencia, la que le respondió: *«Hay muchas clases de persona, Xiana. Y, afortunadamente, no todas son como tú, siempre empeñada en llevarle la contraria al mundo»*. Pero ella siempre tenía respuesta para esa reprimenda porque estaba convencida de que las normas sólo deben cumplirse cuando se entienden y son justas.

«¿Y quién decide lo que es justo?», respondió Brais en su cabeza. Xiana odiaba que él tuviese siempre la última palabra. *«Las normas existen para cumplirlas, sino viviríamos en el caos»*.

—Por cierto, —dijo Xiana para interrumpir sus propios pensamientos—. El padre de Luis...

—¿Don Manuel?

—Sí.

—¿Qué le pasa?

—¿Qué tiene contra nosotros?

—¿Contra quién? —preguntó María.

—Contra nuestra familia.

—Que yo sepa, nada. ¿Por qué?

—No lo sé... ¿Intuición?

—¿Intuición? Bueno, siempre nos ha mirado un poco por encima del hombro. Como no sea por eso.

—Sí, será por eso.

—Se llevaba bien con el abuelo, no creas. Pero siempre lo trataba como si fuese de una clase inferior. Aunque, en realidad, hace eso con todo el mundo. Creo que no ha aceptado que ya estamos en otra época. Sigue creyéndose el amo y señor del pueblo.

—Sí, algo de eso sí le he notado.

—Afortunadamente Don Benigno es muy distinto.

—Y Luis.

—Sí, Luís también.

—¿Y Joaquín?

—¡Vaya! ¿También lo conoces? Pues sí que te estás acostumbrando rápido a vivir aquí.

—Sí —dijo Xiana—. Lo conocí por casualidad. Es un tipo... peculiar.

—Sí, peculiar sobre todo —añadió María en medio de una ruidosa carcajada.

—¿No se lleva bien con Luis?

—No. Ni con Luis, ni con su padre. Y con su tío más o menos, porque Don Benigno es un bendito, que sino...

—¿Y eso?

—Es que Joaquín es un niño caprichoso. Siempre ha hecho lo que le ha venido en gana sin pensar en los demás. Y así le va. Que podría ser abogado y está de transportista. Aunque yo creo que se metió a eso para darle un disgusto al padre, lo mismo que lo de quedarse a vivir aquí. Para aparcar el camión delante de sus narices.

«Las normas sólo se deben cumplir cuando se entienden y son justas», pensó Xiana de nuevo.

CAPÍTULO 21

Buenas noches —saludó con una voz que pretendía ser implacable, dura. No estaba segura de que lo hubiese conseguido, pero al menos lo intentaba.

—Buenas noches. Qué sorpresa —sonrió el párroco—. ¿Qué puedo hacer por ti, hija?

—Me gustaría hablar un momento con usted.

—Claro, claro. Pasa. Perdona si no te ofrezco nada pero, cuando no está María, no me aclaro en la cocina.

—No se preocupe.

—Está bien, siéntate. Tú dirás.

—Necesito que busque un nombre en las actas de la parroquia.

—¿Un nombre?

—Sí. Cualquier cosa que aparezca me puede servir. Acta de nacimiento, de defunción, de bautismo. Algo ha de haber.

—¿Cuál es el nombre?

—El de Nicolás.

—¿Otra vez con lo mismo? Pero, hija, ¿no lo hemos hablado ya?

—Sí, pero hablábamos de un hombre llamado Nicolás a secas, y entiendo que con eso no podíamos hacer mucho. Pero ahora estamos buscando a un tal Nicolás Álvarez Braxe, con todos sus apellidos. El hermano de mi abuela.

—Vaya —dijo el cura, y a Xiana le pareció que se había puesto pálido mientras se removía incómodo en su asiento—. No tenía ni idea... ¿Cómo has dado con él?

—Eso es lo de menos. Lo importante es que ya sabemos cómo buscarlo. Es extraño que usted no hubiese oído hablar de él —dijo Xiana con la intención de escrutar las intenciones que se escondían tras la cara redonda del cura, tras sus ojos pequeños y rápidos.

—Pues sí que es extraño, la verdad. ¿Estás completamente

segura?

—Lo estoy. Así que le pido que me ayude en lo que pueda.

—Es posible que no aparezca nada.

—Algo habrá, seguro.

—Lo miraré, aunque no puedo prometerte nada. ¿Para qué necesitas que busque, de todas formas?

—Necesito juntar más piezas, para comprender lo que ocurrió.

—¿Lo que ocurrió? ¿Qué iba a ocurrir? Puede que tu abuela tuviese un hermano, como dices, y seguramente se murió muy joven. Ya se sabe que en aquellos tiempos... Y ahora Amalia lo menciona. Con su edad es normal recordar los primeros años de vida.

—De todas formas, me gustaría saber algo más. Como, por ejemplo, ¿qué pasó en 1929?

—¿En 1929?

—Sí, un año con bastantes tormentas, al parecer —dijo ella—. ¿Le dice algo esa fecha?

—Pues no mucho, salvo que es el año en el que nací. Como comprenderás, hija mía, no guardo muchos recuerdos de esa época. No sé qué puede tener de especial.

—Eso es lo que pretendo averiguar.

La chica había cambiado ya el tono de su voz por otro algo más dulce porque, después de todo, no podía estar segura de que el cura le estuviese mintiendo. Era posible que nunca hubiese oído hablar de Nicolás y no quería exagerar en sus sospechas.

—De cualquier forma, le agradecería cualquier cosa que encontrase.

—Claro, mañana mismo le echo un vistazo al archivo de la parroquia. Pero, ¿crees que es bueno que sigas con esto? ¿Qué vas a ganar rebuscando tanto en el pasado?

—La verdad.

—No te comprendo.

—Cosas mías. Pero son ustedes los que dicen que la verdad nos hará libres —bromeó.

—No siempre, hija, no siempre.

Sonó el timbre de la puerta y Xiana lo aprovechó como una buena oportunidad para marcharse; le agradeció a Benigno su ayuda y lo acompañó hasta la salida, donde se encontraron con Manuel:

—¿Qué haces aquí? —le preguntó con desprecio.

—Ya me marcho; no se preocupe —exclamó ella desafiándolo con mirada. El cura se interpuso en tono conciliador.

—Sólo ha pasado a tomar un café, ¿verdad? A hacer algo de compañía a este viejo aburrido.

Xiana se despidió y salió de la casa. Mientras se alejaba, sentía los ojos de Manuel clavados en su espalda. Era una mirada llena de rencor, pero también de miedo, o al menos eso le parecía. ¿Por qué estaría asustado aquel hombre, aparentemente tan fuerte y seguro de sí mismo?

Xiana caminó hacia el atrio de la iglesia y se sentó en el banco de piedra junto al tejo. Le gustaba aquel rincón tan pacífico y silencioso, tan escondido de las miradas del mundo. Allí sentada, encendió un cigarro primero y el móvil después para pulsar la tecla número siete. Antes de que el tono de llamada hubiese sonado dos veces, Brais respondió alterado:

—¿Xiana? ¡Por fin! ¿Dónde te habías metido? ¿Estás bien?

—Sí, tranquilo. ¿Cómo estás tú?

—¿Cómo crees que estoy?

—Lo siento.

—Eso no basta. Creo que tienes bastante más que explicarme.

—Seguramente, pero no voy a hacerlo. Al menos no por el momento.

—¿Qué quieres decir? ¿Dónde coño estás?

—Es bastante complicado. Digamos... Digamos que me han encargado un trabajo.

—¿Un trabajo? ¿Cómo que un trabajo? ¿Qué trabajo?

—De investigación.

—¿De investigación? ¿A ti? Pero, ¿de qué coño estás hablando?

—Pues sí, de investigación. Ya vez.

—¿Dónde? ¿Quién te ha contratado?

—En un lugar en medio de la nada, alguien que ya ha muerto.

—¿Tú te has vuelto loca? Porque me estás hinchando las narices. ¿Me quieres explicar dónde te has metido?

—No, no te puedo explicar nada, Brais. Sólo quería que supieses que estoy bien y que lo siento.

—Déjate de tonterías y vuelve a casa.

—No puedo hasta que no termine con esto.

—¡Xiana, me estás calentando! Si no vuelves, olvídate de tu trabajo.

—Me lo imaginaba. Buenas noches, Brais.

—¡No, Xiana, espera! Escucha...

Ella apagó el teléfono sin darle la oportunidad de decir nada más, lo guardó en el bolso y contempló en silencio la oscuridad de la noche.

CAPÍTULO 22

He venido en cuanto me ha sido posible.

—¿Has comido ya?

—No, pero no te preocupes. No tengo hambre.

—¿Seguro? —insistió Xiana.

—Sí. Cuéntame, ¿qué es lo que has encontrado?

—Mira —dijo ella con una sonrisa triunfante tras mostrarle uno de los papeles.

—¿Qué es?

—Tú léelo.

Luis aguzó la vista para adaptarla a aquella caligrafía curvada y compleja.

—¿1929? —preguntó extrañado —¿Que es esto?

—Sigue leyendo.

—¿Nicolás? ¿Es él?

—Eso parece.

—¿Nicolás Álvarez Braxe?

—Sí.

—Entonces...

—El hermano de Amalia. Sí, mi tío-abuelo.

Luis dejó el papel sobre el montón donde ella lo había cogido, se sentó en la pequeña butaca del rincón, pequeña y tapizada con una chillona tela granate y amarilla. Xiana odiaba aquella espantosa butaca.

—¿Y qué más sabes sobre él? —preguntó el médico.

—Por ahora no mucho. Estoy intentando poner orden a todos estos documentos. Son una lectura tediosa y los hay de épocas muy diversas.

—¿Dónde los has encontrado?

—En el desván.

—Y María, ¿qué opina?

—No lo sabe, y prefiero no decírselo. No sé si lo entendería porque buena parte de estos documentos son escrituras de la casa y...

—Ya —respondió él con la mirada en los viejos papeles.

—¿Estás bien? Pareces confuso.

—Sí... Es que... —dijo emocionado—. No me puedo creer que realmente haya existido Nicolás.

—Pero yo creía que tú...

—Sí, claro. Incluso yo había empezado a pensar que no era más que una fantasía.

—Pues ya ves que no. ¿Y qué? ¿Ahora sí te apetece que vayamos a comer algo?

—Si no es molestia...

—¡Claro que no! Vamos.

Bajaban a la cocina cuando el timbre de la puerta los interrumpió: era Joaquín, que entró en la casa para invitar a Xiana a pasar la tarde con él. Su expresión alegre se disipó cuando se encontró de frente con su hermano.

—¿Tú qué haces aquí? —le preguntó Luis.

—Supongo que lo mismo que tú.

—Pues ya puedes largarte por donde has venido.

—¿Puedo preguntar qué os pasa? —dijo ella.

—Nada grave —dijo Joaquín, que no perdía nunca su tono tranquilo e irónico—. La familia, ya se sabe, que siempre te recibe con un amor incondicional.

—Vale, ya has soltado la gracia. Ahora ya te puedes ir.

—Está claro que hay cosas que nunca vas a superar.

—No creo que tengas derecho a juzgarme.

—El mismo derecho que tienes tú para juzgarme a mí.

—Bueno —intervino Xiana—, tal vez deberíamos calmarnos todos y hablar las cosas tranquilamente.

—No te preocupes. Yo ya me voy.

—Pero, Luis...

—Ya hablaremos, Xiana.

—En fin, lo mejor será que yo también me vaya —dijo Joaquín después de que su hermano cerró de un portazo la puerta de la entrada—. Perdona por el deplorable espectáculo que acabamos de darte.

—¡De eso nada! Tú te sientas y me explicas qué os pasa a vosotros dos.

—Vaya, resulta que tienes carácter.

—Pues no has visto nada. Y ya me estoy cansando de tanto misterio en este pueblo.

—¡Pero si ése es el encanto de este lugar! —exclamó Joaquín, que parecía divertirse con la situación.

—Claro. A ver, ¿qué es lo que pasa entre vosotros?

—Nada que tenga que ver contigo, al menos por ahora. Y nada que merezca la pena saber.

—Eso es todo lo que me vas a contar.

—Todo lo que puedo contarte.

—De acuerdo, tendré que descubrirlo por mi cuenta entonces.

—Si crees que serás capaz, luego puedes explicármelo a mí.

—No te preocupes, lo haré. Por ahora creo que he comprendido lo de tu padre, que ya es algo.

—¿Mi padre?

—Parece ser que no le gustó nada que te gastases el dinero de la herencia de tu madre en montar una empresa de transportes en lugar del despacho de abogados que él había planeado, ¿verdad?

—¡Vaya! Me dejas boquiabierto —exclamó Joaquín entre carcajadas—. ¿Tú eras fotógrafa o periodista de investigación?

—Es un pueblo pequeño y todo se sabe rápido.

—¿Y qué más has averiguado sobre mí?

—Que eres testarudo como tu padre y que en el fondo lo único que quieres es llevarle la contraria.

—Así que eso es lo que dicen. Curioso. Nada más lejos de la

realidad. ¿Tú también lo crees así?

—Yo, por ahora, no juzgo. Sólo recopilo datos.

—¡Ja! Buena respuesta. Tú también sabes escabullirte como una anguila de las preguntas directas.

—Lo que no acabo de comprender es que pasó entre Luis y tú.

—Luis es un tipo complicado.

—Le dijo la sartén al cazo. ¿Es ése el motivo por el que no os lleváis bien?

—No pienso decir una palabra más. Ya lo descubrirás tú solita, si tanto te gusta fisgar en los asuntos ajenos —respondió Joaquín riéndose mientras salía de la casa.

CAPÍTULO XXIII

«...a diecisiete de diciembre de 1929, ante mí Don Ramón González, Abogado y Notario Público del Ilustre Colegio de A Coruña. Comparecen:

De una parte Don Nicolás Álvarez Braxe, de veintiocho años de edad, soltero, de profesión panadero y vecino de esta villa, anteriormente cocinero en un vapor francés donde ejerció desde 1927 hasta el 23 de noviembre del pasado año, con célula personal de undécima clase, número ochenta y dos, expedida por la Recaudación del Ayuntamiento de este Partido en trece de enero del corriente año.

Y de otra parte Doña Amalia Álvarez Braxe, de veinte años, casada, dedicada al gobierno de la casa y vecina de esta villa (…) Concurre a este acto acompañada por su esposo Don Jesús Láncara Picos, de treinta años de edad, casado con Doña Amalia en primeras nupcias, artillero de armas de primera, sirviendo a la Armada y franco de servicio en el día de hoy.

A causa de la circunstancia de manifestarme los comparecientes que Nicolás Álvarez Braxe padeció en otro tiempo alienación mental, exigí de aquellos que lo solicitaron el recurso de los facultativos que, reconociéndolo previamente, certifiquen sobre su capacidad para este acto. Y teniendo concurrido a mi presencia y a la de los comparecientes los Señores Licenciados en Medicina Don Víctor López-Castro, vecino de esta villa y por mí conocido, y Don Antonio Meirás, residente en A Coruña, emitieron de mutua conformidad el siguiente dictamen:

Que Nicolás Álvarez Braxe presenta a las observaciones algunas características (estigmas oculares, movimientos) del tipo de locura delirante que padeció y que se manifiestan a intervalos; que habiéndole sujeto a detenido examen, lo encuentran en estado cabal en cuanto a modo de razonar y apreciar las causas, con lucidez y tranquilidad de ideas y con conceptos justos sobre la importancia, significación y consecuencias de lo que va a otorgar; en todo lo que concluyen los declarantes que Nicolás Álvarez Braxe tiene actualmente capacidad suficiente para contratarlas».

Fui lo que fui, pero ya no soy nada. No queda en mí ni una pizca de aquel orgullo. Se me rompió el alma y ahora soy un hombre sin

voluntad. Me robaron la vida y ahora soy un hombre sin esperanza.

CAPÍTULO 24

El gatito negro en el jardín y sus ojos verdes en medio de la hierba. Era una casa desconocida para Xiana, o tal vez no. No recordaba dónde la había visto antes. La casa más vieja del mundo.

Después el viento y las flores amarillas. El vértigo. Ya estaba en su interior. No esperó por los niños esta vez porque, de todas formas, no podían verla. Los escuchó fuera, en el jardín, jugando y riendo. Xiana miró por la ventana y vio al gato sobre la hierba, con aquellos ojos verdes. El suspiro al final del pasillo. Ya no había puerta porque la habían apuntalado y el hombre rozó su brazo, justo detrás de ella.

Estaba oscuro, apenas distinguía su figura. Era alto, con el cabello largo y descuidado, puede que moreno. La luz era demasiado escasa para estar seguro de nada.

—¿Quién eres? —murmuró Xiana.

—Quien tú quieras —le dijo la voz—. Decide tú mi nombre porque yo ya no tengo uno.

Él levantó la cabeza y su mirada verde inundó de luz el pasillo. El aire no le llegaba a los pulmones, sentía un fuerte dolor en el pecho. Y se despertó, Xiana, sola en su cuarto.

Antes de bajar las escaleras escuchó las voces en la cocina. Pablo debía de haber llegado antes de lo habitual y ella no se sentía con fuerzas para interrumpir la conversación entre el cartero y su prima, así que decidió acercarse hasta el cuarto de Amalia para ver cómo se encontraba.

La mujer dormía plácidamente pese a que una intensa claridad inundaba todo el cuarto. Procurando no hacer ruido para no despertar a su abuela, Xiana se sentó en la silla junto a la cama y observó los dibujos en las contraventanas. Dos letras eran lo primero que se leía: *«LA»*. Inmediatamente debajo, la silueta de una mano que, como ya había comprobado, coincidía en tamaño con la suya. Qué hermosa casualidad. Después de la mano, lo que parecía una especie de escudo con un gallo cruzado por dos espadas y, por último, una balanza. Eso sólo en la primera de las contraventanas.

La segunda, que resultaba la más aterradora de las cuatro, una cara redonda con los ojos y la boca abiertos pero atravesados por cruces. Tras ella, otro escudo, o lo que simbolizase aquel rombo, aunque en lugar de un gallo se veía un corazón en su interior.

Las otras dos maderas parecían más sencillas y, puede que por eso también más difíciles de comprender. Una letra entre dos barras: una */N/*. *«¿De Nicolás?»*, se preguntó Xiana. Después de la letra, un reloj de arena. En la última contraventana, tan sólo una *«M»* y una cruz con el palo vertical muy largo.

Lo que más le llamaba la atención a Xiana era que, pese a lo siniestro de aquellos garabatos, se sentía bien allí, observándolos. Mientras lo hacía, la invadía una sensación de paz, aunque tal vez se debiese más a la intensa luz del cuarto o a la respiración tranquila de su abuela.

Se preguntó de nuevo qué secreto ocultaban aquellos dibujos, si es que significaban algo. ¿Realmente los había hecho Nicolás? ¿Realmente eran obra de un loco? Ella prefería creer que no. Los trazos, el reloj de arena en concreto... Algo en ellos le resultaba familiar. Se dio cuenta de que le recordaban a aquel trabajo que habían realizado hacía tiempo para un museo. Se habían pasado dos semanas fotografiando piedras y marcas de cantero a lo largo del Camino de Santiago. Aquellos grabados esculpidos en el granito por la mano de obreros medievales eran muy similares a los de las contraventanas. Pensó en llamar a su amigo Simón, que era un apasionado del tema y la había acompañado durante aquel trabajo. Puede que él supiese mejor de qué podían tratarse.

Entonces María pasó por delante de la puerta abierta y sacó a Xiana de sus pensamientos. Desde donde estaba sentada podía ver el cuarto de su prima, que no se había percatado de su presencia, y vio cómo guardaba un sobre en el primer cajón de su tocador. Le sorprendió que la guardase sin abrirla. Procurando no hacer ruido para no ser descubierta, Xiana se levantó y se acercó a la ventana. Una vez allí, fuera del campo de visión de María y pudiendo fingir que no había visto nada, carraspeó para que ella supiese que estaba allí.

—Buenos días —dijo María en voz baja entrando en el cuarto—. ¿Todavía duerme?

—Sí, mejor será que la dejemos descansar —respondió mientras salían al pasillo las dos juntas—. ¿Tomamos un café?

—No me da tiempo. Tengo que marcharme que Don Benigno ya

debe de estar esperándome.

María bajó las escaleras con su andar torpe pero decidido y Xiana, una vez estuvo segura de que se había marchado, se acercó hasta la habitación de su prima, pero la puerta estaba cerrada con llave. Puede que, después de todo, sí que se hubiese dado cuenta de que la había visto guardar las cartas.

Xiana cogió el móvil en su cuarto y, mientras lo encendía, bajó a desayunar. Hizo caso omiso de los mensajes del buzón de voz y buscó en la agenda el número de Simón.

—¿Xiana? —exclamó él—. ¡Qué sorpresa!

—Hola, ¿qué tal va todo?

—Eso debería preguntártelo yo, que nos tienes a todos locos. ¿Dónde te has metido?

—Mejor no preguntes. Es demasiado largo para explicártelo.

—Pero, ¿estás bien?

—Sí, no te preocupes. Tengo que pedirte un favor.

—Dime.

—Me he encontrado unos símbolos muy curiosos que no logro descifrar. Tal vez puedas echarme una mano con ellos.

—¿Qué tipo de símbolos?

—A mí me recuerdan mucho a las marcas de cantero. Como las de aquellas fotos del Camino, ¿sabes?

—¿De que época es la construcción?

—Bueno, eso es lo más curioso: no se trata de una construcción.

—Entonces, ¿qué es?

—Son unas contraventanas de madera en una casa vieja. Y los símbolos supongo que fueron hechos alrededor de 1929.

—Pero, ¿qué narices estás haciendo?

—Nada raro, tranquilo. ¿Puedes ayudarme?

—Pues... No lo sé, la verdad. Nunca he oído hablar de nada parecido. Tendría que verlo. ¿Dónde estás?

—Prefiero que no se sepa por ahora. Les he sacado unas fotos, aunque no tengo como revelarlas.

—Ya te dije que deberías haberte pasado a las cámaras digitales.

Pues ya me dirás cómo voy a ayudarte sin verlos.

—¿Y si te envío unos dibujos? Puedo intentar reproducirlos en papel.

—De acuerdo, pues mándame un correo con ellos. ¿O tampoco puedes?

—Sí, ya me las arreglaré.

—Mira que eres analógica, ¿eh?

—Lo sé, lo sé. Tengo que actualizarme.

—Bueno, ¿y piensas decirme lo que ocurre o no?

—No. Por ahora no puedo, lo siento.

—Tranquila. Por mí, eres libre de hacer lo que quieras. Pero, ¿qué le digo a Brais?

—No le digas nada, por favor.

—Xiana, ya sabes que no me gusta mentir.

—Y no te pido que mientas. Simplemente no le digas que te he llamado.

—De acueeerdo, pero me debes una.

—Lo sé. Te debo miles, no se me olvida.

—¿Seguro que estás bien?

—Sí.

—Anda, a ver si asientas esa cabecita loca, ¿vale?

—Lo intentaré. Un beso.

Xiana apagó el teléfono y se tiró sobre la cama dejando escapar un largo suspiro. A veces deseaba que Brais se pareciese más a Simón. A veces deseaba haberse enamorado de Simón en lugar de haberlo hecho del cabezota vanidoso que era su novio. Aunque la respuesta estaba bastante clara: porque con Simón todo habría resultado sencillo y a Xiana le gustaban las cosas complicadas.

«La gran duda», se dijo, *«es si todavía sigo enamorada de Brais»*. No estaba segura. ¿Era de eso de lo que se escondía? ¿Le daba miedo enfrentarse a la realidad? *«Demasiadas preguntas sin respuesta»*, sonrió.

CAPÍTULO 25

Xiana lo miró fijamente y le preguntó:

—¿Estás enfadado?

—No, tú no tienes la culpa —contestó Luis. Luego se sentó tras su enorme mesa repleta de papeles ordenados por montones y siguió trabajando en su ordenador.

—Sí, estás enfadado —dijo ella mientras tomaba asiento en una de las dos sillas destinadas a los pacientes.

Luis miró a la chica y su expresión recuperó la dulzura, aunque también la inseguridad que le caracterizaba.

—No, no lo estoy. Sólo... ¿qué hay entre vosotros?

—¿Cómo?

—Ya... Ya sé que no... que no es asunto mío, pero...

—No hay nada entre nosotros —respondió ella—. Pero tienes razón, si lo hubiese, no sería asunto tuyo.

—Lo siento. Sólo me preocupo. Cuando te dije que no intentases saber más sobre él, tenía mis motivos.

—¿Y cuáles son? ¿Qué tiene de malo tu hermano? A mí me parece una persona normal.

—Si hay una palabra que defina a Joaquín, seguro que no se trata de *«normal»*.

—¿Qué es lo que te pasa con él?

—Prefiero tenerlo lejos, nada más.

—Ya.

—Pero no estoy enfadado contigo. Es que... me sorprendió que apareciese en tu casa.

—Lo siento. No pensé que fuese a molestarte tanto.

—No te preocupes... ¿Cómo va el tema de Nicolás?

—Poco a poco, no es una lectura fácil.

—Me lo imagino.

—Escucha, ¿qué te parece si vamos a tomar algo hasta el pueblo? Me apetece salir un poco de este agujero y seguro que a ti también te sienta bien tomar el aire.

—No sé... Tengo... tengo mucho trabajo.

—¡Venga, hombre! Un día es un día.

—Bueno, pero...

—Por favor.

—Está bien, vamos.

Luis estaba cogiendo su chaqueta cuando sonó el timbre de la puerta. Mientras él atendía a la visita, ella aprovechó para echar un vistazo por el despacho y fijarse más de cerca en los libros que llenaban las estanterías. Se trataban todos ellos de libros de medicina, tomos gruesos, ediciones caras y lujosas de pastas duras. Libros de los que uno se puede encontrar en las bibliotecas de gente como... Como Luis, sin duda. No obstante, entre todos aquellos libros, a Xiana le llamó la atención uno más pequeño y verde que destacaba en una esquina. Cuando se acercó para examinarlo creyó que había leído mal y tuvo que sacarlo de su sitio para comprobar que, en efecto, se trataba de un ejemplar de *«Alicia en el País de las Maravillas»*, de *Lewis Carroll*. Entonces, escuchó el sonido de la discusión que estaba teniendo lugar en la entrada de la casa. Xiana volvió a colocar el libro en la estantería y se acercó a la puerta para entender mejor lo que decían las voces:

—He dicho que te vayas.

—Sólo te pido unos minutos —dijo Joaquín, Xiana lo reconoció en seguida.

—No tenemos nada que decirnos.

—Venga, Luis, que ya no somos unos niños. ¿No podemos hablar las cosas?

—¿Qué cosas quieres hablar?

—Pero, ¿cuántos años llevamos así? No tiene sentido. Podemos aclararlo de una vez.

—Yo creo que está todo muy claro. Y no entiendo este interés repentino por arreglar las cosas.

—Luis, ayer me di cuenta de que vivimos en el mismo pueblo y

hacía más de dos años que no nos veíamos.

—Pues mejor.

—¿Es eso realmente lo que quieres?

Xiana decidió salir de su escondite. En cuanto apareció, los dos hombres se callaron.

—Puede... —dijo ella— que no sea cosa mía, pero...

—Xiana, mejor para todos que te mantengas al margen de esto —exclamó Luis.

—Pero es que, en cierto modo me siento responsable.

—Pues no lo eres. Es una historia muy vieja. Y Joaquín ya se marchaba, ¿verdad?

—Claro. Si eso es lo que quieres.

—Vamos a ver —interrumpió ella de nuevo—. No sé cuál es el problema exactamente pero, ¿no podéis intentar arreglarlo hablando tranquilamente?

—Hay cosas que ya no se pueden arreglar.

—¿Qué cosas? —gritó Joaquín—. ¿Tanto te molesta que yo me atreva a vivir mi vida? ¿Tanta envidia me tienes?

—No entiendes nada, ¿verdad? —preguntó Luis levantando la voz. Xiana no sabía cómo pararlos—. ¡Fuera de mi casa!

—Está bien, me voy. Pero que te quede claro que...

—¿Puede saberse qué ocurre aquí? —gruñó una voz desde el exterior de la casa. Era Manuel, que se acercó cojeando junto a su inseparable bastón.

—Venga, ¡ahora ya está completa la fiesta! —exclamó Joaquín divertido.

—¿Puede saberse en qué estás pensando? Se os escucha gritar desde la plaza.

—Pues verás... —comenzó a decir Joaquín con cierta ironía al mismo tiempo que acariciaba su mentón con una mano.

—¡No te he preguntado a ti! Luis, contesta. ¿Qué está pasando?

Joaquín cambió el gesto, miró con rabia a su padre y se dio la vuelta para marcharse sin decir nada más.

—¡Responde! —insistió el padre—. ¿A qué ha venido esto?

—No... no lo sé. Joaquín... Joaquín se ha presentado aquí... No lo sé.

—Pasa para dentro, anda.

Manuel siguió a Luis al interior de la casa y, al encontrarse de bruces con Xiana, se detuvo delante de ella con un gesto amenazador para reprocharle:

—Te dije que te mantuvieses alejada de mis hijos. ¡Fuera!

Ella le lanzó una mirada llena de rencor y, tras esperar una reacción de defensa por parte de Luis que nunca llegó, cogió su bolso del colgador y salió cerrando la puerta de un golpe.

CAPÍTULO 26

Los dados

La carcajada resonaba con tal fuerza que Xiana no era capaz de escuchar otra cosa. Entonces, alguien tiró los dados sobre la mesa. No pudo ver los números que habían salido, no le dejaban. Un escalofrío. Se despertó encharcada en sudor. Era temprano, pero no le importaba el madrugón porque tenía trabajo que hacer. Después del desayuno, se acercó con el coche al pueblo vecino y buscó algún sitio desde el cual poder escanear los dibujos de las contraventanas para enviárselos a Simón.

A media mañana, ya de regreso en el pueblo, encendió el móvil para esperar por la llamada. María se había marchado a trabajar hacía horas y Amalia, como siempre, observaba las ventanas en un estado de absoluta inmovilidad. Xiana se entregó entonces a la lectura de los documentos que había encontrado en el desván; a través de las letras enrevesadas de los papeles y de sus propios sueños, la figura de Nicolás empezaba a tomar forma concreta en su imaginación, aunque todavía estaba lejos de comprender los remordimientos de Amalia.

A medida que iba leyendo, apuntaba en su cuaderno de notas los datos principales que se encontraba sobre el hombre que era objeto de su investigación. No había demasiados: apenas una biografía mutilada, fría, en garabatos de compra-ventas, herencias y partes médicos. No obstante, ella ya empezaba a otorgarle alma propia a aquel individuo y cada nuevo descubrimiento resultaba como recuperar un soplo del aire que él había respirado.

El móvil interrumpió su lectura, sobresaltándola, e hizo que su corazón se acelerase. Le preocupaba que fuese Brais el que llamaba. Se acercó lentamente al aparato, que sonaba sobre la mesilla de noche moviéndose a causa de la vibración, para descubrir con alivio el nombre de su amigo escrito en la pequeña pantalla.

—Hola, Simón.

—Buenos días.

—¿Te ha llegado mi correo?

—Sip. ¿De qué se trata exactamente? Son unos dibujos extraños.

—Esperaba que pudieses explicármelo.

—Pero, ¿no puedes darme más datos?

—No tengo muchos más.

—Pues es que así, en frío, no sé qué decirte sobre ellos. Además, me intriga bastante saber en qué historia te has metido.

—Entonces, ¿no te dicen nada?

—A ver... Sí, tenías razón. Se parecen a las marcas de cantero medievales. Puede que haya alguna explicación.

—¿Cuál?

—Me habías comentado que datan de los años 20 más o menos, ¿verdad?

—Sí, más o menos.

—En esa época, puede que se trate de algún tipo de organización clandestina.

—¿De organización clandestina? ¿A qué te refieres?

—Tampoco te lo tomes al pie de la letra. Puede que se trate de otra cosa. Sólo me he leído unos cuantos temas y tampoco es mi especialidad.

—Entonces...

—Entonces, hasta donde yo sé, a comienzos del siglo XX estaban muy de moda las organizaciones secretas que, para protegerse, empleaban lenguajes cifrados. Algunas recurrían a los símbolos de los canteros medievales.

—¿Y crees que se trata de una de esas organizaciones?

—No lo sé. Es una teoría. De todas formas, los que hicieron tus dibujos tampoco eran unos linces. Yo esperaría algo un poco más... ¿cómo decirlo? Más críptico.

—¿Más críptico? ¿Lo que te he enviado no te parece suficientemente críptico?

—No mucho, la verdad. Creo que se trata más de una especie de jeroglífico que de un lenguaje secreto.

—¿Un jeroglífico? ¿Como los egipcios?

—Sí... No sé. Parece algo más como un juego, como una adivinanza.

—No te sigo.

—A ver, piensa en el primero de los dibujos, que comienza con un *«LA»*, justo antes de la silueta de una mano.

—¿Ajá?

—A mí me parece una clave. Como si intentase demostrar que se trata de un mensaje. Es el artículo que precede al sustantivo: *«LA mano»*.

—¿La mano? ¿Crees que eso es lo que dice?

—Sí, pero bueno, sólo es una teoría.

—Es una buena teoría. Tiene sentido.

—Y ahora, ¿me he ganado ya el derecho a que me cuentes un poco más de qué va todo esto?

—Te lo has ganado, sí, pero no puedo contártelo todavía. Te prometo que te lo contaré todo en cuanto pueda. ¿Vale?

—Pero...

—Lo siento. Tengo que dejarte, Simón. Muchísimas gracias, ¡eres un genio!

Xiana colgó el teléfono sin darle tiempo a despedirse y fue corriendo hasta el cuarto de su abuela. *«La mano»*, pensaba. Parecía una teoría lógica. *«La mano de...»*. Xiana caminaba por delante de las ventanas tan sumergida en sus propios pensamientos que no se daba cuenta de que Amalia no se perdía ni uno de sus movimientos.

—La mano de... —repetía en voz alta—. La mano... ¿La mano de quién?

—La mano de Dios —murmuró la vieja. Xiana se giró sorprendida.

—¿La mano de Dios? La mano de Dios... ¡Eso es! Y a continuación una balanza... justicia... ¿La mano de Dios hará justicia? ¿Es eso lo que dice?

Amalia no respondió.

—Abuela, ¿es eso lo que dice?

—Mi niña bonita —exclamó. Los ojos de la mujer parecían apagarse de nuevo.

—¿Qué más? Espera, dime qué más lees ahí.

—Niña bonita, ¿has cogido las cartas?

—¿Qué cartas?

—Las cartas. Tienes que encontrarlas, antes de que sea tarde.

Xiana no entendía cómo podía estar relacionado, pero ante la duda, fue hasta el pasillo y probó a abrir la puerta de María. Había acertado: su prima no había cerrado con llave en esta ocasión, tal vez porque cuando se marchó a trabajar, Xiana ya había salido.

Entró despacio en el cuarto intentando no hacer ruido, como si los muebles de la habitación pudiesen delatar su presencia. El corazón le latía con fuerza y se sentía como una intrusa, pero tenía que llegar al fondo del asunto. Abrió el primer cajón de la cómoda y lo encontró repleto de cartas, todas ellas sin abrir. Montones de sobrecitos blancos perfectamente ordenados, a nombre de María con una letra escrita a mano, redonda y bonita, sin remite. Xiana eligió un sobre al azar y lo abrió con cuidado. El corazón le hacía tanto ruido que tenía la sensación de que podría escucharse desde fuera de la casa.

En cuanto leyó las primeras líneas se arrepintió de su intromisión y comprendió que Amalia no podía referirse a esas cartas. Aquello nada tenía que ver con Nicolás. Cerró el sobre con cuidado y lo escondió en el fondo del cajón, intentando que pasase desapercibido que lo había abierto. Si María se limitaba a guardarlas allí dentro, cerradas, tal vez nunca se daría cuenta. De todas formas, este pensamiento no la liberó del sentimiento de culpa que le oprimía el pecho.

CAPÍTULO XXVII

Hoy me he mirado en el espejo por primera vez en mucho tiempo y no me he reconocido. Mi aspecto es lamentable, mucho más de lo que esperaba. ¿Qué fue del muchacho altivo y risueño que recuerdo? ¿Qué fue de Nicolás? Ya sólo queda dolor en él. Un dolor tan profundo que deseo llorar y no puedo. Mi garganta esparce por el aire palabras que ni siquiera estoy seguro de haber pronunciado, tan fuera de mí como me siento. Y escribo. Escribir es mi único aliento. Tengo que hacerlo porque es la manera a través de la cual me he acostumbrado a liberar mis penas.

Esta vez, sin embargo, no hay destinatario ni destino. Ya no me atrevo a hablarte a ti, a hablarle a ella porque ella ya no está. Y yo ya no soy nada. Ya no queda en mí ni una gota de aquel orgullo. Se me ha roto el alma y ahora soy solamente un hombre sin voluntad. Me han robado la vida y ahora soy un hombre sin esperanza. Ya no hay pasado ni presente. Ya no hay futuro. Ya no hay destino ni sueños. Muerte es cuanto me queda.

Ella se ha muerto y yo no estuve allí para acompañarla. ¿A quién puedo dirigir mis palabras? ¿Cómo iluminaré mi soledad? Por eso me marcho. Tal vez sea capaz de encontrar en algún lugar la paz que me fue negada del mismo modo que espero vosotros encontréis el castigo que merecéis.

No sé a dónde me llevarán mis pasos, donde terminará esta locura. No sé si volveré a sonreír, algún día. Hoy siento que ya me han enterrado, aquí, en este pueblo que me vio nacer. No me importa. Así estaré con ella para siempre, aunque no quieran. Porque mientras todos le daban el último adiós sin permitir que me acercase a su tumba, mi corazón fue capaz de volar por encima de todas las barreras.

Más allá de la muerte, permaneceré. Y mi sangre perdurará en aquellos que me niegan y en los hijos de mis enemigos. Tal vez hayan olvidado ya que en su futuro también estaré yo, latiendo con fuerza, en la incesante rueda que es la vida. Esperaré, escondido en un patíbulo de oscuridad, sumergido en el transcurrir del tiempo. Esperaré. Y volveré cuando encuentre quien me escuche, para que se sepa, para que se proclame la verdad y por fin, la mano de Dios haga justicia sobre quien otros, en su nombre, privaron de libertad.

CAPÍTULO 28

El hombre arrojó el tabaco sobre el mostrador con desprecio y le cobró sin decir nada más en lo que Xiana comprendió era el límite de amabilidad que podía esperar ella en el mesón. Así que cogió el cambio y salió de allí sin despedirse. En el exterior, como siempre, Lucas acariciaba a su gatito con la mirada perdida en el horizonte. Xiana no pensaba detenerse a hablar con él, pero las palabras del viejo la hicieron cambiar de opinión.

—¿Ha amainado ya el temporal, chica?

—¿Qué temporal, Lucas? Estamos en pleno julio.

—Hay temporales que no entienden de estaciones.

Se sentó en el banco junto al viejo, que mantenía un enigmático gesto en la cara que podía interpretarse como una sonrisa. Xiana se fijó en el gato y recordó sus sueños: aquellos ojos verdes en medio de la hierba.

—Oiga —dijo ella— ya sé que puedo sonar pesada, pero sigo pensando que usted puede ayudarme.

—No, parece que no ha amainado.

Xiana suspiró. Resultaba tan complicado mantener una conversación coherente con él, aunque ya empezaba a intuir que no era del tiempo de lo que trataban en realidad las palabras de Lucas.

—Estoy segura de que usted conoció a Nicolás, el hermano de Amalia. ¿Qué fue lo que ocurrió con él exactamente?

—Pues sí que va a ser duro este verano —dijo el viejo deshaciendo su sonrisa.

—Por favor, escúcheme sólo un momento.

—Me recuerda un poco al de 1929.

—¡Sí, eso es! Lucas, ¿qué ocurrió en 1929?

—Un verano complicado.

—¿Tuvo algo que ver con Nicolás?

—Recuerdo muchas tormentas. Y el viento soplaba cada día en una dirección distinta.

—Pero, ¿con Nicolás? ¿Qué sucedió?

—Y con el cambio de año, en enero, todo se calmó.

—Está bien, me rindo. No hay quién pueda con usted.

Xiana se levantó para irse pero el hombre la detuvo con otra de sus preguntas:

—¿Por qué te interesa tanto ese hombre?

—¿Nicolás?

—No pronuncies tanto su nombre, que al final se nos va a aparecer.

—¿Usted lo conocía?

—Antes de nada, responde a mi pregunta: ¿por qué te interesa?

—Por Amalia, quiero ayudarla.

—¿Seguro? —preguntó. La mirada del viejo era profunda, intentaba penetrar en su alma—. No, no es sólo eso. Antes de hacerme preguntas a mí, chica, intenta responderte a ti misma.

Ella observó cómo el anciano regresaba a su mundo interior, al horizonte y, aunque comprendió que no le quedaban muchas posibilidades de que la conversación regresase a su hilo, se sentía obligada a intentarlo:

—Cuénteme por lo menos qué pasó en 1929.

—Fue un verano tormentoso —murmuró, y la voz de Lucas cayó pesada en el aire, finalizando el diálogo como quien cierra un grueso libro de golpe.

Xiana asintió con la cabeza. No podría seguir rebuscando en los recuerdos del viejo pero tuvo la súbita necesidad de hacer otra cosa antes de marcharse: cogió la bolsa que llevaba colgada del hombro y de la que no se separaba desde hacía un par de días, y sacó la cámara de su interior.

—¿Le importa que le saque una foto?

Lucas no respondió. Fingía encontrarse muy lejos, tal vez lo estaba de verdad, así que Xiana supuso que al hombre no le importaría. *«El que calla, otorga»*, pensó. Y pulsó el disparador.

En el camino a casa intentó poner algo de orden en su cabeza. El

viejo, con sus locuras y sus extravagancias, no estaba del todo equivocado. Era cierto que no pretendía investigar el pasado de su familia sólo por ayudar a Amalia pero, ¿qué la movía entonces? ¿La curiosidad? ¿O algo más profundo?

Se detuvo para encender un cigarro con calma y sopesar la situación, las circunstancias que la habían llevado hasta allí. Desde la calle donde se encontraba se distinguía la casa de Joaquín y su camión rojo aparcado fuera, donde su padre podría verlo. Xiana lo comprendía. Si aquel hombre usaba con sus hijos una actitud mínimamente parecida a la que empleaba con ella, no le resultaba difícil imaginar el rencor que Joaquín había podido ir acumulando contra él toda su vida. Puede que también la actitud insegura de Luis se debiese, al menos en parte, al carácter autoritario de su padre. De todas formas, no podría saberlo nunca con certeza y tampoco era cosa suya. Las historias familiares son demasiado complicadas para comprenderlas desde fuera. De hecho, la mayor parte de las veces apenas si podemos entender la propia, como era su caso.

Entonces cayó en la cuenta. Ya sabía lo que estaba buscando: Xiana nunca había conocido más familia que su madre. En cierto modo, se había sentido siempre rechazada por los que llevaban su misma sangre y ése era uno de los principales motivos por los que había acudido a la llamada de Luis. Además de escapar de su realidad, quería encontrar una respuesta, entender de una vez por qué la habían repudiado. En el camino, la imagen de Nicolás había empezado a aparecer como una prolongación de sí misma, más allá del tiempo y del espacio. Un hombre olvidado, expulsado del mundo de los vivos. Sí, ya tenía su respuesta.

Apuró sus pasos de vuelta hacia el mesón, donde se encontró a Lucas en la misma postura. Pareció no darse cuenta de la llegada de Xiana, pero ella sabía que sólo estaba disimulando.

—Ya tengo la respuesta —dijo ella.

En ese mismo instante una vecina del pueblo, ataviada con un mandil de flores y cargada con un abultado monedero en la mano, apareció por el camino en dirección a ellos, mirándolos con intriga y saludándolos con un ufano *«Buenos días»*. Xiana le devolvió el saludo y Lucas soltó una de sus frases meteorológicas:

—Parece que al final ha salido el sol.

Ante este comentario, la mujer dejó de interesarse por ellos y entró en el local. Xiana se acercó al viejo:

—Ya sé por qué he venido, lo que estoy buscando.

—Has dado rápido con la respuesta.

—En ocasiones sólo hace falta la pregunta apropiada.

—Veo que comenzamos a entendernos —dijo el viejo—. Y bien, ¿qué es lo que buscas?

—A mí misma, mis raíces.

—Una buena caza. Aunque es posible que no te lleve a ningún sitio.

—Entonces, ¿me puede hablar de Nicolás?

—No, lo siento. En ese camino yo no puedo ayudarte.

—Pero usted sabe lo que ocurrió.

—No, yo sólo sé lo que dicen que ocurrió.

—Pero... En 1929 —insistió ella—. En ese año, ¿qué fue lo que pasó?

—Espero que me lo cuentes cuando lo descubras.

—Pero, ¿cómo voy a descubrir algo así?

—Se trata de hacer la pregunta adecuada... a la persona adecuada.

—¿Quién?

—¿Has probado con Amalia?

—¿Amalia? Pero ella está...

—A veces —interrumpió el anciano devolviendo la mirada al frente y dando a entender que esas serían sus últimas palabras sobre el tema—, cuando uno cree que está intentando ayudar a alguien, acaba descubriendo que sólo intenta ser ayudado por esa persona.

Xiana se despidió de Lucas más confusa de lo que estaba al llegar. Mientras se alejaba, escuchó cómo el viejo pronunciaba una frase entre dientes que tal vez pensaba que ella no podría oír a esa distancia:

—Buena suerte, chiquilla. Que el camino de los muertos te conduzca a la vida.

CAPÍTULO 29

Cuando Xiana llegó a la casa de su abuela, quiso ir directamente al cuarto de ésta pero tuvo que detenerse en el camino al descubrir a María sentada en su cama con los ojos llorosos.

—¿Qué te pasa? —le preguntó.

—Quiero que te marches de esta casa.

—¿Cómo? ¿Por qué?

—Quiero que te marches ya.

—Pero, ¿qué ha pasado?

—Te acogí en esta casa sin oponerme bajo la única condición de que no te metieses en mis asuntos.

—No te entiendo.

—¿Me tomas por idiota? ¿Pensabas que no me daría cuenta?

—¿De qué estás hablando, María?

—No te hagas ahora la inocente. ¡Hablo de las cartas!

—Pero...

—¡Pero nada! Recoge tus cosas y lárgate. No quiero volver a verte en esta casa.

Dicho esto, María cerró la puerta de golpe, dejando a Xiana plantada en el pasillo sin saber qué hacer, hasta que se decidió a ir a por los documentos que había encontrado en el desván y que seguían guardados en el fondo de su armario. Los cogió todos y, algo más serena, regresó cargada con ellos al cuarto de su prima para llamar a la puerta. Como no hubo respuesta después de un par de intentos, acabó por abrir y entrar sin que nadie la hubiese invitado. María estaba sentada en la cama tapándose la cara con las manos, llorando.

—Vete —murmuró ya sin la energía de hacía unos minutos.

—María, sólo quiero explicarte...

—No hay nada que explicar. Vete.

Pero Xiana no pensaba rendirse. Dejó el montón de papeles sobre el tocador y se sentó en la cama junto a su prima.

—Escúchame, por favor. Yo sólo pretendía, creía que... Jamás pensé que se tratase de eso.

—No tenías ningún derecho.

—Lo sé, y lo siento muchísimo. Me siento fatal desde el momento en el que me di cuenta de mi error. Estaba buscando otra cosa.

—¿En mi cuarto? —preguntó María levantando la vista hacia ella—. ¿Qué buscabas?

Xiana se incorporó para coger uno de los documentos y se lo acercó.

—¿Qué es esto? ¿De dónde ha salido?

—Del desván. Ya sé que debería habértelo dicho antes, pero...

—No sé a qué viene todo esto, pero no me importa. He dicho que te vayas.

—Escúchame un momento, por favor. Esos papeles los encontré por casualidad. En ellos se habla de Nicolás, el hermano de Amalia.

—¿De qué hablas? ¿Qué hermano? ¿Y qué tiene que ver todo eso con que rebusques entre mis cosas?

—Tiene que ver. Después de saber que ese hombre existía fui a hablar con Amalia y ella no dejaba de hablar de unas cartas. Me decía todo el rato que las buscase, que buscase las cartas. Y yo pensé que...

—¡Claro! Tú pensaste. ¡¡Pues pensaste mal!!

—Ya lo sé, y lo siento, lo siento muchísimo. De veras. Me dejé llevar y yo... No sabes cuánto lo lamento. ¿Qué puedo hacer para que me perdones?

—No hay nada que puedas hacer.

—Olvidaré todo lo que he leído, en serio. De hecho, ya lo he olvidado.

—¡Qué sencillo lo ves todo! —exclamó María.

—Pero...

—¿De verdad crees que yo puedo olvidarme? ¿Así, como si nada?

Se quedaron calladas un rato sin atreverse ninguna de las dos a mirar a la otra. Aunque de maneras distintas, ambas sentían vergüenza. Xiana fue la que rompió aquel incómodo silencio:

—Si quieres hablar del tema...

—¡No! —gritó María—. ¡No quiero!

—De acuerdo.

Xiana apoyó las manos en sus rodillas para incorporarse y entonces María se le echó encima llorando. Desconcertada, le devolvió el abrazo y la dejó desahogarse entre sus brazos. Parecían lágrimas contenidas durante años. Xiana buscó en su mente alguna frase adecuada para consolarla, pero no tuvo éxito. Estaba en blanco, así que no dijo nada. Un par de minutos después, María se separó, se secó las lágrimas con un pañuelo que llevaba en el bolsillo, se levantó, cogió una bolsa donde había guardado todas las cartas del cajón y se las dio a Xiana. Ésta la miró desconcertada sin saber qué hacer.

—Quiero que las leas —se explicó María—. Todas.

—No lo entiendo.

—Ahora que ya lo sabes, no importa. Es un secreto demasiado viejo y compartirlo con alguien me puede sentar bien.

—Pero yo no puedo...

—Cógelas, por favor. Sé que te resulta extraño, que antes me enfadé y...

—Y comprendo que te enfadases —interrumpió Xiana—. Me lo merecía. ¡Me lo merezco! Lo que no comprendo es esto.

—Quiero que las leas todas, nada más.

—No tengo derecho a leerlas.

—No tenías derecho a leer la primera. Ahora te las estoy dando yo.

Xiana cogió la bolsa y la sostuvo en las manos, todavía dudaba:

—¿Estás segura de que quieres que las lea?

—Sí. Puede que me siente bien liberar ese peso.

—De acuerdo.

—Voy a darme un baño, creo que lo necesito. Cuando termines de leerlas, por favor, no vuelvas a hablarme del tema.

—Como quieras.

—Luego deshazte de ellas. Las puedes quemar, romper... Lo que quieras. Pero hazlas desaparecer.

Xiana fue a su cuarto con la bolsa de las cartas y un gran sentimiento de culpa. Las dejó en el suelo junto a la mesilla de noche. Las miraba pero no se atrevía a abrirlas porque, pese a lo que dijese su prima, no se sentía con el derecho a hacerlo de la misma forma que sabía no debería haber fisgado en sus cosas. Esta vez había llevado demasiado lejos su curiosidad. Toda la historia de Nicolás se le escapaba de las manos haciéndole perder la cabeza, como si no importase nada más. Y le había hecho daño a María, eso era lo peor. Además, si las cartas estaban destinadas a ser abiertas alguna vez, no debería ser por ella. No podía hacerlo.

Cuando escuchó a María saliendo del baño la llamó. Apareció en la puerta vestida con un grueso albornoz y con el rostro ya tranquilo. Era una mujer fuerte. Nada en su expresión podría delatar ni por asomo que había estado llorando media hora antes.

—No voy a leer las cartas.

—No te dije que tuvieses que leerlas ahora.

—Es que no lo voy a hacer ahora, pero tampoco después. No puedo.

—La primera no te causó tanto reparo.

—Ya me he disculpado. ¡Lo siento!

—Lo sé, tranquila. Pero puedes leerlas, te doy permiso.

—No quiero. No puedo hacerlo, María.

—Bueno, como quieras. Entonces deshazte de ellas.

—¿Por qué no se las das?

Los ojos de María reflejaron muchas emociones en un instante, demasiadas, y Xiana no supo descifrar exactamente cuáles habían sido.

—No —respondió María.

—Pero él tiene que...

—¡No quiero hablar más de este asunto! Deshazte de las cartas, por favor.

—¿Sigues queriendo que me vaya?

—No, olvídate de lo que dije.

—Te juro que no volveré a hacerlo.

—Y cuando tengas un momento, explícame lo de los papeles del desván.

CAPÍTULO 30

Entró en el cuarto alertada por los golpes. La vieja mecedora todavía se balanceaba, pero no parecía haber nadie allí. Iluminó la estancia con la vela que llevaba en la mano derecha: nadie. Giró sobre sí misma buscando entre las sombras pero sin atreverse a formular un grito de advertencia a un posible intruso. Cuando sus ojos llegaron al espejo lo vio, allí, reflejado, el hombre del rostro desconocido tan extrañamente familiar. Se quedó en blanco. Por unos segundos hasta su corazón se detuvo. El libro que sostenía con fuerza en la mano izquierda se le cayó al suelo. Fue el golpe lo que la hizo regresar y girar bruscamente, aunque no había nadie detrás de ella. Cuando miró de nuevo al espejo, el hombre ya no estaba allí. La mecedora se balanceaba, despacio. Las ventanas, se aseguró de que estuviesen bien cerradas. Fuera resonaba el clamor de la tormenta y, tras ella, el lamento de las tablas en el suelo. María la miraba desde la puerta, todavía dormida y envuelta en una bata de seda puesta del revés. Xiana sonrió.

—¿Qué ocurre? —le preguntó bostezando.

—Nada. Me había parecido escuchar un ruido, pero seguro que fue la tormenta.

—Seguro —dijo, y bostezó otra vez mientras se refugiaba un poco más dentro de su bata. Hacía frío—. Se ha ido la luz.

—Ya —dijo Xiana, y levantó la vela que llevaba en la mano.

—¿Quieres una infusión?

—No, tranquila. Vuelve a la cama, es tarde.

—Como veas...

María se retiró. Xiana recogió el libro que se le había caído en medio de la sala y que continuaba abierto por una página escogida por el azar. Era un libro manuscrito, con esa letra complicada que se había convertido en algo habitual para ella en los últimos días. En la hoja abierta, remarcado con negrita, se leía: «Había algo en sus ojos difícil de explicar, pero fue el primer rostro familiar con el que me encontré en toda mi vida».

Cerró el libro y regresó confusa a su cuarto. Vértigo. El aire, amarillo y verde. El gato negro en el jardín. ¿Qué casa era aquella? La casa más vieja del mundo.

Viento, flores amarillas. Vértigo. Desde el interior de la vivienda escuchaba las risas de los niños, que jugaban en el jardín. El gato. Vértigo. El lamento al final del pasillo. Esperaba por él. Todo estaba oscuro.

—¿Cuál es tu nombre? —se atrevió a preguntar Xiana. Las paredes le devolvieron el eco de su propia voz. Luego resonó la de él:

—No estoy loco, niña bonita, mi niña de cristal. Tú no crees que estoy loco, ¿verdad?

—¿Nicolás?

Él levantó la cabeza y sus ojos verdes llenaron la estancia de luz. Xiana se ahogaba y entonces se despertó. Estaba sola en el cuarto y los primeros rayos del sol penetraban por las rendijas de las contraventanas. Las abrió por completo para que el día apartase todos los fantasmas que el sueño había depositado en su mente, aunque no lo consiguió.

El día era luminoso, estaba despejado y le pareció imposible que durante la noche hubiese caído aquella fuerte tormenta. Probó el interruptor de la lámpara y vio que funcionaba perfectamente. No estaba segura de qué parte de la noche había sido un sueño, qué parte realidad. Tal vez nada había sucedido, después de todo. Fue hasta la sala. Todo estaba en calma allí pero en el pasillo, detrás de ella, se escucharon los pasos de alguien que corría.

—¿Hola? —dijo ella asomando la cabeza por la puerta. No había nadie.

La puerta de Amalia se encontraba entreabierta y ella dormía con una expresión de paz en el rostro. Xiana decidió abrir las contraventanas para que también entrase la luz en la habitación. Desconocía el motivo, pero se ponía nerviosa ver el cuarto de Amalia a oscuras.

Cuando terminó con las contraventanas, se dio cuenta de que su abuela ya tenía los ojos abiertos. Podía ser el momento perfecto:

—Abuela, soy Xiana. Mírame un momento.

La mujer no daba muestras de entender sus palabras, pero ella insistió:

—Abuela, escucha. Sé que Nicolás era tu hermano. Sé que

vendió toda su herencia antes de marcharse en 1929. ¿Por qué? ¿Qué ocurrió?

Era inútil, no quería comprender. Lucas estaba equivocado; parecía imposible que aquella mujer enferma, que aquella anciana desvalida, fuese a aclarar el misterio. No existía la pregunta adecuada con Amalia.

Xiana se dejó caer en la silla junto a la cama y suspiró. Tenía ganas de un cigarro, pero no le apetecía bajar a la cocina para fumárselo. Lo mejor sería dejarlo para más tarde. La pregunta adecuada... ¿Cuál sería? Cerró los ojos buscando algo de tranquilidad para su mente al darse cuenta de que su vida se había convertido en una locura constante. ¿Cuánto tiempo llevaba en el pueblo? Poco más de una semana, aunque parecían meses. María, Luis, Joaquín, Nicolás... Sobre todo Nicolás. Nada más que un nombre, le absorbía el pensamiento. A veces sentía como si llevase una eternidad en aquel agujero, como si hubiese estado toda su vida persiguiendo el significado de los dibujos en las contraventanas... Xiana abrió los ojos y las observó. Sabía que Simón había acertado: se trataba de una especie de jeroglífico. La balanza era la justicia. Dios era un gallo atravesado por dos espadas. De ser así, el corazón en la contraventana inversa, atravesado por idénticas espadas... ¿Qué narices significaba el corazón?

—La mano de Dios —dijo en voz alta— hará justicia...

—La mano de Dios hará justicia —repitió Amalia.

—Eso es, abuela. La mano de Dios hará justicia. ¿Qué más? ¿Qué intentaba decirnos Nicolás?

—La mano de Dios hará justicia —dijo, pero no iba a añadir nada más, Xiana lo sabía.

¿Y el corazón? En la madera inversa... Inverso a Dios. ¿El diablo? Nunca había sentido excesivo interés por ese tipo de juegos. A Xiana le gustaban las cosas claras, directas. *«¿El diablo?»*. Bajo una figura con los ojos, las orejas y la boca tapados... *«¿Ciego, sordo y mudo? ¿Aislado del mundo? ¿Sin libertad?»*.

—La mano de Dios hará justicia —repitió Xiana— frente a lo que el diablo privó de libertad...

—...en su nombre —terminó Amalia.

—¡En su nombre! ¡Eso es! Muy bien, abuela. ¿Qué más?

Xiana miró esperanzada a la vieja, buscando en sus ojos un

brillo de lucidez que no encontró. Era inútil, se había perdido de nuevo y ella se sentía agotada de jugar a ese juego absurdo. Regresó a su cuarto y repasó lentamente las notas que había ido tomando a partir de los documentos del desván. Nada parecía guiarla a un destino concreto. Se puso a garabatear con su lápiz en el margen del cuaderno, dibujos sin sentido. Estaba cansada.

—¿Qué haces? —preguntó Luis desde la puerta con una sonrisa dulce en los labios.

—¡Qué susto me acabas de dar! ¿Cómo has entrado?

—Lo... Lo siento. María está abajo y me ha abierto. Yo... Yo pasaba para ver a Amalia antes de ir a mi consulta. ¿Cómo se encuentra?

—Como siempre: ausente, en su propio mundo.

—Escucha, yo... Antes que nada, quería... Lo que ocurrió... Mi padre...

—No importa, ya está olvidado —dijo ella intentando restarle importancia a un asunto que, después de todo, no le incumbía.

—Pero es que yo...

—De verdad, no tienes que disculparte. Está todo bien.

—Pero qué pensarás de nosotros.

—No pienso nada. En todas las familias hay problemas y ya he aprendido a no meterme donde no me llaman.

—¿Qué has aprendido a qué? —bromeó Luis—. Eso sí que no me lo creo. Además, en este asunto sí que te has metido, como yo me metí en los de tu familia.

Xiana hizo caso omiso a este último comentario y le pasó a Luis su cuaderno para que le echase un vistazo, desconcertado primero y luego, cuando comenzó a comprender, algo más minucioso.

—Sabía que lo lograrías —dijo él.

—¿Lograr qué? No tengo nada salvo unos escasos datos inconexos.

—¿Tú crees? Pues a mí me parece que has conseguido mucho. Puede que te encuentres más cerca de la solución de lo que piensas.

CAPÍTULO 31

El pozo

No sabría definir si el lugar resultaba alegre o nostálgico, pero sí le parecía escalofriante el parecido. Supuso que la había visto sin darse cuenta al llegar al pueblo, o tal vez se trataba de una casualidad, pero se asemejaba demasiado a la casa con la que soñaba de forma recurrente desde hacía unas cuantas noches.

El pozo ocupaba la parte central del jardín y estaba rodeado por hierba salvaje y descuidada. No le resultaba difícil imaginarse allí al gato de Lucas. Casi le parecía escuchar también las risas de los niños. *«Puede que en realidad no se parezcan. Sólo estoy mezclando recuerdos y realidad. Tiene que ser eso»*.

La casa se encontraba en ruinas y el único árbol del lugar, justo al lado de lo que parecía haber sido la puerta principal, estaba seco, aunque parecía dormir, reposando a la espera de tiempos mejores. *«Que ya no volverán, pero eso no lo sabe un árbol»*. No pudo evitar coger la cámara y lanzarse a dispararla. En esa peculiar estampa las fotos le salían solas. Sacó al menos unas quince sin parar y estaba segura de que serían buenas fotos.

«¿Para qué las sacas?», dijo de nuevo aquella maldita voz en su cabeza. Pero Xiana la detuvo a tiempo: *«Para ser feliz, al menos por un instante»*. Sintió que había vencido a los pensamientos que durante tanto tiempo le habían impedido actuar. Sacaba fotos porque le apetecía, lo demás era secundario.

—¿Qué tal esas fotos? —dijo Joaquín a su espalda.

—Entre que este pueblo parece desierto la mayor parte del tiempo y tus apariciones por sorpresa, al final empezaré a creer en fantasmas.

—¡Vaya! Lo que me sorprende es que todavía no creas —exclamó él—. Bonito lugar, ¿no te parece?

—Sí, tiene algo especial... No sé qué es.

—Esta casa pertenece a mi familia.

—¿Ah, sí?

—Sí. Aquí creció mi abuela.

—Es una casa impresionante. ¿Por qué está abandonada ahora?

—Bueno, mantener un lugar como éste resulta más costoso de lo que parece. Es una lástima que mi padre sea demasiado orgulloso como para venderla. Acabará cayéndose de vieja. Ahí mismo, donde estás tú, había un muro que se vino abajo hace más o menos un año.

—Vaya.

—Sí, una lástima —murmuró Joaquín. Luego fue hasta el pozo, se apoyó en el borde y encendió un cigarro—. Luis y yo solíamos venir aquí de niños. Era un sitio fantástico para jugar. Mi madre se encargaba de mantener el jardín limpio pero, después de su muerte, el viejo fue dejándolo todo.

—¿Estabas muy unido a tu madre?

—Claro, como todos los niños, ¿no?

El hombre no se dio cuenta de que Xiana lo enfocaba con la cámara. Estaba distraído, observando el edificio, como si se hubiese transportado a un tiempo remoto, tal vez hasta los recuerdos de su infancia. Fue el sonido del disparador lo que le hizo regresar y miró a Xiana desconcertado, un poco molesto.

—Lo siento —dijo ella—. ¿Te ha molestado?

—Me has pillado por sorpresa, nada más. Perdona, tengo que irme.

Y, como siempre, Joaquín desapareció calle arriba.

CAPÍTULO XXXII

Estimado Pedro,

Te escribo esta carta cuando me encuentro inmerso en unas complicadas circunstancias. Sé que tardará en llegarte más de lo que yo desearía, pues es posible que estés embarcado en esta época, mas espero que cuando tengas la capacidad de acudir en mi ayuda, lo hagas sin demora.

Tal vez resulten extrañas mis palabras, pero en cuanto me explique entenderás que mi situación es de absoluta gravedad, y comprenderás también el motivo por el cual no has tenido noticias mías en los últimos meses, ya que he tardado bastante en conseguir que mi hermana me trajese el material preciso para escribirte.

Como ya sabes por la última carta que te envié, creo que en el mes de enero, yo estaba desempeñando en mi pueblo un papel fundamental por nuestra causa. Sé que estarías de acuerdo con mi labor y que, aunque siempre me has advertido que tuviese cuidado, ni tú ni yo podríamos imaginar que las consecuencias serían tan graves. Las represalias superan el límite de lo racional, quizás porque mis discursos no fueron el mayor de los problemas. Lo confieso, eso sólo fue la excusa que les brindé.

Hace unos meses que falleció mi padre y todos, incluido yo mismo, nos llevamos una sorpresa al descubrir en su testamento que me dejaba a mí buena parte de la herencia. Quién podría imaginar que el viejo me tuviese cierta estima, después de todo. Es posible que creyese que con su gesto yo mudaría mi conducta, pero no fue así. Además, me gané un nuevo enemigo: mi cuñado, un hombre peligroso y con una avaricia tal que lo creo capaz de matar a su propia sangre por dos reales.

También se esconde el más peligroso de los enemigos en el médico del pueblo, aquél al que tanto critiqué por su constante abuso de autoridad aunque, lo confieso, acabé enamorándome de la que habría de ser su esposa. No olvides que el amor no entiende de ciertas barreras y ella es un ángel en esta tierra baldía. Mi perdición fue que ella correspondía a mi amor, así que perdí la cabeza y cometí el mayor de mis errores. Sé que tú lo entenderás a pesar de todo porque eres hombre, porque eres mi amigo y porque ella desea, por encima de todo, ser libre.

Te ruego que vengas en cuanto te sea posible. Tú eres el único que me puede ayudar en este momento en el que ya no tengo voluntad para disponer de mi propia vida. Amigo mío, te espero en mi cautiverio. Sé que no me abandonarás.

CAPÍTULO 33

Creía que no quería usted que me viesen entrar en su casa —dijo Xiana.

—Así es.

—Entonces, ¿para qué me ha mandado llamar?

—Porque ya no importa —respondió Manuel. Su tono de voz era más áspero incluso que la primera vez que se habían visto—. Espera un momento.

La mandó pasar al despacho y la dejó allí sola. Las paredes de la estancia estaban cubiertas de estanterías con libros que, por lo que se podía apreciar, no habían sido leídos en bastante tiempo. En el centro, donde se encontraba Xiana, una pequeña mesa rodeada de sillas de estilo colonial. Se sentó en una de ellas y pudo comprobar que eran muy cómodas.

Manuel regresó en seguida. Llevaba en la mano un vaso de güisqui con hielo.

—Disculpa si no te invito a nada —le dijo secamente— pero dudo que esta conversación se alargue mucho.

—No se preocupe, opino lo mismo. ¿Qué es lo que quiere de mí?

—De ti, nada. Excepto repetirte que te alejes de mis hijos.

—¿Y para eso me hace venir? —preguntó Xiana levantándose dispuesta a marcharse—. Yo hago lo que me da la gana con mi vida y sus hijos ya son mayorcitos para...

—Mira, chica... —la interrumpió él levantando la voz con agresividad.

A su vez, Manuel fue interrumpido por su hermano Benigno, que entró por la puerta con las manos en alto y un gesto conciliador en el rostro:

—Haya paz. No seas tan grosero, Manuel. A ver, Xiana, ¿no te apetece tomar nada?

—No, gracias. Yo ya me iba.

—Siéntate —exclamó Manuel—. Te he mandado llamar por algo.

—Eso es lo que me gustaría que me explicase.

—Tranquila, hija —intervino el cura—. Siéntate, por favor, y te lo explicaremos. Mi hermano te ha mandado llamar porque quiere que yo te cuente algo.

—¿Ah, sí?

Manuel bebió un trago de su vaso y apartó la mirada, dejando entrever que aceptaba que Benigno se hiciese cargo de la conversación.

—Verás —continuó el hombre—, es sobre Nicolás.

—¿Sobre Nicolás? —preguntó Xiana, y se volvió a sentar.

—Voy a contarte lo que querías saber.

—Entonces, ¿usted lo conocía?

—No, no. No soy tan viejo. Pero algo sobre él sí que sé.

—Pero, ¿por qué...

—Como ya sabes, hija, Nicolás era el hermano mayor de Amalia.

—Sí, y también sé que estuvo embarcado en un vapor, que padeció algo así como enajenación mental una temporada y que luego vendió su herencia y desapareció.

Manuel la miró un instante, arqueando una ceja algo molesto. Benigno se sentó junto a Xiana y exclamó:

—Vaya, me dejas sorprendido. ¿Qué más sabes?

—Poco más. Que hizo unos extraños dibujos en las contraventanas del cuarto de Amalia.

—De acuerdo. Pues, verás, el tal Nicolás, al parecer, había sido ya desde niño un poco... —dijo el cura. Hablaba despacio, procuraba encontrar las palabras más adecuadas para expresarse—, un poco peculiar, de comportamiento extraño, podríamos decir. Aunque en el pueblo todos decían que no estaba bien de la cabeza.

—Ya.

—Cuando creció, decidió marcharse a trabajar fuera y nadie lo detuvo. Parece ser que, como tú misma has dicho, estuvo embarcado en un vapor.

—De cocinero, ¿verdad?

—Sí. Eso dicen.

—Es un trabajo peculiar para un hombre en aquella época.

—No creo que lo fuese tanto, hija. Piensa que en todos los barcos tiene que haber un cocinero, y la vida en el mar no se ha hecho para las mujeres.

—Ya, será eso —comentó Xiana molesta, pero Benigno no se dio cuenta, o al menos lo fingió.

—El caso es que regresó años después, cuando ya nadie esperaba su vuelta. Por lo que me contaron, la única que se alegró fue su madre, pero ya estaba enferma y murió al poco tiempo. Con el resto no tenía muy buena relación.

—¿Por qué?

Benigno se detuvo para tomar aire. Su hermano bebió otro trago del vaso, lo dejó sobre la mesa y encendió un puro que había sacado del bolsillo de la chaqueta. Siempre en silencio, lanzando, a ratos, miradas llenas de rencor dirigidas a Xiana que ella no lograba comprender.

—Pues no lo sé —respondió por fin el párroco—. Supongo que por la manera de ser que tenía.

—¿Nicolás? ¿Qué manera de ser?

—¿Tú que crees? —interrumpió Manuel tras el humo de su habano—. ¿Cómo definirías tú al hombre que se dedica a hacer dibujos diabólicos en las paredes de su propia casa?

—¿Un hombre desesperado?

—Un loco —sentenció Manuel.

—¿Diagnóstico de médico? —preguntó ella con tono irónico, pero la broma no fue bien recibida.

—Loco o no —continuó Benigno—, Nicolás se dedicó a escandalizar a la gente. Asustaba a los niños por la calle, causaba peleas en el mesón, interrumpía las misas a gritos... Y luego puso en marcha el horno.

—¿El horno?

—Así es. Cuando murió su padre, cosa sorprendente, le dejó la casa y buena parte de la herencia. Como supondrás, tu abuelo, que era su cuñado, no estaría muy conforme. Y menos gracia le haría cuando Nicolás puso en marcha el horno para cocer para la gente

de fuera. Una especie de panadería, digamos.

—Yo no he visto ningún horno en esa casa.

—Porque tu abuelo hizo reformas más tarde, hace unos años.

—¿Y qué problema había con que montase una panadería?

—Supongo que ninguno al principio, pero no tardó en entregar los productos en mal estado. Sin ir más lejos, y esta historia la conozco bien porque fue en la fiesta de compromiso de mis padres, en un pastel que le habían encargado... —Benigno detuvo sus palabras de pronto. Parecía incómodo e incluso se ruborizó un poco —. Es que, decir algo así, hija mía. Es tan desagradable.

—¿Qué pasó?

—Cagó dentro del pastel —dijo Manuel.

—¿Que hizo qué?

—Ya ves, hija, ya ves. Como supondrás, ese hombre no estaba bien de la cabeza. Ése sólo es un ejemplo entre otros muchos casos. Hasta que, al parecer, un buen día le dio un ataque. El médico...

—¿Su padre? —interrumpió Xiana.

—¿Cómo?

—El médico, era el padre de ustedes dos, ¿verdad? Víctor López-Castro.

—Así es —dijo Benigno en medio de un carraspeo y mirando de reojo a su hermano, que seguía fumando el puro—. Mi padre decidió que Nicolás era un hombre peligroso y recomendó que lo mantuviesen bajo custodia. No recuerdo lo que le diagnosticaron exactamente.

—Más tarde lo resumieron en una simple enajenación mental pasajera, según he leído.

—¿Dónde lo has leído? —preguntó Benigno. Se le notaba nervioso.

—En el documento de compra-venta de la casa.

—¡Ah, claro! Eso fue después, cuando se recuperó. Parece ser que quiso marcharse de nuevo, se lo vendió todo a su hermana y ya no se supo nada más de él en el pueblo. Creo que nadie lo echó de menos.

—¡Vaya! —exclamó ella—. Curiosa historia.

—Así es —dijo Manuel sin rebajar la dureza en el tono de su voz —. Lamento que no sea lo que esperabas encontrar, pero así son las cosas. Así que ya puedes volver a tu ciudad tranquilamente.

—Pues siento decirle que no pienso irme por ahora.

—Pero, ya tienes lo que buscabas, ¿no? —preguntó el cura en medio de lo que pretendía ser una sonrisa conciliadora.

—No exactamente.

—¿A qué te refieres?

—Todavía queda lo más importante: descubrir por qué tanto interés en que no continuase investigando la historia de mi familia —dijo Xiana. Luego se levantó, cogió su bolso y, con una sonrisa divertida los miro a ambos de arriba a abajo—. Pero gracias por su tiempo. Ha sido entretenido.

CAPÍTULO 34

Cuando sus ojos llegaron al espejo lo vio allí, reflejado, el hombre de rostro desconocido que le resultaba tan familiar. Fuera, el clamor de la tormenta. Vértigo. Amarillo y verde. Los ojos del gato en medio de la hierba. La casa, la casa más antigua. Joaquín fumando apoyado en el pozo. En algún lugar, Luis estaba observando. Xiana lo sabía, y escuchaba la voz de Lucas a lo lejos, repitiendo: «La pregunta adecuada a la persona adecuada».

Viento, flores amarillas, vértigo, la risa de los niños y el lamento al final del pasillo. Lo estaba esperando.

—¡Nicolás! —gritó Xiana.

—No estoy loco —respondió él.

Cuando levantó la cabeza, el pasillo se llenó de luz. Xiana fue capaz de distinguir en su rostro al hombre del espejo.

—Dame la mano, niña de cristal, para el camino.

Nicolás extendía su mano y Xiana no dudó en cogérsela. Vértigo, viento. Y en el ataúd una mujer joven, ya sin vida, triste.

—¿Quién es? —preguntó Xiana.

—Ella es mi fantasma.

—¿Cómo se llama?

—No importa su nombre. Ella es mi fantasma. El tuyo soy yo.

El hombre le cogió la mano y la acercó al ataúd. Cuando Xiana sintió en sus dedos la piel de la mujer se dio cuenta de que nunca antes había tocado nada tan frío. Tuvo miedo. Quiso despertar. Se despertó de madrugada empapada en sudor. El corazón le latía a gran velocidad y su mente estaba confusa, mezclando realidad con fantasía. Esos sueños iban a acabar por volverla loca. Respiró profundamente varias veces, intentó tranquilizarse y se giró en la cama para seguir durmiendo, pero no fue capaz. No podía sacarse de la cabeza la sensación del frío en las manos que le había provocado el tacto de aquel cuerpo inerte. Se incorporó en la cama y encendió la luz para respirar hondo unas cuantas veces más.

Entonces, se escucharon los pasos de alguien que caminaba a toda prisa por el pasillo. Xiana abrió un poco la puerta de su cuarto y asomó la cabeza.

—¿María? —se atrevió a preguntar.

No hubo respuesta y tampoco parecía que hubiese alguien allí. Se escuchó un golpe en el tejado y Xiana cerró la puerta de golpe para volver a la cama. Cogió su bolso, que estaba tirado en el suelo junto a la mesilla de noche, y sacó el reproductor de música que siempre llevaba dentro. Deseó con todas sus fuerzas que tuviese batería suficiente. Así era. Se puso los auriculares, subió el volumen y se tumbó en la cama acompañada por una canción de *Coldplay* que la ayudaría a quedarse dormida.

CAPÍTULO 35

Cuando la vio entrar, María la miró preocupada.

—Tienes mala cara —le dijo—. ¿No has dormido bien?

—Más o menos. He pasado la mitad de la noche despierta por culpa de unos ruidos en el desván.

—¿Unos ruidos? ¿Qué ruidos?

—Eran como golpes. No estoy segura.

—Bueno, es una casa vieja. Normal que la madera se queje de vez en cuando —explicó María.

—Puede. Pero se escuchaban perfectamente. Eran bastante fuertes.

—Qué raro, yo no oí nada. Aunque de noche los ruidos siempre parecen mayores. Es posible que se haya colado algún bicho en el desván. Luego iré a comprobarlo, no te preocupes.

Xiana asintió. Estaba ya convencida de que se había comportado como una niña asustada cuando, en realidad, no había nada que temer. Miró el reloj y vio que faltaba poco para que apareciese Pablo a tomar el café.

—Será mejor que me vaya —se disculpó. Pero María la detuvo:

—Hoy no va a venir.

—¿No?

—Ya no habrá más cartas.

—¿Por qué?

—Se acabó.

—Pero...

—No me apetece hablar del tema.

—Pues a mí sí —se impuso Xiana—. Lo siento pero no puedes pasarte el resto de tu vida lamentándote. El papel de víctima es el camino fácil, el atajo.

—No tienes derecho a juzgarme de esa forma.

—No te estoy juzgando, María. Te estoy aconsejando.

—No necesito tus consejos, gracias.

—Como quieras. De todas formas, las cartas están todavía en mi cuarto, por si las quieres usar para algo.

—Te dije que te deshicieses de ellas.

—No puedo hacer eso, lo siento.

Xiana se sirvió una taza de café mientras su prima, pensativa, bebía el suyo. Cuando se sentó a la mesa, María levantó la vista y le preguntó:

—¿Las has leído?

—No.

—¿Crees que debo dejar que él las lea?

—Por lo menos saldrás de dudas. A estas alturas, no tienes nada que perder.

—No estaría bien.

—¿Por qué no?

—Pues porque... —empezó a decir María, pero se calló y bebió otro trago de café antes de continuar—. ¿Me harías un favor, Xiana?

—Claro. Dime.

—Dáselas tú.

—¿Cómo?

—Que se las lleves, hoy. A las doce terminará el reparto y volverá a casa. Dáselas y dile que las lea.

—¿Estás segura?

—No, pero...

—De acuerdo. Se las llevaré.

CAPÍTULO XXXVI

3 de mayo de 1999

Mi querido Pablo,

Ya he perdido la cuenta de las cartas que he escrito y que nunca llegarás a leer. Seguramente, en la mayor parte de ellas insisto en las mismas ideas y no sé por qué tengo que continuar escribiéndolas, por qué no puedo limitarme a copiar siempre la misma. O, simplemente, por qué no me rindo ante la evidencia de que nada de esto tiene sentido.

Sé lo que has sufrido con Rosalía como también sé que, a tu manera, la has amado. ¿Por qué sino te habrías casado con ella? Yo no tengo derecho a interponerme en ese matrimonio, aunque esté muerto ya, porque no fui capaz de hablar cuando tenía que haberlo hecho, cuando todavía, o también, me amabas a mí.

¿Cuántas veces más tendré que escribir que te quiero para aliviar mis remordimientos, para liberarme de esta carga? Te rechacé, lo sé. No he podido olvidar ese día porque el dolor se me clavó en el pecho para no marcharse más. Nunca te lo he dicho, pero yo te quería entonces y te quiero todavía, más que a nada en este mundo. No fui yo, sino el miedo, quien te rechazó.

Estaba asustada, tenía miedo de la reacción del abuelo. Él no me dejaría casarme, no era mi destino. Y Rosalía estaba convencida de que acabarías casándote con ella. ¿Qué derecho tenía yo a interponerme en la vida de nadie? Yo, que siempre he vivido de prestado, ¿por qué podría optar a otra cosa? Sé que sólo me falló el valor. Pero ya pagué por ello. Pago cada día mientras escribo estas palabras que nunca leerás, mientras suspiro esperando a que me traigas las cartas que esconden mi dolor, mientras me cuentas tus problemas y lloro por dentro sin que tú lo sepas. Tú nunca sabrás, y yo me quedaré sola, encadenada.

Al fin y al cabo, estas cartas son la única excusa que tengo para que acudas cada día a mi lado. Lo siento. Sé que es mezquino. Quizás ya me he ganado el infierno. Pero no me importa. Mi vida nunca me ha pertenecido, qué más da lo que dispongan para mí después.

Te quiere con toda su alma,

María

CAPÍTULO 37

C uando sus ojos llegaron al espejo lo vio de nuevo, reflejado, en medio del clamor de la tormenta. Mientras, Joaquín fumaba en el pozo y Luis observaba escondido en algún lugar. Los golpes aumentaban a medida que Xiana se acercaba al desván. Abrió la puerta, temblaba. No se escucharon los chirridos de las bisagras porque su corazón latía con demasiada fuerza y, a lo lejos, un profundo lamento inundaba el aire. El gato de Lucas se relamía la pata derecha sobre el viejo baúl donde había encontrado los documentos. En un espejo roto, brillaba la cara del hombre.

—Nicolás —lo llamó ella.

—Dame la mano, niña de cristal, para el camino.

—¿Eres tú? ¿Eres Nicolás?

—Soy quien tú quieras. No tengo nombre, ya no existo.

Xiana se despertó a causa de un golpe que había sonado en el desván. No estaba completamente segura de que hubiese ocurrido, tal vez se tratase de un eco de su propio sueño, pero no tardó en escuchar los pasos, a toda prisa, al otro lado de la puerta de su cuarto.

Xiana cogió aire y se levantó de la cama decidida a descubrir el misterio de una vez por todas. Salió al pasillo pero, tal y como esperaba, no encontró a nadie. Entonces oyó un nuevo golpe, esta vez en la sala de estar, así que acudió hasta allí abriendo la puerta despacio. Dentro tampoco había nadie. Eso sí, la mecedora se movía sola y, aunque no vio más rostro que el suyo reflejado en el espejo, por un instante Xiana sintió como si una mano helada le acariciase la mejilla. Regresó a su cuarto corriendo y se vistió a toda prisa. Tenía que solucionarlo.

Cuando Luis regresó a la consulta tras su habitual paseo matutino, ella le esperaba en la puerta con cara de preocupación. El médico la miró frunciendo las cejas:

—¿Qué ocurre?

—¿Tienes un momento?

—Claro. Pasa.

Era temprano y Luis no comenzaría a recibir pacientes hasta media hora más tarde, por lo que pudo colarla en su consulta y la escuchó un buen rato sin decir palabra.

—Creo que me estoy volviendo loca, Luis. Esta historia de Nicolás me está afectando demasiado y ya no soy capaz de distinguir los sueños de la realidad.

—Puede que no haya distinción —le dijo él por fin.

—¿Cómo?

—El caso es que, si tus sueños te impresionan tanto como dices y llevas varios días sin descansar, es muy posible que tu imaginación te esté jugando malas pasadas.

—Sí, de eso estoy segura. Por eso he venido.

—Tal vez te hayas obsesionado demasiado con Nicolás.

—Pero, ¿podrás ayudarme?

—Bueno, soy médico, pero no psicólogo.

—Ya. Es decir, que estoy loca.

—No —rió Luis—. No estás loca. Si quieres, puedo darte pastillas para dormir, aunque no me gustan en exceso. Pero creo que lo que deberías hacer es tomarte todo esto con más calma. Distraerte un poco... Tal vez... El otro día dejamos pendiente ir a tomar algo, ¿verdad?

—Podríamos ir esta noche, si te apetece.

—Sí... Sí, claro. Así te despejas.

—De acuerdo. ¿Me paso por aquí?

—Ya voy yo a tu casa a buscarte. Sobre las ocho —sonrió el médico.

CAPÍTULO 38

X iana no se concentraba en la lectura. Había optado por una de las biografías que adornaban los estantes de la sala de estar con la idea de distraer la cabeza durante un rato. Había escogido la de *Gandhi*, pero le estaba resultando tediosa y no conseguía leer más de una página seguida sin que sus pensamientos se alejasen del libro. Las imágenes de sus sueños acudían a su cabeza una y otra vez, y cada pequeño ruido que se escuchaba en la casa ponía sus sentidos en guardia. Finalmente, dejó el libro sobre la mesilla de noche y encendió un cigarro.

—Hola —le dijo María desde el pasillo.

—¿Ya has vuelto? Oye, una cosa: ¿has cogido tú las cartas? Cuando he vuelto no estaban en la bolsa.

—Sí, las he cogido... Se las he llevado.

—¿A Pablo?

María asintió con la cabeza y se apoyó en el marco de la puerta.

—Bueno, ¿y? ¿Qué ha pasado?

—No sé si recuerdas que hoy iba al teatro, a Santiago —dijo María dejando claro que no pensaba responder.

—¿Era hoy?

—Sí, ¿por qué? ¿Hay algún problema?

—No, no —dijo Xiana—. Ve tranquila.

—Vale. Me voy a arreglar.

—María.

—¿Qué?

—¿Vas a ir sola? Al teatro.

—No, ya no —sonrió María antes de meterse en su cuarto.

Xiana se sentía satisfecha. Al menos su maldita manía de entrometerse en los asuntos ajenos había resultado positiva por una vez. Aunque se había olvidado de que tendría que quedarse al

cuidado de Amalia esa noche, no podría quedar con Luis. Pensó en llamarlo para posponer la cita, pero luego decidió que no. Prefería esperar a que apareciese para contárselo. No tenía ganas de pasar la noche sola.

Xiana dio otra calada y dejó que el humo ocupase sus pulmones unos segundos. Pensaba en Luis. Ya se había dado cuenta, que no era tan tonta como para no hacerlo por mucho que le dijese siempre su amiga Celia, que el médico se sentía atraído por ella. Lo notaba en la forma que tenía de mirarla, en el tartamudeo de su voz cuando sus ojos se cruzaban. Luis era un hombre peculiar que despertaba en Xiana cierta ternura, aunque no era como Joaquín. Joaquín le resultaba misterioso, y a Xiana siempre la había perdido la curiosidad. En medio de estos pensamientos la sorprendió una idea: *«¿Qué pasa con Brais?»*. Tal y como estaban las cosas, ya no se atrevía a asegurar que siguiesen siendo pareja. Dudaba mucho que Brais fuese a perdonarle un desplante como el que le había hecho, y no estaba segura de que le importase, como tampoco estaba segura de seguir queriéndolo. ¿Lo había querido alguna vez? En ocasiones pensaba que nunca se había tratado de amor, sino de fascinación, de seguridad. Brais era un ser racional, el encargado de ponerle los pies en la tierra, el que le proporcionaba calor y un hogar pero, ¿eso era amor? Sin embargo, lo echaba de menos. Por primera vez desde que había huido de casa, sentía deseos de escuchar su voz.

Brais no tardó mucho en descolgar el teléfono y Xiana le habló con suavidad:

—Hola.

—...

—¿No vas a decir nada?

—¿Qué quieres que te diga?

—¿Estás enfadado?

—¿Te estás riendo de mí?

—Lo siento, de verdad.

—¿Dónde demonios estás, Xiana?

—En el pueblo de mi padre.

—¿Y qué haces ahí?

—Intento descubrir... descubrir quién soy.

—¿Descubrir quién eres? ¿Para eso te has tenido que ir?

—Lo siento mucho.

—Ya.

—No se lo cuentes a mi madre, por favor.

—Claro.

—¿Podrás perdonarme alguna vez?

—No lo sé.

—Lo siento mucho. Adiós.

—¡No! ¡Xiana, espera!

—Dime.

—Te quiero —murmuró él.

—Y yo... yo siento mucho hacerte pasar por esto, Brais.

Xiana colgó el teléfono con los ojos llorosos, se secó las lágrimas y lo descolgó de nuevo. Tenía que llamar a Luis, quería pedirle disculpas y explicarle que había olvidado el acuerdo con María.

—Lo dejamos para otro día, ¿vale?

—Si quieres —insistió él—, puedo pasarme por tu casa y nos tomamos algo ahí.

—No, mejor que no. La verdad es que estoy bastante cansada y querría acostarme temprano, a ver si logro dormir mejor.

—Está bien. Prueba a tomarte una tila antes de irte a la cama.

—De acuerdo, gracias.

—Descansa.

Ya por la noche, después de hacer *zapping* un rato ante el televisor, fue hasta el cuarto de Amalia para echarle un vistazo antes de acostarse. La mujer dormía profundamente y el silencio reinaba en toda la casa, aunque con especial intensidad en aquella habitación. Xiana decidió disfrutar un rato de la paz que se respiraba allí. Se sentó en la silla junto a la cama y cerró los ojos hasta que, poco a poco, se fue quedando dormida. Aquella noche no tuvo pesadillas ni sueños extraños. Simplemente descansó.

CAPÍTULO 39

S e despertó temprano a causa de un dolor agudo en la espalda. Jamás se habría pensado capaz de dormir una noche entera en una silla, pero lo había hecho. Se levantó para estirar las piernas y abrir las contraventanas. Amalia ya estaba despierta y observaba a su nieta desde la penumbra y con los ojos llenos de dulzura.

—Buenos días, abuela —le dijo Xiana—. ¿Quieres desayunar?

En ese momento, María se asomó por la puerta, todavía vestida con su pijama y exclamó al descubrir a Xiana allí dentro:

—¡Vaya! Veo que te has tomado demasiado en serio tu tarea.

—Anoche me quedé dormida aquí sin darme cuenta. Estoy agotada.

—Normal que lo estés. Anda, ve a darte una ducha que ya preparo yo el desayuno.

—De acuerdo. Por cierto, ¿qué tal en el teatro?

—Genial. Muchas gracias —sonrió María saliendo al pasillo.

Xiana recogió su chaqueta, que debía de haberle caído al suelo durante la noche y le dio un beso a Amalia en la frente.

—Ahora te traerá María el desayuno, ¿vale?

—Las cartas...

—Sí, Amalia, las cartas... —murmuró. Estaba cansada del mismo juego.

—Las cartas de Nicolás.

—¿Qué pasa con las cartas?

—Búscalas.

—¿Dónde están?

—Escondidas, para que no las encuentre.

—¿Que no las encuentre quién?

—Mi marido, no puede saberlo. Cógelas.

—No puedo cogerlas si no me dices dónde están, abuela.

—Escondidas.

—¿Dónde?

—Ya está aquí el desayuno —exclamó María, que entraba con una bandeja en las manos—. Pero, ¿todavía no te has ido a la ducha, mujer?

—No —respondió Xiana—. Parece que Amalia ha amanecido algo alterada.

—No te preocupes, ya me encargo yo. A ver, abuela, ¿qué te pasa hoy?

Xiana decidió tomarse un baño relajante y calentito, en silencio... Estaba cansada, le dolía todo el cuerpo, pero por primera vez en bastantes días no había tenido pesadillas y sentía la cabeza despejada y libre. Sumergió la cabeza debajo del agua y permaneció así un rato, escuchando solamente el latido de su corazón. Cuando salió a la superficie recordó la conversación que había mantenido con Brais la tarde anterior. ¿Por qué tenía que haberle dicho dónde se encontraba? ¿Qué ocurriría si Brais se presentase en el pueblo para pedirle que volviese a casa? Intentó imaginarse la situación, las explicaciones que tendría que dar, la vuelta a la rutina. No le apetecía en absoluto. Entonces, ¿por qué se lo había contado a Brais? ¿Remordimientos? En parte. Pero, sobre todo, porque en el fondo lo que ella deseaba era que Brais fuese a buscarla. Pero Brais nunca haría tal cosa. Su novio, si es que todavía podía llamarle así, era de los que nunca hacía nada si no estaba seguro de antemano de que lo obtendría. Ése era el gran problema de su relación: ella lo enfadaba a él y él le pisoteaba el orgullo a ella para que volviese mendigando una muestra de afecto. Pero eso no era amor.

Xiana se observaba en el espejo mientas se peinaba. Realmente tenía cara de cansada, como si llevase días sin dormir. Respiró con fuerza, intentando recuperar dentro de sí parte de la paz que había encontrado durante la noche en el cuarto de Amalia.

—Tienes una llamada —dijo María llamando a la puerta del baño—, en el teléfono de abajo.

—Voy.

Pensó que sería Luis. Deseó que fuese Joaquín. Necesitaba que alguien animase un poco su ego aquella mañana. Xiana siempre se equivocaba en las formas. Bajó las escaleras de prisa con el pelo

húmedo envuelto en una toalla y cogió el auricular del aparato, que reposaba sobre la consola del recibidor.

—Diga —contestó. Deseaba realmente escuchar la voz de Joaquín al otro lado.

—¡Xiana! ¿Puede saberse qué estás haciendo ahí?

—Vaya, Brais ya te lo ha contado. Le ha faltado tiempo...

—¿Te parece bonito? Después de todo lo que nos ha hecho esa familia y tú...

—Mamá, por favor, no me montes una escena por teléfono.

—¿Y qué pretendes que haga? Esto no me lo esperaba de ti.

—Lo siento.

—¿Y con eso ya crees que lo arreglas todo? Haz el favor de volver a casa ahora mismo.

—No.

—¿Cómo dices?

—Que no voy a volver, mamá.

—Pero... ¿Cómo puedes hablarme así? ¿Tú te das cuenta del daño que me estás haciendo?

—Ya te he dicho que lo siento.

—¿Y ya está? Xiana, escúchame bien, quiero que...

—¡No! Escúchame tú: la verdad es que no lo siento —le gritó a su madre sin acabar de creerse que tales palabras estuviesen saliendo de su boca—. Estoy aquí porque me da la gana y no tengo que daros ninguna explicación.

—¡A mí no me levantes la voz!

—Mira, mamá, no tengo ganas de discutir ahora. Ya te llamo yo otro día.

—Xiana, me estás agotando la paciencia. ¡Haz el favor de volver a casa!

—¿Para qué?

—¿Cómo que para qué?

—Sí, ¿para qué quieres que vuelva?

—Pero... ¿qué tonterías dices?

—De verdad, mamá, no tengo ganas de hablar ahora. Ya te llamaré.

Y le colgó el teléfono sin más miramientos.

—¿Todo bien? —preguntó María desde la cocina.

—Sí —sonrió Xiana—. Lo cierto es que sí.

CAPÍTULO 40

A mediados del mes de julio aquel día era el primero del verano que hacía honor a tal estación. El sol dominaba sobre un cielo absolutamente azul. Quemaba. Y el aire estaba tan tranquilo que no se movía ni una hoja. Tan sólo se escuchaba el canto monótono de las cigarras de fondo. Era uno de esos días en los que lo único que apetece es sentarse bajo un árbol y descansar. Por suerte para Xiana, ella podía permitirse hacerlo y lo hizo. Apoyando la cabeza en el tronco de un roble, a orillas de un campo junto a la casa de Joaquín, se encendió un cigarro y lo fumó con calma. El camión estaba aparcado en la calle y ella sintió ganas de hablar con él pero no logró reunir el valor para moverse. No deseaba pensar en nada. Quería desvanecerse con el humo que salía de sus pulmones, convertirse en nada. Tal vez lo logró después de un buen rato porque cuando Joaquín salió de su casa no la vio y pudo observarlo desde su falso escondite. Él encendió también un cigarro, sin prisa, tras levantar la cabeza para mirar al cielo. Xiana echó mano de la cámara, que reposaba en el suelo junto a ella, y aprovechó la ocasión para sacarle una foto. El ruido del disparador la delató.

—Ya es la segunda vez que me pillas desprevenido.

—¿Por qué te molesta tanto que te saquen fotografías?

—No me molesta eso. Lo que me molesta es que intentes robarme el alma.

—Pensaba que no lo creías posible.

—Bueno, ya sabes lo que dicen: *«haberlas, hailas»*.

—Te prometo que si te robo el alma por accidente, te la devuelvo.

—Puede que, una vez robada, ya no puedas devolverla.

Joaquín dio unos pasos hacia ella y se sentó a su lado. Xiana levantó de nuevo la cámara para sacarle otra foto. Él fingió no darle importancia.

—¿Desde cuándo eres fotógrafa?

—¿Profesional?

—No, eso es otra cosa. Eso es que te paguen por ser fotógrafa.

—Entonces yo debo de ser fotógrafa desde los trece años, que fue cuando me regalaron mi primera cámara.

—¿Era ésta?

—No, ésta fue a los dieciocho. Cuando se convencieron de que me había enganchado a la fotografía.

—¿Y por qué te enganchaste?

—No lo sé.

—¿No lo sabes?

—Puede que... Tal vez porque mirar el mundo a través del objetivo me hace sentir... No sé cómo explicarlo.

—¿Poderosa?

—Distante.

—¿Distante? ¿De qué?

—No lo sé. Creo que me atrae la idea de escoger un instante y hacerlo eterno.

—Lamento decirte que eso no es más que una ilusión, una fantasía. Nada es eterno.

—Claro. Y tampoco se puede robar el alma de nadie con un simple *«clic»*.

—Tampoco.

—Entonces, ¿por qué te pones tan tenso cuando te saco fotos?

—Por si acaso —dijo Joaquín, que miró a Xiana a los ojos.

Ella se perdió en el verde tierra de su mirada. Un momento, un instante, antes de que él se levantase para regresar de nuevo a su casa, como si Xiana ya no estuviese allí.

CAPÍTULO XLI

Querida Isabel,

Hoy lo he sabido todo gracias a Amalia, a mi bendita hermana que se ha convertido en mis manos, en mis ojos, en mis oídos; que me proporciona alas en esta celda para que pueda recordar que todavía queda un mundo ahí fuera; para que mis palabras puedan salir de estas cuatro paredes y llegar hasta ti. Pese al miedo que leo en sus ojos y que sé reconocer porque yo también lo he sufrido, ella me acompaña cada noche, me ayuda a soportar esta injusta condena. Hoy me lo ha contado todo. Me duelen los ojos de tanto llorar, me duele el aire en los pulmones. Las dudas me consumen.

Mi amor, no puedo soportar más tiempo aquí encerrado ahora que sé que tú esperas un hijo. Me muero de angustia si pienso que ese hijo puede ser suyo. Dime que no lo es, dime que todavía eres parte de mí y que nosotros dos seremos uno en tu interior.

No encuentro tranquilidad. Las dudas, el miedo... No sé cómo asimilar la noticia. Ya no hay sosiego para mí. ¿Esperas un hijo mío? ¿Esperas un hijo suyo? Las imágenes me atormentan el alma porque de pronto he entendido que eras suya, que él ha tenido que tocarte, rodearte con sus brazos. Después de todo, ahora él es tu esposo. No te culpo ni te reprocho nada. ¿Qué derecho tengo a hacerlo? Pero me consumen los celos al pensar que ya no estoy en ti. Dime que no es cierto. Cuéntame que ahora late mi sangre en tus entrañas y que, aunque yo haya de morir en esta oscuridad, tú y yo estaremos juntos para siempre.

Respóndeme, Isabel, te lo ruego. Miénteme si es necesario. Porque hasta el día de hoy, no conocía hasta donde puede alcanzarnos el dolor. Porque hasta el día de hoy, no comprendía cuánto pueden pesar cuatro paredes. Miénteme, háblame. Dime que él nunca te tocó. Dime que todavía eres mía como yo soy tuyo. Para siempre.

CAPÍTULO 42

En un laberinto

S e despertó confusa. A Xiana nunca le había gustado dormir durante el día, pero sentía el cuerpo tan cansado que no había podido resistir la tentación. Tras la siesta, en cambio, se encontraba peor: le dolía la cabeza, estaba de mal humor y tenía el estómago revuelto. Encendió un cigarro, abrió las ventanas para despejar el olor a humo y se sentó en la cama justo antes de escuchar un fuerte golpe en el desván.

—¡Ya está bien! —gritó molesta.

Apagó el cigarro en el cenicero y salió de su cuarto en dirección al piso superior. Dejándose llevar por el enfado, subió las escaleras para comprobar que, en el desván, todo parecía en orden. De algún modo, esto la decepcionó. ¿Qué esperaba encontrarse? Tal vez al gato de Lucas y, por qué no, el rostro de Nicolás en el reflejo. Pero no había rastro de ellos.

Se acercó hasta el antiguo espejo del rincón. El marco tenía unas hermosas tallas en forma de espiral que parecían hechas a mano. Seguro que se trataba de un mueble antiquísimo, podría valer una fortuna si María se decidiese a venderlo. Aunque, conociendo como empezaba a conocer a su prima, sospechaba que no se desharía de aquellos trastos por nada del mundo. *«Y quizá sea lo mejor. Sólo es dinero y todo esto debe permanecer aquí por motivos más importantes»*. Se sorprendió ante su propio pensamiento. Era el mismo que, unos días antes, la había obligado a guardar el reloj de su abuelo en el baúl. *«Por un motivo más importante»*. ¿Qué motivo? Lo desconocía y, al mismo tiempo, de manera más intuitiva que racional, sabía de qué se trataba.

Tuvo ganas de echarle otro vistazo al reloj y recordó que también tendría que devolver los documentos a su sitio. Abrió el baúl. El reloj permanecía en la misma posición en la que ella lo había dejado. Junto a él, un montón de fotos descoloridas. Le llamó la atención entre ellas una pequeña caja amarilla, desgastada,

donde se podía leer: *«puros habanos El Laberinto»*. La cogió con cuidado y la abrió. En su interior también había fotografías viejas, algunas demasiado, pero otras le resultaban más familiares: las de su padre, cuando era joven. Xiana tragó saliva. Acababa de darse cuenta de que su padre siempre había sido joven en su memoria. Había también algunas fotografías de la boda de sus padres. Las conocía bien. En ellas también aparecía Amalia, muchos años antes, y el abuelo. Observó su rostro serio, mal encarado. *«¿Por qué no habrá fotos suyas en la casa?»*. Se dio cuenta entonces de que en la casa no había fotos de nadie. Tal vez los recuerdos de la familia eran demasiado dolorosos como para no esconderlos en un rincón donde nadie miraba ya nunca.

Encontrar la foto de su propio bautizo la hizo sonreír. También ella formaba parte de aquel batiburrillo de nostalgias. Vio después una imagen de Amalia cuando era joven. Le pareció muy hermosa y trató de buscar algún parecido con su propio rostro. *«Puede que un poco»*, se dijo. En los ojos, en la expresión. De pronto necesitaba creer que se asemejaba a su abuela, aunque ella sabía que a quien se había parecido siempre era a él. Su madre se lo decía siempre cuando era niña: *«Igualita a su padre»*, y luego se echaba a llorar. Siguió mirando fotos y encontró otras de su tía y su padre, de familiares que le parecían conocidos, pero también otras tantas de personas que no le decían nada. Cuanto más antiguas eran las fotos, menos rostros lograba identificar. ¿Quién sería aquella niña de la trenza? ¿Y el caballero con bigote? ¿Y el... Xiana sintió cómo el corazón se le detenía. La caja se cayó al suelo y todas las fotos, excepto la que sujetaba en las manos, se esparcieron a sus pies. Los pensamientos empezaron a fluir demasiado rápido en su mente. Escuchaba ruidos en todos los rincones de la casa, alguien corría por el pasillo y ella tenía miedo. En su cabeza, resonaba aquella voz: *«Llámame como quieras. Yo soy tu fantasma»*. ¡Era él! En una fotografía de estudio, de las de principios de siglo, de pie, sonriendo junto a una columna en la que apoyaba la mano derecha. Un traje de sastre, su luminosa mirada verde camuflada tras el blanco y negro, sepia en realidad, el cabello moreno y alborotado. Aunque en la imagen estaba correctamente vestido y peinado, aunque en la imagen parecía un hombre más joven y todavía feliz, no quedaba duda. Era él, el hombre de sus sueños, el hombre del espejo. Era Nicolás. Los nervios la traicionaron. Xiana rompió a llorar como una niña pequeña y, de pronto, se hizo el silencio.

CAPÍTULO 43

L uis esperaba al lado del pozo. Para cuando Xiana llegó, era tarde. Joaquín lo había empujado al vacío y no sabía cómo salvarlo. Luis se ahogaba, y en la garganta de Xiana se deshizo un grito. Joaquín sostenía la cámara de fotos con una gran sonrisa en el rostro. Al primer flash, él desapareció y Xiana sintió una mano que se posaba en su hombro.

—¿Eres tú? —preguntó ella—. Ayúdame, Luis se está ahogando.

—No podemos ayudarle —respondió Nicolás.

—Pero tenemos que sacarlo de ahí.

—No se puede luchar contra el destino.

—¡Va a morir si no lo ayudamos!

—Ven conmigo —pidió Nicolás mientras extendía la mano que Xiana aceptó, olvidándose de Luis.

Vértigo. Verde y amarillo. Flores en el aire y el gato de Lucas. Viento. En el ataúd, la mujer todavía era hermosa, pese a su palidez, a su frialdad.

—¿Cómo se llama? —preguntó Xiana.

—Ya no tiene nombre.

Xiana se acercó y, al tocarla, al sentir en sus dedos el intenso frío del cuerpo inerte, desapareció. Ahora ella ocupaba el interior del ataúd. A su alrededor todo era blanco, estaba rodeada de telas y de luz.

—¿Qué ocurre? ¿Dónde estoy? —gritó asustada.

—Ahora tú también eres un fantasma, mi fantasma.

Nicolás estaba fuera, Xiana lo escuchaba respirar, olía su piel. Aquel hombre había dejado ya de ser un extraño para convertirse en parte de sí misma.

—¿Dónde están las cartas, Nicolás?

—¿Qué cartas?

—Las tuyas.

—No lo sé.

—Tengo que encontrarlas.

—Encuéntralas.

—Pero, ¿cómo? No sé dónde están.

—Busca mejor.

La luz se hacía poco a poco más intensa. Xiana tenía frío. Se abrió una puerta a los pies del ataúd y distinguió tras ella el rostro del hombre, sonriendo como sólo pueden hacerlo aquellos que ya están de regreso.

—¿Qué hay en esas cartas?

—Mi alma —respondió él.

—¿Dónde estamos?

—En un lugar que ya no existe.

Vértigo. En el jardín el gato de Lucas perseguía mariposas y los niños jugaban cerca del pozo. Uno de ellos llevaba la cámara de Xiana.

—¡Joaquín! —le gritó ella.

Los chiquillos se pararon y la miraron fijamente. Podían verla, y ella se acercó. Los ojos de aquel niño eran oscuros, no se trataba de Joaquín, ni el otro era Luis.

—¿Quiénes son?

—Ellos ya no son —respondió Nicolás.

En el interior del pozo se escuchó la voz de Lucas en medio de una sonora carcajada. Mientras, de las paredes de la casa resbalaban gotas de sangre.

—Nicolás, tengo miedo —murmuró Xiana a punto de echarse a llorar.

Ella también se había convertido en una niña y el mundo le parecía enorme, hostil, terrorífico, como cuando era pequeña. Se sentía sola y asustada.

—Yo también tengo miedo, niña bonita, mi niña de cristal. Préstame tu mano, para el camino.

Xiana corrió hasta él y lo abrazó con fuerza. También estaba frío, pero no le importaba. El viento sopló con fuerza y los arrastró juntos a un oscuro precipicio. Caían en el interior del pozo.

Se despertó de golpe en su cuarto. Estaba destapada y tenía mucho frío. Fuera, empezaban a brillar los primeros rayos de sol.

CAPÍTULO 44

María se levantó para echar algo más de café en su taza y luego le dio la jarra a Xiana para que se sirviese también. Por la ventana, la luz intensa de la mañana prometía una jornada tan calurosa como la del día anterior.

—Cada día te levantas con peor cara —le dijo a Xiana.

—Sí, al final tendré que pedirle a Luis que me recete algo para dormir mejor.

—Yo tengo unas píldoras de valeriana que me ayudan bastante. Si quieres...

—Puedo probarlas. De todas formas...

—¿Sí?

—Toda esta historia... Tantos cambios en mi vida. Creo que son el problema. Tengo la cabeza algo aturullada.

—¿Cuál es el problema exactamente?

—¿A qué te refieres? —preguntó Xiana.

—¿De qué te escondes?

—No lo sé. Supongo que de todo en general: de mi madre, del trabajo, de mi novio...

—¿Por qué?

—¿Nunca has tenido la sensación de estar viviendo una vida que no te correspondía? —dijo Xiana, pero en seguida dedujo, por la mirada de su prima, que la pregunta resultaba inapropiada—. Sí, perdona. Vaya tontería acabo de decir.

—Bueno —sonrió María—, puede que, después de todo, tú y yo nos parezcamos más de lo que parece.

El timbre de la puerta interrumpió la conversación. Ambas intuían de quién podría tratarse a esa hora. Xiana se levantó con la intención de marcharse al piso de arriba, pero María la detuvo:

—No, mujer. No hace falta que te marches.

Pablo se veía inquieto aquella mañana, nervioso, y le lanzaba a cada poco miradas furtivas a María cargadas de significado que Xiana procuraba ignorar. Sentía ganas de decirle que no los juzgaba, pero se daba cuenta que, si lo hiciese, sólo lograría provocar una situación todavía más incómoda. Hay momentos en los que lo mejor que se puede hacer es fingir ignorancia.

—Por cierto —dijo María, que buscaba desesperadamente un tema de conversación para romper el silencio—, todavía no me has explicado con calma lo de los papeles del desván.

—¡Es verdad! —exclamó Xiana, agradecida al tener por fin algo diferente de lo que hablar.

—Cuéntanos.

—Pues, verás: ya sé quién hizo los dibujos de las contraventanas. Fue Nicolás.

—¿Del que habla siempre la abuela?

—Así es, su hermano.

—Sí, eso ya lo comentaste el otro día, pero que yo sepa no tuvo ningún hermano.

—Pues resulta que sí tuvo. Un hermano mayor.

—¿De qué habláis? —preguntó Pablo.

—Pues aquí mi prima, que nos ha salido detective —rió María.

—Sí, ahora ya tengo otra forma de ganarme la vida —Xiana siguió la broma y Pablo las miró sin terminar de comprender.

—Pero, ¿qué pasó con ese hermano? —quiso saber María—. ¿Por qué la abuela nunca hablaba de él?

—No tengo mucha más información por ahora. Lo bueno sería encontrar las cartas.

—¿Qué cartas?

Xiana se ruborizó. No podía creerse que se le hubiese escapado la palabra *«cartas»* delante de ellos, pero ni el cartero ni su prima parecieron darse por aludidos y ella pudo continuar el relato:

—Amalia me habló varias veces sobre las cartas de Nicolás.

—Bueno, Xiana —intervino Pablo—, no me lo tomes a mal pero, ¿de verdad crees que se le puede hacer mucho caso a Amalia?

—Pues, no sé... Algo de verdad tiene que haber en lo que dice,

¿no?

—Vale —claudicó María—. Supongamos que tienes razón, ¿qué hay en esas cartas?

—No lo sé —respondió Xiana mientras en su cabeza recordaba la voz de Nicolás hablándole en sueños: *«Mi alma»*.

—Pues no lo entiendo...

—El caso es que, al parecer, esas cartas están escondidas en algún lugar, supongo que en la casa.

—¿En la casa? ¿En esta casa? —preguntó María.

—Sí.

—Imposible. Si estuviesen aquí, ¿no crees que las habría encontrado hace tiempo?

—Bueno, tampoco sabías nada de los documentos del desván, ¿verdad?

—No, tienes razón. ¿Has mirado en el desván?

—Sí —respondió Xiana sintiendo un escalofrío en la espalda al recordar su última visita al piso más alto de la casa.

—Pues entre las cosas de Amalia... Puedo echar un vistazo, aunque supongo que ya las habría visto si estuviesen allí.

—Seguro. Pero, si no es mucha molestia, ¿podrías revisarlo?

—Claro. Ya empiezo a estar intrigada yo también con toda esta historia. Jamás pensé que la abuela hubiese tenido un hermano. ¿Por qué no me lo contaría?

CAPÍTULO XLV

Estimado señor,

Le escribo estas líneas con el fin de solicitar su ayuda en la posición tan desesperada en la que me encuentro. Ya sé que usted no sabe nada de mí, pero le diré que soy un íntimo amigo de su ahijado Pedro Carreiro, con el que tuve la suerte de coincidir en una época pasada a bordo del vapor francés «Le Sort». Tras procurar en diversas ocasiones ponerme en contacto con el ya citado Pedro y estando yo preocupado por su silencio a mis misivas, ya que no es propio de él abandonar a un amigo, y teniendo en cuenta mi situación, no siendo yo libre para moverme en su busca, me he visto en la obligación de recurrir a usted.

Me preocupa que algo le haya podido ocurrir a mi estimado amigo y prefiero pensar que se encuentra fuera de su domicilio por circunstancias para mí desconocidas. Esperando que la causa sea esta última, pues es mucho el aprecio que siento por su ahijado, le envío mis humildes palabras ya no sólo con el fin de solicitar su ayuda, sino también de tener noticias de Pedro.

Si está usted en disposición de ponerse en contacto con él, no dude en llevarle las palabras de éste su camarada, Nicolás.

Por otro lado, con respecto a la ayuda que necesitaría que usted fuese tan amable de brindarme, atendiendo a la generosidad de espíritu de la que siempre he escuchado hablar sobre usted entre los que tienen la suerte de conocerle, sé que podrá mostrarla de nuevo en cuanto le explique la injusticia que para con mi persona se está cometiendo:

En primer lugar, quisiera explicarle que, tras el tiempo que pasé embarcado en el vapor arriba mencionado y habiendo ahorrado, a costa de mucho sudor y trabajo, una pequeña cantidad de dinero, decidí hace casi dos años regresar a mi tierra natal. En ese pueblo, donde me encuentro ahora recluido, vine a montar un pequeño negocio con la idea de establecerme y comenzar una nueva vida, mas mis deseos se vieron contrariados.

Tal vez sea escueta la descripción que hago de sus motivos y puede que la avaricia sea el centro de todos los problemas, pero no quiero malgastar su tiempo con pequeños detalles. Baste saber que, ya en el pueblo, tuve la desafortunada idea de enamorarme de la mujer

equivocada. Fue el que ahora es esposo de ella quien me empujó directamente a la situación en la que ahora me encuentro, aunque no se trata del único ni el peor de los enemigos que me rodean, pero sin duda es el más poderoso para acabar conmigo y también el que usted podrá combatir en nombre de la justicia.

Le hablo de su colega el Doctor Víctor López-Castro, del que seguro ha escuchado hablar a causa de su fama ya que, además de la residencia que posee en este pequeño pueblo, habita la mayor parte del año en la ciudad de Santiago de Compostela, donde ejerce una cátedra. Como bien supongo, teniendo en cuenta estos datos, que usted conoce bien al hombre que cito, no malinterprete lo que le escribo, pues lo hago sin ánimo de desacreditar su autoridad, pero me atrevo a decir que el juicio pronunciado por su colega dista bastante de poder considerarse objetivo atendiendo a los hechos.

Así que éste es el motivo real de mi carta ya que, confiando en su buena voluntad, espero pueda ofrecer un segundo diagnóstico sobre mi condición mental no influenciada por las circunstancias y que, estoy seguro, me devolverá la libertad de la que hoy me veo privado.

CAPÍTULO 46

X iana dedujo que tenían visita al ver el sombrero colgado en la entrada. Su prima se lo confirmó:

—Don Benigno, que ha venido a ver a la abuela.

—¿A la abuela?

—Sí.

—¿Y eso?

—Tendría ganas de ver cómo se encuentra.

—¿Está arriba con ella? ¿Solo?

—Sí, me ha pedido que les dejase a solas, por si necesitaba ponerse en paz con Dios.

—Ya, claro. En paz con Dios.

Mientras María se excusaba para ir a preparar la cena, Xiana decidió ir al piso superior para descubrir a cuento de qué venía la visita del cura. Escuchando a través de la puerta no logró entender bien de qué hablaban, pero sí era capaz de distinguir los lamentos de su abuela. No sabía lo que le estaba diciendo el hombre, pero no la estaba tranquilizando precisamente, así que entró sin pensárselo dos veces. Benigno estaba sentado en la silla junto a la cama, pero la parte superior de su cuerpo estaba inclinada hacia adelante en lo que a Xiana le pareció una actitud amenazadora.

—¿Qué está haciendo?

—Ay, hija, ¡qué susto me has dado!

—Lo lamento —respondió ella intentando que se notase el tono sarcástico en su voz—. ¿Por qué llora Amalia? ¿Qué ocurre?

—No lo sé. Me puse a rezar junto a ella y se ha echado a llorar. Imagino que es su forma de confesarse.

—Ya —dijo tras dirigir una mirada censuradora al párroco—. Mejor será que la dejemos tranquila.

—Sí, sí, claro —respondió el cura caminando hacia la puerta,

pero se detuvo al ver que Xiana se quedaba junto a la cama de su abuela—. ¿Tú no vienes, hija?

—No, voy a intentar tranquilizarla.

—Como veas. Pero recuerda que, a veces, llorar es bueno para el alma.

El cura cerró la puerta al salir y Xiana se acercó a su abuela cogiéndola de la mano.

—¿Qué te ocurre, Amalia?

Los ojos de la mujer estaban cubiertos por las lágrimas y transmitían una expresión de terror, aunque parecía lúcida, lo suficiente como para reconocer a su nieta.

—Lo saben —dijo—. Lo saben.

—¿Quién? ¿Qué saben?

—Que las tenemos. Tienes que encontrarlas antes que ellos.

—¿Qué tengo que encontrar, abuela? ¿Las cartas?

—Las cartas de Nicolás.

—¿Dónde están?

—Búscalas.

Se escuchó un golpe en el cuarto contiguo, que era el de Xiana, pero no le prestó atención. Ya se había cansado de los ruidos misteriosos que sabía sólo eran producto de su imaginación.

—Búscalas, niña bonita, antes de que las encuentren ellos.

—Está bien, Amalia, las buscaré. Pero tienes que decirme dónde están escondidas.

—En el desván.

—¿En el desván?

—Cógelas.

—Claro. Pero ahora tienes que descansar, Amalia. No te preocupes, nadie sabe dónde están.

Xiana acarició el rostro de su abuela y no le soltó la mano hasta que no notó que empezaba a dormirse.

—Vaya —exclamó María entrando por la puerta— así que hoy la abuela tampoco cena.

—Eso parece —respondió Xiana en voz baja.

—¿Cenamos nosotras?

—Vale. ¿Ya se ha ido el cura?

—Sí, acaba de marcharse.

En el pasillo, cuando ya habían cerrado la puerta del cuarto de Amalia, María preguntó:

—¿Qué fue ese golpe que se escuchó antes?

—¿Tú también lo sentiste?

—Claro. Se sintió en toda la casa.

—Pues no estoy segura —dijo Xiana intentando restarle importancia, más por tranquilizarse a sí misma que a su prima—. Cualquier cosa se habrá caído.

CAPÍTULO 47

A Xiana le costó quedarse dormida. Pensaba en subir, pero tenía miedo de hacerlo ella sola en medio de la oscuridad. Pensaba también en el golpe que se había oído, en su propia habitación, según le había parecido. Además, la butaca de flores no se encontraba en su sitio cuando ella entró más tarde. ¿Y María? Ella también lo había escuchado. ¿Qué ocurría en esa casa? ¿Y las cartas? ¿Se trataban de un recuerdo borroso de Amalia o existirían de verdad? Escondidas en algún rincón del desván. De encontrarse allí, el desván era tan grande como el segundo piso de la casa entero, y estaba repleto de trastos. Sería como buscar una aguja en un pajar. Intentó repasar mentalmente todos los recovecos del tétrico lugar: recordó el espejo, las lámparas, *un pequeño cesto de mimbre* , unas sillas carcomidas, el atril, un *secretier* , el espejo, el baúl, *el gato de Lucas... De un salto, el gato negro subió a la tapa del baúl. Se lamía las patas delanteras pero tenía los ojos fijos en Xiana. Ella miró hacia el espejo buscando el rostro de Nicolás. No estaba allí. Una mano en su hombro, su presencia. ¿Por qué no podía verlo?*

—¿Dónde estás? —preguntó, y su voz fue devuelta por el eco—. ¿Por qué no puedo verte?

El gato empezó a crecer hasta convertirse en una pantera y, a las órdenes de su bramido, todos los objetos empezaron a arder. El fuego se esparcía por todos los rincones y parecía no haber escapatoria para Xiana, atrapada en medio del incendio. Gritó, gritó tan fuerte como pudo, y se despertó empapada en sudor en medio de un grito ahogado. Inmediatamente después, se abrió la puerta de su cuarto y Luis entró corriendo:

—¿Qué ocurre? ¿Estás bien?

Xiana lo miró desde la cama, respirando de forma acelerada.

—¿Estás bien? —insistió él.

—Sí. Sólo... Sólo he tenido una pesadilla.

—Qué susto me has dado —dijo Luis mientras se sentaba a los pies de la cama.

—¿Qué...? ¿Cómo...? ¿Qué haces aquí?

—Estoy de consulta. He venido a ver cómo se encuentra Amalia.

—¿Y María?

—Se fue hace un rato a trabajar.

—¿A trabajar? ¿Qué hora es?

—Pues... —Luis consultó su reloj—. Casi las once.

—¿Tan tarde? ¡Joder! Se me han pegado las sábanas.

—Eso parece —dijo él sonriendo—. ¿Has descansado mejor?

—No creas. Ya empiezo a estar harta de tanta pesadilla.

—¿Sigues igual?

Xiana asintió con la cabeza. Sentía que su estómago protestaba de hambre y pensó en bajar a prepararse el desayuno. Se levantó de la cama y se puso por encima una chaqueta que había dejado sobre la butaca de flores.

—¿Te apetece un café? Bueno, si ya has acabado con Amalia.

—Sí, por hoy hemos terminado.

—¿Y cómo está?

—Como siempre —dijo mientras bajaban juntos las escaleras—. El problema no es físico, ya sabes. No obstante...

Luis se detuvo en medio de la escalera y Xiana se giró hacia él desconcertada.

—¿Qué ocurre?

—Verás... Quizás no... El caso es que... No puedo garantizar que...

—¿Qué?

—Que tal vez tu abuela... Es sólo una intuición, pero es posible que no le quede demasiado tiempo.

—No entiendo. ¿No acabas de decir que el problema no es físico?

—Y no lo es pero, en estos casos, cuando el enfermo se rinde... No lo sé, es una intuición, como te he dicho.

—¿A qué te refieres?

El médico bajó el resto de las escaleras y entraron juntos en la

cocina. Xiana lo miraba expectante.

—En estos años de experiencia he visto algunos casos...

—¿Y? —insistió ella para que abreviase su discurso.

—Un caso como el de Amalia, cuando el enfermo pierde toda la esperanza por la vida, es como si... como si se fuese apagando hasta que...

—¿Hasta que muere?

—Sí.

—¿Crees que le está pasando...

—Cabe dentro de lo posible. Ella parece que está bien, pero... No sé, ojalá me equivoque, sin embargo algo me dice que es mejor que nos hagamos a la idea. Sobre todo María, que le va a costar asimilarlo.

La cafetera todavía estaba caliente, María había dejado el café listo para cuando su prima se levantase y, mientras Luis se sentaba, ella preparó el desayuno y luego se unió a él en la mesa. Se miraron en silencio un instante, antes de que Luis bajase la mirada de regreso a su habitual recelo.

—¿Y si... —continuó él—. Si Amalia... Bueno, espero que no pero, si tengo razón... Tú te marcharás del pueblo, ¿no?

—No lo sé. Supongo. A decir verdad, no tengo claro ni qué hago aquí ahora mismo. Parece que he perdido el rumbo de mi vida.

—Bueno, yo... Lo que... Quiero que... Lamentaría mucho que te marchases.

Luis se concentró en su taza de café. Xiana se fijó en que le temblaban las manos y bebió en silencio.

CAPÍTULO 48

S e detuvo en la puerta del mesón al ver a Lucas, que sonreía de manera enigmática aunque su mirada, como siempre, navegaba más allá del horizonte.

—Buenos días —dijo Xiana.

—¿Son buenos? —protestó el viejo.

—Creo que sí.

—¿Qué tal va lo tuyo?

—No estoy segura. Creo que es una historia más complicada de lo que me esperaba.

—Ve con cuidado, muchacha. Hay puertas que una vez abiertas no se pueden volver a cerrar.

—Lo tendré en cuenta.

En ese momento Joaquín salió del mesón con un cigarro en la boca y las manos en los bolsillos del pantalón. Se detuvo a contemplar la escena con curiosidad.

—¡Hola! —exclamó Xiana al verlo.

—¿Y tú por aquí?

—A comprar tabaco.

—Estás de suerte, acabo de comprar dos cajetillas. —Joaquín le lanzó un paquete para que lo agarrase. Ella logró cogerlo a tiempo, pese a la sorpresa del gesto—. ¿Vienes?

—Claro.

Xiana se despidió de Lucas sin darse cuenta de que había dejado de sonreír desde la aparición de Joaquín.

—Andad con ojo —dijo el viejo—, no resulte que al final erréis en la dirección del viento.

—Es un tipo peculiar, ¿verdad? —comentó ella una vez se hubieron alejado lo suficiente como para que Lucas los escuchase.

—Sí que lo es. ¿De qué hablabas con él?

—Del tiempo.

—¡Venga ya! Lucas nunca habla del tiempo.

—¿Ah, no? ¿Entonces de qué habla?

—Me decepcionaría mucho que no te hubieses dado cuenta —dijo Joaquín guiñándole un ojo. Después se calló. Juntos caminaron en un silencio cómodo a través de las desiertas calles del pueblo, hasta llegar por fin ante la casa de Amalia. A Xiana no le apetecía separarse de él y, aunque pensó en comentárselo, decidió no hacerlo y se limitó a invitarlo a un café.

—No, gracias. Tengo que marcharme en un rato. Hace ya varios días que no paso por la empresa.

—Claro, bueno... Tal vez te apetezca quedar en otro momento. Esta noche, por ejemplo, ¿para cenar?

—Me gustaría, pero no estaré. Tengo que ir con el camión a Oviedo.

—¿Te puedo hacer una pregunta?

—Claro.

—¿Por qué haces viajes como transportista si no lo necesitas para vivir?

—Y si tú necesitas el trabajo para vivir, ¿por qué no haces nada?

—¿Cómo dices? Eso no tiene nada que ver.

—¿No? Yo creo que sí.

—Además de que yo sí hago cosas, lo normal es que, si uno puede permitirse no trabajar, no trabaje.

—¿Eso es lo normal? ¿Es lo que tendría que hacer yo?

—Sí.

—¿Por qué? —insistió Joaquín.

—Pues... —Xiana no sabía qué responder.

—Dime una cosa: ¿cómo te sientes desde que has llegado al pueblo?

—¿Cómo me siento? ¿A qué te refieres?

—En general, ¿te sientes frustrada, agobiada...?

—No... Creo que no.

—¿Te sientes obligada a permanecer aquí?

—No.

—¿Por qué te quedas en el pueblo y no regresas a tu casa?

—¡Porque me da la gana! —exclamó algo molesta por la pregunta.

—Pues ése es el motivo por el que yo salgo a la carretera con mi camión. Es lo que me da la gana, lo que quiero hacer.

—Pues no acabo de entenderlo.

—No necesito que lo entienda nadie.

Joaquín mostró una sonrisa fugaz antes de marcharse dejando a Xiana con la palabra en la boca.

CAPÍTULO 49

D ejó la taza en la mesilla, bostezó y comenzó de nuevo con las notas de su cuaderno. Era complicado poner orden en datos de semejantes características, sobre todo porque había ido anotando las fechas y los hechos según se los encontraba, sin ningún tipo de orden ni concierto. Pensó que tal vez debería repasar los documentos, empezar de cero con un criterio más selectivo. Luego podría devolverlos a donde los había encontrado.

Abrió la puerta del armario y se arrodilló para cogerlos, pero no los encontró. Buscó bien, confusa por un instante, dudando de sí misma. Puede que los hubiese guardado en otro lugar y no lo recordase. Pero estaba segura de que los había puesto allí.

—¡María! —exclamó llamando a la puerta de su prima—. ¿Has cogido tú los papeles que tenía en el armario?

—¿Yo? No. ¿Por qué tendría que coger nada en tu armario?

—Pues no están.

—¿Has mirado bien?

—Claro que he mirado bien. ¡María, te digo que no están!

—De acuerdo, de acuerdo. No te enfades. Pero párate un momento a pensar porque yo no los he cogido y es imposible que se echasen a andar solos.

—Eso ya lo sé, pero yo los dejé allí, estoy segura.

Fueron hasta el cuarto y María se agachó para rebuscar en el armario a conciencia.

—¿Te convences de que no están? —preguntó Xiana un rato después.

—Los habrás guardado en algún otro sitio y no te acuerdas.

—¿Dónde? —exclamó señalando con un gesto a los lados. No había muchos sitios en aquella habitación donde, además del armario, sólo estaban la butaca, la cama y una mesilla de noche.

—Pues ya me dirás. Yo te juro que no he venido aquí a nada.

—En esta casa pasan cosas demasiado raras —murmuró Xiana sentándose en la cama.

—En esta casa no pasa nada, y las cosas no desaparecen así como así.

—¿Pues dónde están los papeles entonces?

—No lo sé —María se sentó también.

Xiana se llevó la mano a la barbilla, como si intentase recordar algo, empezaba a atar algunos cabos y entonces cayó en la cuenta:

—Oye, el ruido que escuchamos ayer, ese golpe... ¿Te das cuenta?

—Sí.

—Cuando lo oíste, ¿ya había bajado el cura?

—Para ahí. ¿No estarás insinuando que...

—¿Había bajado o no?

—No, bajó al rato.

—Pues salió del cuarto de Amalia bastante antes.

—No te voy a consentir que acuses a Don Benigno de algo así.

—Pero es la única explicación que le veo.

—¿Para qué iba a querer él esos viejos papeles?

—Es lo que tendremos que pedirle que nos explique.

—¡Para el carro! No vamos a pedirle nada. Seguro que metiste los papeles en otro lugar y no te acuerdas.

—Ya te he dicho que los guardé ahí.

—No sé, a lo mejor en un descuido...

—¿Y cómo explicas el ruido? Además, cuando entré en mi cuarto esa butaca estaba fuera de su sitio. Yo la había dejado junto a la puerta del armario. Eso fue lo que cayó.

—Si Don Benigno hubiese bajado con los papeles, yo los habría visto.

—¿Estás segura? ¿No notaste nada raro? Podía llevarlos debajo de la ropa.

María se calló, como si hiciese memoria. Empezaba a dudar, a debatirse entre lo obvio y una fidelidad casi instintiva.

—No lo entiendo —dijo por fin—. ¿Qué interés tendrá en unos viejos documentos?

—Supongo que el mismo interés que tenía en que no averiguásemos nada sobre Nicolás.

—Todo esto es muy extraño, nunca pensé que él...

—¿Qué hacemos?—interrumpió Xiana.

—Será mejor que hable yo con él primero.

—¿Qué le dirás?

—No lo sé.

—Puede que lo mejor es no darle demasiada información.

—¿Qué quieres decir?

—Tenemos que ser más listas que él. Está claro que hay algo que no quiere que sepamos, pero no tenemos ni idea de qué es, ¿verdad?

—Eso parece.

—Pero ellos lo saben todo, o al menos saben mucho más que nosotras.

—¿Ellos? ¿Quiénes son ellos?

—El cura y su hermano.

—¿Qué tiene que ver Manuel?

—Mucho, créeme. Así que tenemos que sacarles información sin que se den cuenta.

—Sigo sin comprender. ¿A dónde quieres llegar?

—Cuando hables con él, no le preguntes por los papeles.

—Entonces, ¿qué quieres que le diga?

—Que yo te he acusado a ti. Puedes decirle que te hablé de Nicolás y de su historia, pero sin darte demasiados datos.

—¿Con qué fin?

—Para estudiarlo, para ver cómo reacciona.

—Pero, a lo mejor hay una explicación perfectamente racional para todo esto. Seguro que la hay.

—Pues más a mi favor. Si no tiene nada que ocultar, te contará la verdad. Pero es la única forma que se me ocurre para ganar algo

de ventaja y conseguir llegar al fondo de este asunto.

—Espero que tengas razón. No me gusta tener que mentirle a Don Benigno.

CAPÍTULO L

Amada Isabel,

Llevo ya varias semanas encerrado en esta prisión improvisada, pero hasta el momento me ha resultado imposible hacerte llegar mis noticias. Ha sido mi hermana la que me ha proporcionado el material preciso para escribir esta carta y la que la hará llegar hasta tus manos corriendo un gran riesgo por su parte. Te ruego que lo tengas en cuenta en el trato que le ofrezcas, pues ella no es la culpable de nuestras desgracias.

Sé que el día se acerca sin remedio. Busco sin cesar una solución. No pienso, no puedo consentir esa boda. Amalia me mantiene al tanto de lo que ocurre fuera, nos reunimos cada noche y me cuenta que, al parecer, ya han comenzado los preparativos. Sé que nunca debí haberme dejado llevar por la pasión. Me falló la prudencia. De haberla tenido ahora puede que los dos estuviésemos lejos, juntos. Lo lamento, y lamento todavía más la comprometida situación en la que te viste metida, la humillación de verme en ese estado. Jamás debí haberme puesto a gritar así a las puertas de tu casa, lo sé, pero los celos se apoderaron de mí. No estoy loco. ¿Eso lo sabes? ¿Crees en mí? Porque ya nadie más lo hace, tal vez ni yo mismo sea capaz de hacerlo si tengo que permanecer encerrado más tiempo.

¿Cómo estás tú, vida mía? ¿Cómo soportas el verte obligada a casar con alguien a quien no amas? Porque no amas a ese hombre, ¿verdad? No, seguro que no. Confío en tu amor por mí porque siempre ha sido tan sólido y verdadero como el que yo siento por ti.

Perdona si me has visto dudar, pero los celos y la privación de libertad en la que me encuentro se apoderan de mí por momentos. Ya me conoces, nunca he sido persona de quedarme esperando, me falta paciencia. Siempre ha sido una cualidad que he admirado, pero carezco de ella, yo no soy así.

Tú sí, vida mía. Tú sabes esperar y sonreír ante las contrariedades. Por eso sé que ahora sonríes con confianza en el porvenir. No pierdas la esperanza porque saldré y nos iremos, lejos, a la isla de la que tanto te he hablado. En América todo será distinto. Allí seremos libres y felices bajo un nuevo sol.

Sólo espera un poco, espera y confía porque pronto mudará el viento a nuestro favor.

CAPÍTULO 51

L uis frunció el ceño y, refugiado tras su taza de café, miró a Xiana antes de preguntarle:

—¿Estás segura? Es una acusación bastante grave.

—No le encuentro otra explicación.

—Y María, ¿qué opina?

—Tampoco lo ve claro.

—Si quieres, puedo hablar con él.

—No creo que sea buena idea.

—Pero saldremos de dudas.

—¿Y crees que si fue él te lo va a decir así, sin más?

—Bueno, es mi tío.

—Ya, pero...

—¿Pero?

—Hay algo que deberías saber.

Xiana se removió en su asiento. No tenía claro si debía hablarle a Luis del asunto, pero confiaba en él y necesitaba liberarse de la carga, compartirlo. No tenía nada que perder, o al menos eso creía. Le dio una intensa calada a su cigarro y se incorporó un poco para acercarse a él. La sala se encontraba sumergida en una luz cálida y difusa que atravesaba las cortinas, el café humeaba sobre la mesa de centro. En aquella atmósfera íntima, se decidió a hablar intentando escoger los términos adecuados al explicar las conversaciones mantenidas con el cura y el interés de Manuel por verla alejada del pueblo y de sus hijos. Al fin y al cabo, se trataba de la familia de Luis. Pese a la delicadeza con la que procuró referirse a los hechos, al final del relato Luis parecía molesto y confuso. Xiana empezó a temer que hubiese sido un error contárselo.

—¡No lo entiendo! —exclamó él—. ¿Qué tienen que ver ellos con todo este enredo?

—No lo sé, pero está claro que intentan evitar que averigüemos algo sobre Nicolás.

—¿Por qué? No logro... No puedo creerlo.

—¿Por qué te mentiría yo? —preguntó Xiana, herida en su orgullo.

—No... No quiero decir que... —tartamudeó Luis, su rostro enrojeció—. No he dicho eso... Es que... no comprendo...

—Ya —interrumpió ella—. Tienes razón. Lo siento.

—Además, ¿para qué querrían coger los documentos?

—Dudo que para mucho. No había nada interesante en ellos, en apariencia por lo menos.

Luis se froto los ojos como si el gesto le ayudase a pensar con mayor claridad. Xiana se levantó para abrir las ventanas y despejar un poco el humo del tabaco con el que había llenado el aire.

—Deberías dejar de fumar —le aconsejó Luis al verla.

—Lo sé, doctor. Pero dudo que hoy sea el día para ello.

Xiana se sentó de nuevo y bebió un trago de su taza.

—Y si... —dijo ella al recordar las cartas de Nicolás—. ¿Y si hubiese cogido los documentos porque en realidad pensaba que se trataban de otra cosa?

—¿Otra cosa? ¿Como qué?

—Como... —empezó a decir Xiana, pero se detuvo porque tuvo la sensación de que mencionar las cartas sería como traicionar a su abuela—. No lo sé.

—Lo mejor será que hable con mi tío.

—¡No! No, por favor. María dijo que se encargaría ella.

—Pero... Bueno... Siempre puedo... ¿Qué hora es?

Ambos miraron hacia el reloj de pared que presidía la sala: eran las siete y cuarto de la tarde.

—A las siete y media empieza la misa —dijo Luis—. Puedo... Puedo ir hasta su casa y... Sé que no es muy correcto, pero si él tiene los papeles, es muy posible que los haya guardado en su despacho.

—¿Dices que quieres registrar su despacho?

—Sé que está mal, pero con las pruebas en la mano no le quedará más remedio que explicarme lo que ocurre.

—¿Y si él no los cogió? —preguntó ella, que empezó a dudar de pronto de su teoría—. Es tu familia. No quiero que por mi culpa...

—Tranquila. Está bien. Es la mejor forma de salir de dudas. ¿Vamos?

Luis se levantó presa de un arrebato de energía mientras ella lo observaba atónita.

—¿Vamos? ¿Los dos? ¿No será mejor que vayas solo?

—¿Solo? —dijo algo decepcionado—. Bueno... Pasaré por aquí después.

Xiana se despidió de Luis con la que fue, posiblemente, la sonrisa más sincera que le había salido en mucho tiempo y luego acudió al cuarto de Amalia a echar un vistazo. Su abuela dormía profundamente. Las píldoras que María le daban estaban convirtiéndola en un vegetal o, tal vez, Luis estaba en lo cierto y la mujer se estaba apagando poco a poco. Este pensamiento le provocó en el pecho una sensación de angustia y tristeza que no esperaba. Cerró la puerta despacio y caminó por el pasillo hasta la puerta del desván.

CAPÍTULO 52

La cárcel

I ntentaba ignorar el recuerdo de sus sueños, las imágenes que se amontonaban en su cabeza, las fotos, el baúl, los ruidos... Pero el profundo silencio que reinaba en la casa le impedía luchar contra su rebelde imaginación, aunque intentaba concentrarse en la búsqueda de las cartas. Con una simple mirada a su alrededor se dio cuenta de que no sería una tarea fácil. Demasiados trastos y demasiado calor. Se notaba la fuerza del verano sobre el tejado de uralita porque había creado una atmósfera asfixiante. Recordó el incendio de su pesadilla y decidió abrir el ventanuco superior que había en el centro de la estancia, no sin esfuerzo, pues parecía haber pasado mucho tiempo desde la última vez que se había usado. Cuando por fin logró su propósito un golpe de aire entró en el desván refrescando el ambiente, pero también cerrando de golpe la puerta de entrada.

A Xiana la invadió un presentimiento. Bajó las escaleras a toda prisa para intentar abrir. Efectivamente, la puerta se había quedado atrancada y de nada serviría gritar. Procuró convencerse a sí misma de que se trataba de una curiosa casualidad que nada tenía que ver con las pesadillas. Esas cosas no ocurrían en la realidad y, en cuanto María regresase, la sacaría de allí. Mientras, podría aprovechar para buscar las cartas. Tal cadena de pensamientos la ayudó a sobrellevar el miedo, que no a superarlo completamente. Lo cierto es que le temblaban las piernas y, para olvidarse de la situación, se puso a revolver cada rincón del desván de manera casi desesperada. Abría cajones y puertas, extendía viejas mantas, le daba la vuelta a lámparas y palanganas... Estaba dispuesta a poner el lugar patas arriba si eso la ayudaba a distraerse y mantener su mirada lejos del baúl y el espejo que siempre eran protagonistas de sus sueños.

Acabó perdiendo la noción del tiempo. Tal vez había pasado una hora rebuscando y estaba agotada, pero con un nuevo entretenimiento: al sacar una de las sábanas dio con un antiguo aparador repleto de libros. Los fue mirando un tras otro: Rubén

Darío, el Padre Feijóo, un diccionario de latín... Casi todos los ejemplares eran ediciones de principios y mediados del siglo XX, casi todos con una inscripción a lápiz en sus primeras páginas: *«Este libro pertenece a Jesús Láncara»*.

—Vaya. Así que al abuelo le gustaba la lectura.

Continuó sacando los libros del mueble sin olvidarse completamente de que seguía atrapada allí arriba. Siempre había padecido un poco de claustrofobia, la atemorizaba quedarse encerrada y por eso evitaba los ascensores siempre que podía. Además, se moría por un cigarro. Entonces, le pareció escuchar un ruido. No estaba segura; tal vez había sido en la calle, pero tenía que intentarlo: bajó las escaleras hasta la puerta y se puso a gritar con fuerza pero resultó un esfuerzo vano. Nadie vino. Intentó empujarla con el hombro dándole un golpe tan fuerte que lo único que logró fue lastimarse. Se sentó en un escalón, desesperada. Quería salir de allí.

CAPÍTULO 53

Dibujan el azar

C alculó que debería de haber pasado unas tres horas allí dentro. ¿Dónde demonios estaba María? Las ganas de fumar, después de todos los cafés que se había tomado esa tarde, habían aumentado tanto como su angustia irracional por no poder salir del desván. Respiró hondo e intentó mantener la calma.

Pensó que podría volver a revisar los libros e intentar matar algo de tiempo con la lectura. Así lo hizo. Subió las escaleras y fue hasta el aparador, donde encontró en seguida una edición bastante perjudicada por los años de *Don Álvaro y La fuerza del Sino*. Recordaba haber leído la obra en el instituto, aunque no conseguía acordarse de qué trataba. Abrió el libro para empezar a leerlo y, del medio de las hojas, cayó al suelo una fotografía en cuyo anverso había algo escrito. La recogió y leyó: *«Campeonato de 1963»*. Cuando le dio la vuelta se encontró con la imagen de dos hombres en medio de un partida a los dados en el mesón. Se dio cuenta de que, tal y como sospechaba, el local no había cambiado mucho en años. Reconoció al tabernero apoyado en la barra, al fondo: se trataba de Lucas mucho más joven, aunque su mirada ya parecía algo distante. Le pareció que uno de los dos hombres de la mesa era su abuelo, pero no estaba segura. Tampoco reconocía ninguno de los otros rostros. Aquella foto no le decía nada y, para colmo, se le habían pasado las ganas de leer. Quería gritar: *«¡Que alguien me traiga un cigarro! ¡Que alguien me saque de aquí!»*. Pero en lugar de ello, empezó a dar vueltas, a caminar en círculos por los pocos espacios libres del desván y, en un arrebato, le dio una patada al baúl desahogando con el viejo mueble toda su rabia contenida. Entonces, una de las maderas laterales se cayó al suelo revelando un doble fondo y dejando que un buen manojo de cartas se esparciesen sobre ella. Xiana tardó un momento en darse cuenta de lo que acababa de ocurrir. Su mente se había quedado en blanco y observaba los papeles sin atreverse a recogerlos, como si el hecho de tocarlos pudiese hacerlos desaparecer. Pero no eran una alucinación ni un embrujo. Estaban allí realmente, amarillentas, todavía cerradas,

escritas con la letra irregular que había aprendido a reconocer en las firmas de los documentos de la casa: las cartas de Nicolás.

Había anochecido y la pequeña bombilla del techo iluminaba con tan poca intensidad que Xiana tenía que forzar la vista para poder continuar leyendo, pero no le importaba. Cuando escuchó las voces en el piso inferior, ni siquiera se movió; se limitó a avisarles con un grito carente de emociones:

—¡Estoy aquí arriba! ¡Me he quedado encerrada!

Alguien corrió por el pasillo e, inmediatamente después, se escuchó el cierre de la puerta y sus bisagras oxidadas dieron paso a la luz amarilla del pasillo. El rostro de Luis se asomó por las escaleras detrás del de María.

—Pero, ¿qué ha pasado? —le preguntaron.

Xiana sonreía. Nada importaba ya.

Tercera Parte

Postdata

«Puedes descubrir de dónde vienes, pero hacia dónde vas sólo lo decides tú».

FRAN, brujo de los que ya no quedan

CAPÍTULO LIV

Estimado amigo,

No sé cómo relatarte los acontecimientos que se han sucedido en mi vida porque todavía no he sido capaz de ponerles orden en mi propia cabeza. Estoy abatido. No recuerdo ya cuánto tiempo llevo aquí y no sé si lograré salir algún día. He perdido toda esperanza y no creo que pueda recibir siquiera tu ayuda. La única explicación posible es que te encuentres en el extranjero y mis cartas no lleguen a ti. Pero más tarde o más temprano volverás y, si al final estas líneas no sirven para que vengas a buscarme, tarde ya para mí, al menos espero que sirvan para que alguien conozca la verdad y pueda vengarme.

Escribir se ha convertido en un suplicio para mí y aprovecho las primeras horas del día, en las que todavía me encuentro algo lúcido. A medida que avanza la jornada me voy sumiendo en un estado extraño, ausente de mí mismo. A ratos creo que están a punto de conseguir que me vuelva realmente loco, si es que no lo han conseguido ya.

La noticia que he recibido hoy de boca de mi hermana, de mi querida Amalia que está siendo el sol para mí en esta oscuridad, ha sido el golpe más duro: Isabel, la que me da el aliento para mantenerme con vida y el principal motivo por el que me he visto confinado en este maldito lugar, ha dado hoy a luz a dos niños, a dos gemelos. ¿Son míos? ¿Son suyos? Necesito creer. No soporto este dolor. Cualquiera de las posibilidades resulta como un clavo ardiendo en el centro de mi pecho. ¿Qué puedo hacer si son hijos de aquél a quien se vio obligada a tomar como esposo? Pero intento alejar de mi cabeza esos pensamientos. Pero, ¿y si son míos? Sangre de mi sangre, fruto de nuestro amor, hijos de un padre dado por loco y encerrado en una pequeña habitación; abandonados los tres, madre y criaturas, a su suerte. ¡No puedo con esta carga!

Por eso te escribo. Cuando al fin puedas leer estas líneas y vengas en mi ayuda es posible que yo ya no esté aquí. En ese caso, búscalos a ellos, a los tres, y llévalos lejos, donde el yugo destructor de mis enemigos no los alcance. Hazlos libres y felices si yo no puedo, amigo mío, porque son víctimas inocentes de una guerra que no eligieron. Tienen derecho a vivir aunque yo me quede sin fuerzas para hacerlo.

Siempre tuyo,

Nicolás

CAPÍTULO 55

Luis sostenía una de las cartas en la mano y, mientras leía, murmuraba una y otra vez: *«No me lo puedo creer»*.

—Es algo... —María estaba desconcertada—. Ya entiendo por qué la abuela nunca me habló de su hermano.

—Sí —dijo Xiana con un brillo especial en los ojos—. Tuvo que resultar difícil para ella.

—¿Y qué vamos a hacer?

—No lo sé... Creo que debería llamar a mi hermano —respondió Luis.

—¿A tu hermano?

—Bueno, él también tiene derecho a saberlo. ¿Puedo usar el teléfono?

—Claro.

Luis fue al piso inferior y las dos primas se quedaron sentadas en la sala de estar. María miraba las viejas cartas una y otra vez. Xiana sonreía tranquilamente; ya las había leído todas y no necesitaba más.

—¿Tienes un cigarro? —preguntó María haciendo que Xiana regresase a la realidad.

—No deberías fumar.

—Hoy puedo hacer una excepción.

—Como veas.

Xiana se levantó para ir hasta su cuarto y regresó en seguida con un paquete de tabaco que le entregó a su prima antes de sentarse de nuevo en el sofá y sumergirse en el mismo estado de quietud. María la miró extrañada y, mientras encendía un cigarro, le dijo:

—¿Tú no fumas?

—No, no me apetece.

—Joaquín vendrá ahora —comentó Luis entrando en la sala.

—Bueno, ¿queréis cenar algo?

—No, no te preocupes, María.

—¿Y tú, Xiana?

—Estoy bien así. Gracias,

—Yo tampoco tengo mucha hambre —murmuró la mujer— pero no nos sentará mal meter algo en el cuerpo, que ya es tarde. Voy a preparar alguna cosa rápida.

En cuanto María hubo salido, Luis se acercó a Xiana y se sentó a su lado, mirándola intrigado.

—¿Qué piensas? —quiso saber él.

—Nada.

Luis se incorporó para coger una de las cartas que había sobre la mesa pero se detuvo antes de tocarla y, girándose hacia ella de nuevo, le preguntó:

—¿Crees que él era el padre?

—Tal vez. Es una posibilidad.

—Eso explicaría por qué mi padre y mi tío no querían que siguiésemos investigando.

—Puede.

—Y, en ese caso... Tú y yo...

—¿Sí? —Xiana lo miró con cierta curiosidad por primera vez en la conversación.

—Tú y yo seríamos primos.

—Bueno, aunque bastante lejanos, pero sí, creo que sí.

—Curioso.

—Sí que lo es.

—Aunque... Puede que Nicolás no fuese su padre.

—Quizás nunca lo sepamos —dijo Xiana—. Pero tampoco creo que sea importante a estas alturas.

—¿Ah, no?

—No. Lo realmente importante es que conocemos toda la historia.

—¿Eso te parece lo más importante?

—Sí.

—Pero...

—Y por eso no entiendo —interrumpió ella— qué problema tenían tu tío y tu padre con que se supiese la verdad.

—¿No lo entiendes? A mí me parece obvio.

—¿Te parece?

—Bueno, para alguien como mi padre, que ha basado su vida en la historia de su familia...

—Eso no es más que humo —murmuró Xiana.

—Para ti. No para él.

—No sé, yo creo que no es tan grave. Total, una historia tan vieja, ¿a quién le va a importar ya?

—El mayor orgullo de mi padre es ser hijo de un médico ilustre.

—¿El mismo médico que diagnosticó una enfermedad falsa para deshacerse de un hombre inocente?

—Sí —respondió Luis avergonzado.

—Eso también es humo, agua pasada.

—Tal vez..

—Y, ¿por qué... —dijo Xiana de repente—. ¿Por qué tú no eres así?

—¿Así cómo?

Él no dejaba de mirarla intentando identificar qué había cambiado en ella exactamente, porque no se trataba de la misma Xiana de siempre. María también lo había notado y ni ella ni el médico comprendían por qué le había afectado tanto haber encontrado las cartas, pero es que ninguno de ellos sabía que, además del montón sobre la mesa, Xiana había encontrado otra carta y la llevaba guardada en el bolsillo. Era una carta secreta, la última, la única con matasellos que sí había sido enviada por alguien y que Xiana se consideraba con derecho de guardar para sí.

—Lo que quiero decir —continuó ella—, es que a ti no parecen importarte todas esas tonterías, ¿me equivoco?

Luis reflexionó un instante, puede que porque se planteaba la cuestión por primera vez, o porque intentaba medir bien sus palabras antes de confesar un íntimo sentimiento. Al fin, se explicó:

—Vivimos en otra época ya y... El caso es que yo... Yo nunca he sido como ellos. Nunca he tenido su carácter.

—¿Como tu padre, quieres decir?

—Como mi padre, sí... Como mi hermano.

—¿Y tu madre?

—¿Cómo?

—Según me dijo tu tío, tú te pareces mucho a ella. ¿Fue la que te mostró el camino?

—¿Qué camino? —preguntó Luis algo desconcertado.

—El que has tomado en la vida.

—Yo no he tomado ningún camino.

—Eso no es verdad. ¡Claro que lo has tomado!

Luis la observó. No entendía a dónde los llevaba esa conversación, no entendía qué le había ocurrido a Xiana y por qué de pronto tenía esa extraña actitud, ese brillo en los ojos.

—Lo cierto, Luis, es que somo lo que fuimos. Sangre, la herencia de la tierra. Y en cada latido gritan muchas vidas.

—No te entiendo. ¿Te encuentras bien?

—No importa —contestó Xiana con una sonrisa al mismo tiempo que se incorporaba en el asiento para acercarse a él.

Antes de que el médico tuviese tiempo de reaccionar y preguntarle el significado que había tenido aquel beso, María entró por la puerta acompañada de Joaquín.

CAPÍTULO 56

Joaquín leyó las cartas en silencio una tras otra mientras Luis y María lo observaban, esperando, buscando en su rostro cualquier reacción. Xiana, sin embargo, continuaba absorta en su propio mundo, lanzando alguna que otra mirada a las ventanas abiertas.

Fuera, la noche había ocupado ya el pueblo y el cantar de los grillos, acompañado del suave sonido del papel cada vez que Joaquín dejaba una carta para coger otra, era todo cuanto se escuchaba en la sala.

—Y bien, ¿qué opinas? —preguntó Luis cuando su hermano hubo terminado de leer.

—¿Qué quieres que opine?

—¿Cómo? ¿No te parece horrible? ¡Una infamia!

—Tampoco hay para tanto, hermanito. Es historia antigua, ¿no crees?

—Pues no. Es la prueba de que hemos estado viviendo una gran mentira todos estos años.

—¿Qué mentira? ¿De verdad crees que algo de esto cambia las cosas?

—Claro.

—Pues estás equivocado, Luis —sentenció Joaquín haciendo caso omiso de la mirada reprobatoria de su hermano. Luego encendió un cigarro y se dirigió a Xiana—. ¿Y tú qué opinas?

—¿Sobre qué? —preguntó ella, algo distraída.

—Sobre las cartas.

—No mucho.

—¿Lo ves, Luis? No son tan importantes.

Joaquín sonrió triunfalmente desde detrás del humo.

—¿Cómo que no? —gritó el médico cada vez más molesto—. Supongo que no dirás lo mismo si te cuento que papá ha estado

intentando por activa y por pasiva que no las encontrásemos. ¡Incluso amenazó a Xiana!

—Propio de él. La honra de la familia siempre por delante. No sé de qué te sorprendes.

—Hay cierta ironía en todo esto —murmuró María interrumpiendo la discusión fraternal.

—La hay, María —añadió Joaquín—. Ten por seguro que la hay.

—No comprendo cómo puedes tomártelo con tanta calma. Yo creo que deberíamos ir a hablar con ellos.

—¿Con Don Benigno? —se indignó María ante la idea—. Dejadlo tranquilo, hombre.

—No, quiero ir a hablar con él, con él y con papá.

—Luis, piénsalo un momento —dijo Joaquín con su calma habitual—. ¿Para qué los vas a incordiar? ¿Qué vas a conseguir yendo a contarles todo esto?

—Tengo derecho a una explicación y voy a exigírsela.

—La venganza ya no tiene sentido —dijo Xiana.

Todos se giraron hacia ella, sorprendidos con sus palabras, pero lo único que lograron éstas fue que Luis se enfadase todavía más:

—¡No se trata de venganza! Sino de enfrentarme a ellos de una santa vez.

—Pues ésa es tu guerra, hermanito. La mía ya la batallé hace tiempo.

El médico se levantó de su asiento lanzando una mirada de rencor hacia su hermano y luego salió de la sala apurando el paso. Xiana tardó un poco en reaccionar, pero al fin se decidió y salió corriendo tras él, aunque no lo alcanzó hasta llegar a la calle.

—¡Luis, espera!

—¿Qué quieres?

A ella le sorprendió su actitud. El médico educado y tímido acababa de gritarle con los ojos cubiertos de lágrimas. Lo miró preocupada y, en voz baja, le preguntó:

—¿Estás... estás bien?

—¡Claro que no! No estoy nada bien.

Con las voces del hombre se encendió una luz en la casa vecina

y un perro aulló a lo lejos.

—Cálmate, por favor —le pidió Xiana mientras lo cogía por el brazo—. Vamos a dentro.

—No quiero ver a Joaquín ahora mismo.

—Vamos a tu casa entonces. Necesitas tranquilizarte. Mañana todo tendrá una nueva perspectiva, ya verás.

Xiana le sonreía con tal dulzura que Luis no tuvo más remedio que dejarse llevar por ella, caminando de su brazo, calle tras calle, como un títere. Fue ella también la que le sacó la llave del bolsillo de la chaqueta, la que abrió la puerta y lo condujo al interior de su propia casa. Fue ella la que le dijo, tapándolo con una manta mientras se quedaba dormido en el sofá: *«Verás como nada es tan importante después de todo»*.

Era posible que Xiana estuviese en lo cierto porque, cuando Luis se despertó a causa de un rayo de sol que se colaba a través de los cristales de la ventaba y caía directamente sobre sus ojos, se sentía más tranquilo. Tardó un rato en adaptarse a la luz y distinguir completamente a las dos figuras sentadas frente a él: eran Xiana, que removía despacio el azúcar en una taza de café, y su hermano, que le miraba con su habitual sonrisa pícara.

—Buenos días, hermanito. ¿Más calmado?

Luis protestó algo incomprensible mientras Xiana le servía una taza de café. Después del primer trago empezó a sentir que la consciencia se apoderaba de él y fue capaz de involucrarse en la conversación:

—Lamento la escenita de ayer.

—No te preocupes —lo disculpó su hermano—. Es normal que te hayas puesto así. Para ti nuestro padre siempre ha sido un héroe.

—¡En absoluto! No se trata de eso, sino... ¿Qué más da?

—Si no es eso, ¿de qué se trata entonces?

—Creo que los voy a llamar. Quiero hablar con ellos.

CAPÍTULO 57

Manuel entró en la sala acompañado de Luis y cambió el gesto al entrar en la sala.

—¿Se puede saber qué estáis haciendo vosotros aquí? —preguntó molesto.

Benigno llegaba en ese instante con cara de preocupación y fue Xiana la que le abrió la puerta mientras los dos hermanos esperaban con su padre en la sala de estar. Joaquín, sentado en un rincón, fumaba y se divertía contemplando los dibujos que hacía el humo en el aire. Luis, por su parte, permanecía en silencio, concentrado y dándole vueltas en su cabeza a algo que ninguno de los presentes lograba adivinar.

—¿Qué ha ocurrido, Luis? —exclamó el cura—. Por el teléfono parecías alterado.

—Y estoy alterado —contestó levantando la cabeza. Sus ojos brillaban con un coraje que desentonaba en medio de la dulzura de su rostro—. Por favor, tomad asiento.

—¡Luis! —gritó su padre—. No sé a qué viene toda esta historia pero no tengo el día para tonterías. Dile a estos dos que se vayan.

Manuel había señalado a Xiana y a Joaquín. Éste, sin dejar de sonreír, abrió la boca para hacer uno de sus típicos comentarios jocosos, pero Luis no se lo permitió. Si se trataba de su batalla, parecía dispuesto a afrontarla:

—¡Nadie se va! Ésta es mi casa.

—Pues entonces me marcho yo.

—No, papá. Primero me escuchas.

—¡Luis, no te consiento...

—¡Siéntante, papá! Y escucha.

—Pero, ¿qué es lo que ocurre? —intentó poner calma Benigno en su eterno papel de conciliador.

—Verás, tío, empiezo a estar cansado de ser el tonto de la

familia, así que por una vez vais a escuchar, ¡todos!, lo que tengo que decir.

—A ver qué le pasa ahora al niño —protestó Manuel con cara de pocos amigos pero resignándose a tomar asiento en una silla.

—En primer lugar —continuó Luis—, no sé cuál de vosotros dos tiene ahora los documentos de Xiana, pero ya se los podéis devolver.

—¿De qué estás hablando?

—Ya lo sabes, tío. Hablo de los papeles que cogiste en el cuarto de Xiana. Los mismos por los que te preguntó María y tu fingiste no tener.

—¿Cómo te atreves a acusarme de ladrón? —exclamó el hombre.

—No te hagas el inocente ahora.

Manuel miró a Xiana con rencor, como si la culpase de todo lo que estaba sucediendo y, aunque ella podía sentir sus ojos clavados en ella, se limitó a mantener la cabeza baja, escuchando y esperando.

—El caso es, tío —continuó Luis—, que en esos documentos no hay nada de lo que buscabais y ya que no os pertenecen...

—¡Luis! —Manuel se levantó de la silla—. Me estoy cansando ya de esta actitud. Discúlpate ahora mismo con tu tío.

—No, papá. Sois vosotros los que debéis disculparos.

—Pero, serás...

—Ya no me asustas con esa actitud. Ya no me importa.

—Ya nada importa —murmuró Xiana en voz tan baja que sólo Joaquín alcanzó a escucharla, y al hacerlo detuvo su juego con el humo para observarla a ella con una nueva curiosidad. Xiana también podía sentir su mirada, pero no levantó la cabeza.

Manuel, por su parte, se había acercado a su hijo menor y había cambiado su estrategia. De los gritos, pasó a un tono más calmado para intentar tranquilizarlo:

—Luis, no sé quién te ha estado metiendo ideas raras en la cabeza, pero...

—Papá —exclamó él riendo—, hay algo que deberías saber: hemos encontrado las cartas de Nicolás.

Manuel se puso pálido y se vio obligado a apoyarse en el bastón para mantener el equilibro. Fue Benigno quien, levantándose de su asiento como un resorte, acudió a tomar el relevo con una fingida calma:

—¿De qué cartas hablas, Luis? No comprendo a dónde quieres llegar.

—Sí que lo comprendes, tío. Sabes perfectamente de qué cartas hablo.

—Lo que no comprendo yo —interrumpió Joaquín apagando la colilla en el cenicero—, es la importancia de todo este asunto. Puede que seáis hijos de un loco... Bueno, no hay para tanto.

—¡No estaba loco! —exclamó Xiana—. Fue el médico quien lo dio por loco, y todos sabemos por qué.

—¿Cómo te atreves a decir algo así? —gritó Benigno perdiendo la compostura.

—¡Porque tenemos las pruebas! —gritó Luis.

—Todo esto es una tontería —añadió Joaquín—. No le veo la importancia. Qué más da lo que hiciese el abuelo o que seáis hijos del tal Nicolás, loco o no.

—Nosotros sólo hemos tenido un padre —dijo Manuel recuperando fuerzas—. No tenemos nada que ver con ese...

—¿Con ese qué? ¡No se atreva a insultarlo! —lo desafió Xiana y, como quien lanza un dardo venenoso, lo miró con cierta condescendencia antes de continuar—. Resulta que, al final, todos somos iguales, ¿verdad?

Con aquella frase se hizo el silencio. Todos se miraban entre sí, con rencor pero sin saber qué decir ya. Fue el timbre del teléfono el que rompió el hechizo y, una vez Luis hubo contestado, en seguida comprendieron lo que ocurría. La discusión había terminado.

—Tranquila, María, cálmate —repetía Luis al auricular—. No te preocupes que seguro que no le pasa nada. Ahora mismo salgo para ahí.

Xiana sintió una fuerte angustia en el pecho.

CAPÍTULO 58

La muerte

María caminaba por la sala dando vueltas en círculo y nadie encontraba las palabras precisas para lograr que se tranquilizase. Pablo ni siquiera las buscaba, sino que observaba la escena con lástima esperando a que fuese ella la que se decidiese a pedir consuelo.

Luis tardó bastante en salir del cuarto de Amalia. Ninguno de los presentes, ni siquiera Xiana, habría osado interrumpir la tarea del médico y, por la expresión que éste traía, las noticias no parecían alentadoras.

—Se apaga —confirmó Luis en voz muy baja, como si desease no tener que pronunciar tales palabras.

María no se sentó, sino que se dejó caer en el sofá llorando como una niña entre los brazos de Pablo. Joaquín quiso decir algo que aliviase la tensión, pero no se le ocurrió nada y decidió callarse para, tras un suspiro, darse la vuelta y mirar por la ventana.

—Lo siento —dijo Luis cuando se acercó a Xiana.

—¿Puedo verla?

—Por supuesto.

Entró en el cuarto y cerró la puerta con suavidad. Le sorprendió descubrir a su abuela con la mandíbula algo desencajada, muy pálida, los ojos hundidos... Era el rostro de la muerte aunque su mirada brillaba lúcida y clara como Xiana jamás la había visto.

—Abuela —murmuró desde la puerta—. ¿Cómo te encuentras?

—¿Eres tú, mi niña bonita? Acércate —le pidió moviendo la cabeza con mucho esfuerzo, tan falta de fuerzas como estaba. Xiana se sentó a su lado y le agarró la mano haciendo un gran esfuerzo para contener las lágrimas—. Mi niña, se me acaba el tiempo. Ya no queda esperanza. Sólo me espera el infierno.

—Abuela, no digas eso. ¡Tú no irás al infierno!

—Claro que sí. Tengo que pagar por lo que hice.

—Tú no hiciste nada malo.

—No es cierto, mi niña. Y es justa mi condena.

—Nicolás te perdonó. Perdónate tú también.

—No me perdonó. Nadie podría perdonar lo que hicimos, lo que hice...

—Abuela —dijo Xiana sacando del bolsillo un viejo sobre arrugado—, sé que en su día no encontraste el valor para abrirla, pero deberías haberlo hecho.

A la vieja le empezaron a temblar las manos en cuanto vio la carta.

—¿La has abierto? —preguntó.

—Sí, y deberías saber lo que dice. ¿Quieres que te la lea?

La vieja asintió levemente pero Xiana bajó la carta y la miró fijamente.

—Abuela, antes contéstame a una pregunta, por favor: ¿por qué nos echasteis, a mi madre y a mí?

—No os echamos, mi niña. Nunca quise que te fueras.

—Pero, mi madre me contó que...

—El abuelo... Pobre, siempre desconfiando, siempre pensando en la herencia de la familia. Tu madre y él no se entendieron. Lo siento, nunca quise que te fueras.

La vieja empezó a toser. Cada vez le costaba más hablar y Xiana temió que no le diese tiempo a leerle la carta de Nicolás.

—Lo siento mucho —repetía Amalia.

—No importa, abuela —la tranquilizó Xiana mientras le acariciaba el rostro—. No importa ya. He vuelto y ahora estoy aquí. Voy a leerte la carta, ¿de acuerdo?

La vieja cerró los ojos dispuesta a escuchar mientras su nieta, con la voz quebrada por la emoción, empezó a leer. Con cada palabra de su nieta, a Amalia le resbalaba desde los ojos una lágrima expiatoria. Ambas lloraron, en silencio, cada una a su manera, hasta que la carta se terminó y Amalia se fue sumergiendo en un sueño tranquilo. Xiana sintió como su mano se relajaba dentro de la suya y salió del cuarto tras darle un beso en la frente.

Cuando llegó a la sala todos esperaban en silencio, excepto María que lloraba abrazada a Pablo y miró a su prima para preguntarle cómo se encontraba la abuela.

—Se ha quedado dormida —explicó Xiana.

Nadie dijo nada entonces, pero todos supieron que Amalia ya no despertaría más.

CAPÍTULO LIX

Queridos Benigno y Manuel,

Os escribo porque no sé a quién dirigir mis palabras ahora que ella se ha ido. El mundo ya no tiene sentido para mí. Mi tiempo se ha agotado y me rindo. Viviré, sí, para pagar con creces mi castigo pues cometí el delito, la soberbia, de creerme más astuto que la muerte. Pero ahora que ella ya no está, sólo queda oscuridad.

Mi hermana me ha dicho que han sido las fiebres del parto, pero yo sé que no es así. Se dejó morir, se desvaneció renunciando a continuar viviendo la farsa a la que todos, yo mismo con mis impulsivos actos, la condenamos. Y ya no volveré a verla, ni a vosotros, pequeños. Tal vez sea lo mejor.

No me odiéis porque renuncio a vosotros para que la vida os sea más grata. ¿Quién quiere ser el hijo de un loco? Después de todo, es posible que él sea vuestro padre. Nunca conoceré la verdad, ni tampoco me importa porque ella ya no existe. Yo tampoco existo.

Ahora que ya no hay nada más que puedan arrebatarme alegan que estoy sano para deshacerse de mí y ni siquiera tengo fuerzas para luchar. Lo han logrado, han doblegado mi alma. Ellos, los traidores.

Ni siquiera me han permitido acudir al entierro y cuando yo muera tampoco podré descansar a su lado. No importa. Sé que yo iré al infierno y ella al cielo, desde donde velará por vosotros, pequeños a los que tanto quiero, aunque nunca llegaré a ver vuestros rostros.

Es posible que tampoco leáis esta carta. No sé por qué la escribo. Tal vez es mi forma de sentir que no lo he perdido todo, que todavía algo me ancla a esta vida y se queda aquí, con vosotros. No me odiéis porque actúo pensando en vuestro bien y, allá donde mis pasos me lleven, os tendré siempre presentes.

CAPÍTULO 60

Por primera vez desde que lo conocía, Lucas le sostuvo la mirada durante un buen rato y fue Xiana la que deseó apartarla para dejarla reposar en el vacío del horizonte.

—Ya ha terminado todo —murmuró ella para no prolongar por más tiempo aquel silencio.

—Lo sé —respondió el viejo con tristeza.

—Claro. El viento sopla en todas direcciones.

—Así es. Además, hace mucho que aprendí a leer las noticias en la mirada de la gente.

Xiana se sentó junto al viejo y el gato negro se pasó a su regazo en un pequeño salto. Ella empezó a acariciarlo.

—¿Encontraste lo que estabas buscando? —preguntó Lucas.

—Sí, creo que sí.

—¿Crees? ¿No tienes tus respuestas?

—En realidad, me parece que sólo tengo nuevas preguntas.

—Entonces es que sí, has encontrado tus respuestas —dijo él, aunque su sonrisa se deshizo en seguida porque la figura de Joaquín comenzó a perfilarse al final de la calle—. ¿Qué harás ahora?

—Supongo que marcharme.

—Lo imaginaba.

—Pero seguro que volveré.

—Bueno, nunca se sabe —murmuró él cogiendo al gato, que protestó con un maullido lastimero al verse arrancado del regazo de la chica.

—Claro que volveré, y vendré a visitarle.

Xiana le dio un beso en la mejilla y se levantó para acercarse a Joaquín. No volvió la vista atrás porque estaba segura de que Lucas ya no le prestaba atención. Una brisa suave comenzó a moverse entre los árboles y llegó despacio hasta a ella, que intuyó era la

forma de despedirse de aquel hombre, el viejo del tiempo. Era una idea mágica y absurda, hermosa, que le hizo sonreír y su sonrisa todavía se mantenía con vida cuando se encontró con Joaquín en medio del camino.

—Hola.

—Hola. María me dijo que estarías aquí.

—Entonces, ¿ya sabes que me marcho?

Joaquín asintió con la cabeza y se puso junto a ella para acompañarla en dirección a su casa.

—Lamento que te marches —le dijo él—. Tu compañía me resulta muy agradable.

—Y a mí la tuya. Pero ya no me queda mucho por hacer aquí.

—¿No hay forma de hacerte cambiar de opinión?

—No —contestó Xiana—. No la hay.

Llegaron al centro del pueblo y Xiana dirigió sus pasos hasta la casa de Luis. Joaquín no pareció sorprenderse y no comentó nada al respecto aunque, una vez estuvieron ante la puerta de su hermano, Joaquín se detuvo. Aquella era una frontera que no podía traspasar, al menos por el momento. Se miraron como en una despedida final, con ternura y algo de tristeza.

—Te enviaré las fotos.

—No hace falta. Puedes quedártelas.

—¿Y si te he robado el alma? —se burló Xiana.

—Con fotos o sin ellas, si me has robado el alma ya no habrá forma de que me la devuelvas.

Y Joaquín, demostrando que siempre era capaz de mantener el halo de misterio que había ido generando a su alrededor, dio la vuelta y desapareció entre las calles del pueblo.

Xiana contempló cómo se marchaba y, una vez lo perdió de vista, tocó el timbre de la puerta. Le sorprendió que Luis no abriese ya que solía acudir rápido a la llamada, así que insistió. El segundo intento también fue en vano. Luis no estaba y Xiana pensó que tal vez estuviese esperando por ella en casa, con María. Deseó que así fuese. No podía marcharse sin despedirse de él.

CAPÍTULO 61

Xiana abrió la puerta de la entrada con miedo. Le preocupaba que él no estuviese al otro lado, pero en seguida se deshizo de sus temores al escuchar la voz de Luis en el piso superior. Xiana subió las escaleras de prisa y entró en la sala. María, con mejor ánimo, estaba sentada al lado de Pablo y, frente a ellos, Luis mantenía una animada conversación que se detuvo al verla entrar a ella. Xiana los saludó con una sonrisa y miró a su prima:

—¿Estás mejor? —le preguntó. María respondió que sí con un gesto, pero Xiana insistió—. Pensaba marcharme esta tarde, pero si necesitas que me quede...

—Estoy bien, no te preocupes.

María se levantó del sofá y caminó hacia Xiana. Frente a frente, las dos primas se observaron con cariño antes de fundirse en un fuerte abrazo.

—Haz lo que tengas que hacer —dijo María al oído de Xiana—. Pero no te olvides de venir a visitarme o llamarme de vez en cuando.

—Te lo prometo.

Pablo le dedicó una sonrisa a Xiana que ella comprendió en seguida, no hizo falta más.

Luis, de pie tras ella, esperaba su turno, pero Xiana no tenía valor para mirarlo y salió al pasillo esperando que él la siguiese. Así lo hizo aunque ella no lo vio porque, parada ante la puerta entreabierta del cuarto de Amalia, su mirada se había detenido sobre la cama vacía de la abuela. Pero no necesitaba mirar a Luis para saber que estaba allí, porque lo escuchaba respirar a su lado, podía olerlo, sentirlo... Porque conocía cada paso del médico a la perfección. Aquel hombre había dejado de ser un extraño para convertirse en parte de sí misma.

—Quiero entrar —dijo ella.

—Debes entrar. Yo iré a por tus cosas y te espero abajo, ¿vale?

Escuchó los pasos de Luis alejándose por el pasillo hacia el que había sido su dormitorio las últimas semanas e intentó entrar en la habitación de Amalia, pero no fue capaz de moverse. Le daba miedo la tristeza que se encontraría allí dentro. Cogió aire y se obligó a sí misma a dar un paso hacia adelante. Después otro, y otro, hasta que estuvo en el cuarto y se dio cuenta de que no estaba tan vacío como ella esperaba. Su abuela seguía allí de alguna forma. Lo estaría siempre.

Se sentó en la silla junto a la cama e imaginó que agarraba la mano invisible de su abuela mientras escuchaba una voz que, desde algún lugar, más allá del tiempo y el espacio, le decía *«Mi niña bonita, mi niña de cristal»*.

CAPÍTULO 62

Sacó del bolsillo la última de las cartas, la que le había leído a Amalia antes de que falleciese, y dudó qué hacer con ella. Nadie, excepto Xiana, conocía su existencia, pero no se sentía con el derecho de llevarla consigo.

La posó encima de la cama convencida de que María sabría que hacer con ella cuando la descubriese. Además, le parecía justo compartirla con ella porque también era su historia y le ayudaría a entender que la abuela había muerto en paz. Xiana suspiró al recordar aquel instante. *«Las palabras»*, pensó, *«pueden destruirnos o salvarnos, tal es su poder»*.

—Las palabras sí pueden robarte el alma —dijo en voz alta aunque no hubiese nadie para escucharla.

Se levantó de la silla y caminó hacia las contraventanas pensando que, aunque disfrazadas, también eran palabras, palabras teñidas de sangre que habían robado su alma... O que se la habían devuelto. Acarició los dibujos como tantas veces pero no sintió el escalofrío habitual, sino el vestigio de una caricia en el aire y la sensación de que un fantasma se desvanecía entre las calles del pueblo.

—Adiós —susurró Xiana.

Quiso llorar a modo de despedida, liberarse de tantas emociones, pero no pudo porque no era un momento triste.

—¿Estás bien? —preguntó Luis desde la puerta.

—Sí —respondió ella de vuelta a la realidad.

—Las cosas ya están abajo.

Luis la acompañó hasta el coche. Caminaron juntos sin decirse nada mientras se iban encontrando con vecinos que iban y venían, entraban, salían y los saludaban a su paso. El pueblo entero parecía sumido en una intensa y repentina actividad, se cruzaban con rostros que Xiana no recordaba haber visto antes pero que, sin embargo, le resultaban familiares. ¿Tan absorta la habían

mantenido sus pensamientos que no había visto a la gente que allí vivía? ¿O era que el pueblo también había cambiado? Nunca lo sabría, pero ya no le importaba demasiado.

—He visto que has dejado una carta sobre la cama —dijo Luis—. ¿Era...

—La última de las cartas, sí —respondió Xiana adivinándole el pensamiento—. Se la escribió Nicolás a Amalia desde Argentina.

—¿Desde Argentina?

—Sí.

Alcanzaron por fin el coche y Xiana se dejó llevar por un sentimiento que estaba segura iba a desaparecer más tarde o más temprano, pero en aquel preciso instante se sentía triste y deseaba estar triste.

Luis empezó a decir algo, pero las palabras se deshicieron antes de que se decidiese a pronunciarlas. Ella se acercó y lo abrazó con fuerza.

—¿A dónde irás? —se decidió a preguntar él por fin—. ¿Regresas con él?

—No estoy segura.

—¿Volverás?

—Supongo —dijo ella con la intención de subir al coche, pero se detuvo—. Te llamaré, en cuanto llegue.

Puede que eso nunca pasase, puede que al final no tuviese ganas de llamarle porque la tristeza se habría evaporado, o puede que la distancia le hiciese añorar a Luis lo suficiente como para regresar. No estaba segura, pero en aquel preciso instante estaba triste y nada más le importaba.

—¿Qué ponía en esa carta? —quiso saber Luis.

—Era un jardín para almas errantes —respondió Xiana antes de subirse al coche y encenderlo. Con el ruido del motor alejándose del pueblo se fue disipando también el eco de melancolía que los rodeaba.

CAPÍTULO LXIII

El jardín en una postdata

Buenos Aires, 12 de junio de 1930

Querida hermana,

Al fin comprendo, ahora desde la distancia que a veces vuelve objetivos los recuerdos, que ella no llegó a leer mis cartas. Ahora entiendo que ninguna de aquellas palabras salió jamás de allí, de nuestra casa, ¿no es cierto? Pero no te culpo. No te culpes tú tampoco que bien conozco yo el sabor del miedo y, al fin y al cabo, la ayuda que me prestaste, el hecho de haberme proporcionado los medios para escribir, fue suficiente para mantener con vida mi espíritu. ¿Quién sabe? Tal vez fuese lo mejor después de todo. Puede que mis cartas sólo hubiesen causado más dolor.

En cuanto a los niños, cuida de ellos. Aunque estoy convencido de que lo harás. Se que son mis hijos y no suyos. Estoy convencido. Y sé también que son la herencia que ella dejó y sé que, algún día, nuestra propia sangre conocerá al fin la libertad.

No llores, mi querida Amalia, no sufras más porque ya has penado demasiado. Yo me encuentro bien y he aprendido a vivir, sin más, a ganarle esta batalla al tiempo. Puede que me haya convertido en un viejo dentro de un cuerpo joven, puede que ya no me quede esperanza, pero no importa. Tengo luz, tengo aire y un hermoso cielo abriéndose sobre mi cabeza. Es suficiente.

La libertad consiste en caminar descalzo sobre la hierba húmeda. Lo decía siempre la abuela, ¿lo recuerdas?

Ojalá estuvieses aquí, conmigo, liberada del miedo que se ha apoderado de tu vida. Por eso no te culpo, no te culpes tú tampoco, que de todo cuanto dejaré atrás en este mundo cuando me haya marchado para siempre, tú eres uno de mis recuerdos más preciados. Así que no llores por mí, Amalia, no somos tan importantes. Y en nuestra sangre, en nuestra herencia, que se extenderá en el tiempo, seguirá latiendo nuestra mirada alegre de la infancia, cuando en la inocencia de los primeros años todavía nos creíamos invencibles.

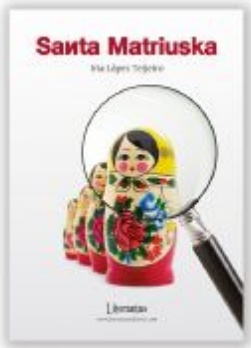
Por ellos, por los que vendrán y harán eterno el círculo de la vida, no nos podemos rendir. Ahora lo comprendo, porque he recordado mucho a la abuela en esta época nueva de mi vida. ¿Recuerdas tú aquella canción triste que ella susurraba cuando nos íbamos a dormir? Canta tú también y siente sus fuerzas, porque ahora sé que algún día, a través de puertas que desconozco y en un tiempo que ya no verán mis ojos, un latido revivirá la vieja canción.

Eso es cuanto importa. Cuida de ellos y no sufras, porque desde aquí, desde ultramar, me bastará con seguir cantando. Canta tú también cuando nadie te escuche, y juntos seremos libres. Porque la mano de Dios hará justicia frente a lo que otros privaron de libertad en su nombre. Encerraron a Nicolás, pero su sangre será libre más allá de la muerte.

Xiana supo desde la primera palabra de aquella carta que ya era libre para ir a cualquier lugar. Su vida sólo le pertenecía a ella, a nadie más.

El día se había vuelto gris, aunque no se decidía a llover. Detuvo el coche en el arcén y bajó. En seguida la alcanzó el frío del viento subiendo por el acantilado. La hierba estaba húmeda. Xiana se sacó los zapatos y corrió descalza mientras sus labios tarareaban en silencio una vieja canción que nunca había existido. Se sentía libre, dueña de su destino, abrigado el camino por aquellos que le habían dado el don de la vida.

PD: Una noche de luna llena dos ojos susurraron en el cielo: «Niña de cristal sumergida en mares de plata, préstame tu mano. Y tal vez en el aire, en el viento, una leyenda olvidada te hable de mí».



Santa Matriuska

Género: novela

Una divertida historia coral bajo el disfraz de novela negra; un juego de muñecas rusas para mostrarnos que, con el paso del tiempo, nada nos pertenece excepto nuestras nostalgias y nuestros recuerdos. No tenemos más patria.

Disponible próximamente en Literautas

iDeas para escribir

Aplicación para móviles y tablets

Si te gusta escribir, se acabaron los bloqueos creativos o los miedos a la página en blanco. Con esta aplicación llevarás siempre encima un completo taller literario con disparadores creativos y ejercicios para ayudar a que fluya tu imaginación.

www.ideasparaescribir.com

Iria López Teijeiro

La autora del libro

Iria López Teijeiro (Fene - A Coruña, 1981) cursó Realización de Audiovisuales en la Escuela de Imagen y Sonido de A Coruña y, tras trabajar varios años en los campos de la postproducción de vídeo y el diseño, en el año 2005 dio el salto al mundo de la palabra escrita tras ganar con su primera novela, Niña de Cristal, el I Premio Biblos-Pazos de Galicia. Posteriormente, compaginó su trabajo de escritura de guiones con la dirección audiovisual. En el año 2008, de la mano de la Editorial Biblos, publicó su segunda novela, Santa Matriusca.

Actualmente, además de seguir trabajando en sus próximas obras literarias, se encuentra al frente del proyecto de escritura Literautas.

Proyecto Literautas

www.literautas.com

Literautas está dedicado a todos aquellos a los que les gusta escribir y quieren disfrutar del proceso de la escritura. Además de la aplicación móvil “iDeas para Escribir”, en Literautas.com podrás encontrar ejercicios de escritura, consejos, apuntes, tutoriales, un taller literario gratuito y otros recursos sobre el arte (o artesanía) de contar historias.